TEMAS SEXUALES



A. MARTIN
DE LUCENAY

1'25
PTS.

la periodicidad de los sexos

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

28

A. MARTÍN DE LUCENAY

LA PERIODICIDAD DE LOS SEXOS

Un poco de historia antropológica.—La influencia de los astros.—La periodicidad sexual en la mujer.—La periodicidad sexual en el hombre.—Locura, delincuencia y periodicidad sexual.—El celo entre los salvajes y sus festividades sexuales.



EDITORIAL FENIX
FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
AGOSTO 1958

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP. ZOILA ASCASIBAR.—MARTIN DE LOS HEROS, 68.—MADRID

PRÓLOGO DEL TEMA

Este es el aspecto más oscuro de la sexualidad humana, y sobre el que se han hecho infinitas suposiciones, mucho más dilatadas que en otro orden del mismo asunto.

Remontándonos a las primeras edades de la Humanidad, para lo que sirve de magnífica referencia el ejemplo que se obtiene observando a los pueblos más salvajes, a los más primitivos, aquellos que más estrecha relación guardan en sus costumbres con las actividades vitales de las escalas zoológicas que suceden al hombre, vemos que conservan hábitos muy remotos que se han conocido de siempre y que siguen practicándose con tanta mayor pureza cuanto mayor es la distancia que les separa de la civilización.

Por otra parte, vemos que en todas las fuerzas de la Naturaleza y en todas sus infinitas manifestaciones, existe una periodicidad regular, un ritmo ordenado que se relaciona íntimamente con los fenómenos naturales de las influencias cósmicas que hoy distinguimos con el auxilio de la ciencia meteorológica: las tormentas, las mareas, los vientos, los equinoccios, etc., no representan otra cosa que la periodicidad de la Naturaleza, que a la vez justifican el celo de los animales, las fructificación de las semillas, el desarrollo de las plantas y tantas otras expresiones distintas que evidencian una sumisión rigurosa e inevitable a esas misteriosas energías superiores.

No cabe duda que en los mundos vegetal y animal las funciones sexuales están sometidas a la influencia de los astros. No sabemos aún si es el Sol o es la Luna quien lleva la dirección de estos fenómenos; tal vez sea el Sol, porque la Luna no alumbra más que con la luz que aquél le presta. Pero, sea lo que fuere la causa fundamental, hemos de comprender que el organismo humano por entero funciona a un compás, a un ritmo, mediante una ley invariable en general que tiene particularidades en cada individuo.

Incluso en aquellas personas que, afectadas por una dolencia mental, han perdido en absoluto el dominio de todas sus facultades, tanto

psíquicas como mecánicas, se observa que hay ciertos períodos en que las manifestaciones de la enfermedad son más agudas que en otros, ritmo más o menos regular tanto en las fechas de su producción como en las de duración del fenómeno. Estos ciclos son mensuales o semanales, de donde se deduce que la luna desempeña alguna función principal; pero nunca uniforme, lo que ha sido el punto fundamental de las discusiones entabladas que aún no han podido resumirse en conclusiones ciertas y científicas.

En ciertas enfermedades se observa también una periodicidad: la terciana, en la que la fiebre se repite cada tercer día, es una prueba conocidísima que no deja lugar a dudas. Una antigua herida que fué dolorosa, suele reflejar sus pasados efectos en épocas determinadas, especialmente en aquellas que coinciden con la fecha en que se sufrió; en otras épocas, siempre fijas, se reproducen los síntomas de dolencias que permanecieron ocultos todo el tiempo intermedio, aunque se varíe de clima e incluso de estación, de una manera repentina; la primavera produce siempre una agradable sensación de bienestar, en tanto que el otoño mueve a la tristeza...

En todas, absolutamente en todas las manifestaciones de la vitalidad de los seres animados, sean hombres, animales o plantas, hay un ritmo, hay una periodicidad. Los individuos de sexo contrario no se buscan más que en épocas determinadas, y esto refiriéndonos a los animales: el hombre y la mujer se buscan en todo tiempo; he aquí la gran diferencia que parece no tener explicación, pero que indudablemente la tiene, como veremos más adelante.

Antiguamente se negó a la especie humana su subordinación a estas reglas universales, en tanto que se concedía a todos los seres vivos de la Creación. Pero aun admitiéndolo modernamente, vemos que su variabilidad es enorme y no afecta por igual a todos los individuos, especialmente si se trata de pueblos civilizados, puesto que en los salvajes el ritmo se repite con una uniformidad tan definida que no hay más remedio que creer que la civilización ha sido la determinante esencial de estas irregularidades cíclicas.

El dato más importante que poseemos actualmente para hablar de la periodicidad sexual del hombre, lo encontramos, perfectamente acusado, en la menstruación de la mujer, que normalmente, como ya hemos visto, ocurre cada veintiocho días, esto es, cada luna, por lo que también se denomina "luna" a la menstruación. Pero aun así y todo, lo mismo que las hembras inferiores buscan al macho en estaciones determinadas en virtud del celo, la mujer cohabita, concibe y pare en cualquier mes, en cualquier semana o en cualquier día del año. Lo natural sería que pariese en la misma época, como hacen las hembras de los animales, lo cual correspondería a una fecundación que tuvo lugar también en una época determinada; pero ya sabemos que no ocurre así, y, por lo tanto, el animal humano es la única excepción "en los países civilizados". En los otros, en los más primitivos, en los que la Naturaleza sigue siendo casi el único móvil de todas las actividades, ya es posible encontrar las pruebas más innegables de que las cosas no han ocurrido antes de la misma forma que hoy se suceden, por lo que la investigación se presenta mucho más fácil que lo que se suponía hace algunos cientos de años, lapso de tiempo insignificante si tenemos en cuenta los millones que hace que el hombre habita en la tierra.

UN POCO DE HISTORIA ANTROPOLÓGICA

Diferencias entre el hombre primitivo y el actual. El desarrollo del cuerpo humano.—Las diversas evoluciones del cerebro.—Sus consecuencias sobre los sentidos.—Desconocimiento primitivo del amor. La sexualidad en los hombres lo mismo que entre los animales.—Razones que lo justifican.—El celo en el hombre.—Relación de la alimentación con la sexualidad.—Importancia cultural del hambre.— La teoría de la gallina y del huevo.

El hombre primitivo, cualquiera de los primeros pobladores de la tierra, no era igual al hombre de hoy, ni en lo físico ni en lo mental. Una visita rápida a cualquier Museo antropológico servirá para convencerse de las grandes diferencias existentes entre el esqueleto del hombre más remoto y el del actual. El cráneo del gorila se confunde con el del hombre primitivo en casi todas sus medidas y proporciones, lo que induce a asegurar que el cerebro de este hombre y el de aquel animal estaban diferenciados por caracteres casi imperceptibles. Así, pues, el cerebro venía a ser igual en uno que en otro, por lo que las manifestaciones intelectuales de ambos debieron estar poco menos que casi equilibradas.

La historia del desarrollo del cuerpo humano es antiquísima, lo que se comprueba simplemente ateniéndonos a esas observaciones elementales. Bloch afirma que "el criterio, la característica que diferencia al cuerpo humano del de los animales, es también la característica de la diferencia entre la sexualidad humana y la animal. Y este criterio es el cerebro".

Lo mismo en el aspecto físico que en el moral, la constitución del hombre de nuestros días, esto es, el civilizado, es lo que resulta de un desenvolvimiento cuya característica fundamental no es más que la continua preponderancia del cerebro sobre toda su organización fisiológica. El cerebro del hombre se ha desarrollado y robustecido de una manera lenta que no acabará en muchos millones de años; las pruebas más elementales están en esa serie de invenciones y descu-

brimientos maravillosos que dan idea de la gran capacidad intelectual de ese órgano que, no cabe duda, se desarrolla a costa del retroceso o atrofiamiento de otros órganos que tanta importancia tienen en la vida de los animales, como la vista, el olfato, el oído, etc. Como dice Gegenbaur en su *Anatomía*, "la limitada capacidad de perfeccionamiento del cerebro humano es la única causa de la regresiva metamorfosis y atrofiamiento de tantos órganos y organismos cuyas funciones continúan persistiendo en el resto del reino animal.

En lo que afecta a la vida sexual humana, el aumento de los sentimientos psíquicos, esto es, de las emociones espirituales a que dió lugar el desarrollo del cerebro, motivó una disminución en las facultades perceptivas de sentidos tan importantes como el olfato, muy desarrollado en los animales y en los hombres salvajes, como lo era entre los primeros pobladores humanos de la tierra. El beso olfatorio, de que ya hemos hablado, permite recibir unas sensaciones excitantes a los individuos de esos países bárbaros, que nosotros no podremos experimentar jamás. En algunos pueblos de Australia, en Tasmania, por ejemplo, que es donde susisten aún los humanos más inferiores, hay hombres que para alcanzar el máximo deleite sexual no necesitan más que oler los órganos genitales de las mujeres, las cuales, entiéndase bien, acostumbran a lavarse esas partes varias veces al día, por lo que no puede decirse que la excitación se produzca en virtud de los olores intensos de las secreciones vulvo-vaginales acumuladas y en descomposición. En ciertas islas de la Polinesia uno de los refinamientos sexuales que más aprecia el hombre, aunque no sea más que como método directo de excitación, consiste en introducir en la vulva de la mujer un trozo de pescado seco, el cual huelen y lamen hasta obtener el necesario grado de tumescencia, sin tocarla siquiera el clitoris o los labios.

El profesor Wiedersheim sostiene que las glándulas mamarias que en un principio sirvieron probablemente para segregar olores, más tarde leche, existieron antes en mayor número que ahora, como puede advertirse estudiando el feto humano, "en el cual se encuentra una *hipertelia* o exceso de glándulas mamarias, de las cuales sólo par se desarrollan".

Hasta hay quien sostiene que el clítoris de la mujer era may y más excitable en las remotas antepasadas que lo sea hoy; pero esta teoría no existen pruebas terminantes ni aun observando a individuos femeninos de esos pueblos que hoy pueden representar rica cantera de investigaciones comparativas.

En el aspecto exclusivamente sexual de la vida primitiva no c duda que la satisfacción de los impulsos se verificaba de una man

brutal y desprovista en absoluto de todo motivo psíquico. De otra forma no se comprendería la promiscuidad y el matrimonio de grupos a que ya hemos hecho referencia. "Los elementos espirituales—dice un autor—faltábanle al hombre cuando no estaba muy adelantado y era, propiamente dicho, un hombre inferior. Los primeros hombres, en lo relativo a la sexualidad, se diferenciaron muy poco de los animales que más se les asemejaban. Su amor era todavía un instinto animal. La Mitología asiática, que dividía los tiempos más remotos de la historia de la Humanidad en épocas durante las cuales y durante miles de años se amaron los hombres del Paraíso primeramente por miradas, y después por el beso, solamente por un leve contacto, hasta que, por fin, por el pecado original, descendieron a la más vulgar y brutal de las formas del placer sexual; esta Mitología infantil sería solamente aceptable si nos la hubieran trasmitido a la inversa, pasando desde el amor brutal saciado a las espiritualidades del amor del hombre culto."

No es posible, para reconstruir los hechos más remotos de la historia de la Humanidad, hacer caso de las narraciones mitológicas; hay un adagio que dice que "otro vendrá que bueno me hará", y esto puede aplicarse a los tiempos que sucedieron a aquellos otros; "cualquier tiempo pasado fué mejor", es otra expresión española que tiene una perfecta equivalencia en todos los idiomas. Por eso la Mitología, como los viejos, hablan de sus tiempos como la síntesis de lo más sano, sin tener en cuenta que esa salud de las viejas costumbres no eran otra cosa que las consecuencias naturales de la incultura.

Darwin en *Los orígenes del hombre* destruye todas esas leyendas diciendo que los hombres paleontológicos de la época antediluviana ignoraban en absoluto toda idea de lo espiritual y moral, y que "sólo fueron seres que obraban impulsados exclusivamente por el instinto de la reproducción".

Este instinto es crudo y desprovisto por completo de determinantes sentimentales tal y como lo entendemos los hombres civilizados modernos. Lubbock ha negado que existiese el concepto del "amor" en las sociedades primitivas, lo mismo que hoy se desconoce en aquellos pueblos que menos se han aproximado a la civilización, pues incluso la palabra "amor" es desconocida o no tiene traducción en esas lenguas ancestrales.

No se concibe cómo en esas sociedades promiscuas un hombre podía amar a una mujer sin prescindir del sentimiento de propiedad, de objeto exclusivo de su amor, cuando veía con indiferencia cómo era poseída por otros hombres, lo mismo que él podía poseer a las demás mujeres. A lo sumo, a la posesión pudiera preceder alguna

disputa, una riña, incluso un crimen; pero esto lo encontramos hoy entre los animales domésticos y salvajes cuando varios machos entablan la lucha de conquista por una hembra, que generalmente prefiere al más fuerte y más bello de sus galanteadores. Y no sólo en los animales, sino en las razas humanas inferiores y hasta entre los civilizados menos cultos, de donde se desprende que el primitivismo de los procedimientos de conquista está en parte justificado por lo instintivo de los sentimientos. Dos hombres cultos se disputan una hembra hasta que ella decide; dos incultos se la juegan a puñaladas, y si el muerto era el más favorecido, ella no tiene más remedio que aceptar al vivo; es el dominio del más fuerte, exactamente igual que lo que ocurría antes del diluvio universal. Luego la diferencia la encontramos en la que media entre el desarrollo del cerebro del hombre culto y del inculto.

Luego el amor como nosotros lo interpretamos no existía; no podía existir. El amor es individual, y cuando se habla del desarrollo de la personalidad en virtud del amor es necesario referirse al amor de dos personas, para las cuales, recíprocamente, cada una es el centro de gravedad universal.

En los tiempos primitivos de la Humanidad el hombre no tenía medios de subsistencia muy superiores a aquellos de los que pudieran disponer los animales. Los alimentos no podían obtenerse del cultivo de la tierra, sino aprovechando aquellas plantas comestibles desde la raíz a la flor. Los sistemas de caza y pesca no serían mucho más eficaces que los que empleasen, por ejemplo, el lobo y la nutria, y aún es fácil que ni la pesca ni la caza pudieran interesarles, porque al no conocer el fuego, ni la dentadura ni el aparato digestivo humano estaban en condiciones de triturar y digerir carnes crudas.

Así, pues, su existencia hubo de ser igual a la de los animales, aparte de la organización social rudimentaria que conocieron reuniéndose en grupos o en tribus, generalmente con el fin de defenderse contra enemigos comunes, que pudieran ser las fieras, los elementos e incluso los demás hombres. En estas condiciones es lógico pensar que tenían que someterse al ritmo periodico de la Naturaleza: los alimentos frescos sólo podían procurárselos en las épocas propicias, que no han variado desde que el mundo es mundo. Luego, el invierno con el frío por una parte y la improductibilidad de la tierra por otra, había de imponerles disciplinas más severas; esto mismo puede observarse hoy en los pueblos agricultores más pobres que pasan las invernadas luchando con el hambre y la miseria.

Si el amor sexual no era amor, sino la manifestación de un instinto, hemos de comprender que para que el organismo funcionase

normalmente y con él todos y cada uno de los órganos que le son propios, esa actividad sería más manifiesta e intensa en las épocas de abundancia que en las de escasez, cuando el hambre y la desnutrición no podían servir de estímulo adecuado a la práctica de las funciones sexuales. Luego aquí tenemos la explicación más elemental que puede darse de la evidente periodicidad sexual a que indudablemente estuvieron sometidos nuestros antecesores más remotos, que sólo podían procrear con verdadera eficacia en los días de abundancia, para que las hembras pariesen al principio de las estaciones más propicias; exactamente lo mismo que hoy ocurre en todos los animales menos en aquellos en los que la domesticidad supone una garantía de abundancia y bienestar material en todo tiempo.

Estando sometidos a las mismas leyes impuestas por la Naturaleza a todos los seres en lo que a la alimentación se refiere, ¿no es lógico comprender que forzosamente tenía que existir esa subordinación en todos los aspectos de la economía?... Aun si estas hipótesis tan razonables no fuesen suficientes, tenemos las pruebas aportadas por los investigadores que ya no pueden dejar lugar a dudas. Bloch dice: "Rousseau supone que el varón primitivo abrazaba solamente a la mujer, o, mejor dicho, a la hembra, en los momentos del incentivo sexual, y es muy probable que los hombres entonces tuvieran *todavía* un período de celo como los animales, período que sólo fuera debilitándose a medida que se desarrollara la cultura, pero sin que se perdiera por completo."

Después de las razones poderosísimas que se basan en la más poderosa aún razón de la alimentación, no es posible dudar por un momento que las cosas ocurrieran de otra manera que la expuesta. El defensor de esta teoría ha sido Darwin, aunque enfocándola desde otro punto de vista diferente al que nosotros aceptamos, puesto que dice que esa variabilidad de las condiciones de la alimentación "significaba una especie de traba natural a la demasiado rápida reproducción".

Este es un punto que no puede determinarse de una manera categórica a no ser que vayamos a pensar que las dificultades de la alimentación afectaban sólo a los individuos adolescentes de los dos sexos, incapaces de competir con los adultos en la lucha por la búsqueda de alimentos, o, en otro caso, y que es el punto a que Darwin se refiere principalmente, que la Naturaleza no fuese rica en elementos comestibles cuyo desarrollo se efectuase de una manera lentísima, hasta el punto de no poder cubrir las necesidades de los seres nuevos.

Esta teoría debe rechazarse por entero. El desarrollo de las plantas e incluso el de todas las especies animales inferiores al hombre que pudieran servirle para su sustento se opera de una manera mucho

más rápida que la de los animales humanos. Una mujer puede criar a su hijo con su propia leche, y sin más alimento, durante dos años, en cuyo tiempo apenas si tiene que suplementar su ración alimenticia anterior a la lactación. Pero de todas formas, como vemos, no se niega la existencia de esa periodicidad, discutiéndose solamente las causas que podemos estimar secundarias una vez demostrado el hecho esencial.

Ahora bien: ¿subsistió durante mucho tiempo ese celo humano? "Si los naturalistas y filósofos, como dice Iwan Bloch, establecen la diferencia entre el amor humano y el animal diciendo que el hombre puede amar en todo tiempo y el animal sólo periódicamente, no puede decirse que esta diferencia existiera en los comienzos del desenvolvimiento de la especie humana, "porque sólo se ha producido indudablemente al intervenir el espíritu en el amor". Sólo el alma hace susceptible al hombre a un amor duradero y le libra de la dependencia de los periódicos estados de celo."

El alma no es más que el desarrollo del cerebro, si es que queremos traer esta cuestión a su legítimo terreno psico-fisiológico. Pero el primer paso en la espiritualización de la sexualidad primitiva no lo dió el cerebro independientemente, sino que tuvo que ayudarse del estómago. Dice un adagio nuestro que "el hambre aguza el ingenio", y es posible que esto mismo les ocurriera a los hombres antediluvianos. La necesidad de alimentarse, de llenar adecuadamente las necesidades de su organismo físico, dió lugar al desarrollo del organismo psíquico, del cerebral. Así inventaron el hacha de silex, el arco, aprendieron a cultivar la tierra y a combatir a los elementos naturales haciendo moradas para las que utilizaban las piedras, bien porque no conociesen la madera, o bien porque les resultase más fácil mover y acumular piedras que cortar árboles robustos, que a lo mejor producían frutos alimenticios.

Al desarrollarse el cerebro en un sentido utilitario para las necesidades físicas, ¿qué de particular tiene que su evolución se manifestase igualmente productiva en la parte psíquica? Adquirieron más seguridad en sus métodos de cultivo, de caza y de pesca; la alimentación dejó de preocuparles en la medida que antes les aterrorizaba, y con esa constante mejora de la alimentación desapareció la forma del celo periódico lentamente, al ritmo de los progresos verificados en los demás órdenes naturales que ya había necesitado de los artificios de una civilización embrionaria.

La explicación de estos hechos tan racionales nos la da Kant en el año 1786 diciendo: "La razón, al sentirse excitada en su desarrollo hizo sentir sin tardanza su influencia al instinto sexual. El hombre

comenzó a notar muy pronto que el atractivo del sexo, que en los animales no es más que un impulso pasajero, generalmente periódico, es susceptible en él "de duración y hasta de aumento por la imaginación", la que ejerce su acción, si bien moderadamente, también con persistencia y mayor uniformidad, a medida que el objeto está más lejos de los sentidos, lo que evita el hastío que la satisfacción de un deseo puramente animal lleva consigo."

Esto no puede discutirse: el hombre que, por ejemplo, haya sido guiado hacia una prostituta que le entusiasmó en los primeros momentos, sin haber tenido con ella el menor trato, llegará a la intimidad del lecho y permanecerá en él tanto tiempo como el que necesite para satisfacer su deseo "puramente animal"; pero una vez satisfecho este deseo, como quiera que el amor espiritual, que es el lazo que verdaderamente ata, no ha desempeñado la menor función real, procurará alejarse de aquella mujer a la que no puede unirle ningún afecto más franco que el de la animalidad insatisfecha. Pues lo mismo que ocurre entre el hombre culto y la prostituta sucedía con los hombres y las mujeres honestas de la época prediluviana.

Luego entonces la evolución de la sexualidad tomó los derroteros que marcaba la inteligencia, esto es, el desarrollo del cerebro que sometía a la voluntad las manifestaciones del celo dando así lugar al nacimiento del amor, a la monogamia e incluso a la familia tal y como existe organizada en nuestros días.

Otra explicación de este interesantísimo aspecto es la que da Letourneau cuando dice: "Si se quiere profundizar en el estudio de las cosas se encontrará que el amor humano no es en su esencia más que el período del celo en un sér consciente, algo que exalta todas las fuerzas del hombre, como el celo las de los animales. Y si aparentemente se diferencian el amor y el celo, es solamente porque el instinto de reproducción, el más antiguo de todos los instintos, al desarrollarse en los centros nerviosos despierta y excita toda una nueva vida moral del hombre, vida que es desconocida del animal."

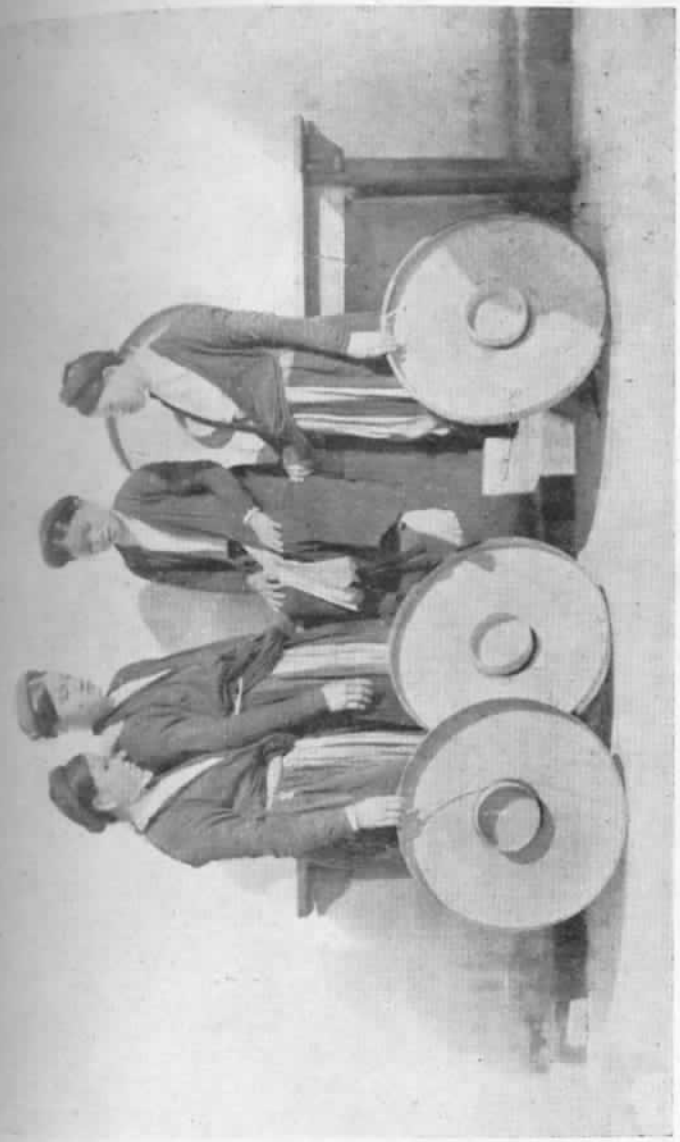
No obstante, la relación de la alimentación con la sexualidad la encontramos perfectamente explicada sin recurrir a otras razones con sólo observar que los animales que viven en domesticidad, que tienen comida de sobra, sienten con más frecuencia el incentivo sexual. Virey explica la perenne naturaleza del amor sexual humano atribuyéndola a la "alimentación vigorosa y excesiva". Aún puede decirse que la escasez económica, en una palabra, el hambre, ha desempeñado un papel importantísimo en el desarrollo cultural de la Humanidad. Esto se advierte fácilmente pasando revista a todos los grandes inventores, sabios, industriales milionarios e incluso políticos honra-

dos; casi todos ellos deben su celebridad y su fortuna a las grandes necesidades de su infancia y de su juventud; el hambre les obligó a "aguzar el ingenio". En cambio, si surge alguna celebridad auténtica de los planos superiores de la sociedad, puede decirse que es sólo en calidad de excepción. Muchos sabios han nacido pobres y pobres han muerto; infinitos ricos han nacido ricos, pero jamás han dado a la Humanidad la honra de morir sabios. Y en cuanto al papel cultural del amor, como ya hemos visto en otro volumen, no puede haber discusión alguna.

La familia no fué posible instituírla sobre bases sólidas hasta que el amor no empezó a actuar en el escenario de la sexualidad exclusivamente genésica, en cuya hora ya había desaparecido el celo animal que representaba el ritmo del instinto. ¿Y cabe, por lo tanto, negar la importancia que en el desarrollo social y cultural de la Humanidad ha tenido la familia? Así, pues, el celo desapareció cuando sobre la voluntad triunfó el espíritu, cuando sobre los instintos primitivos empezó a ondear el pabellón de la cultura, del refinamiento de las actividades mentales.

Investigadores tan serios como Westermack, Laycock, Gael y otros han demostrado que en el origen de la especie humana el coito no tenía lugar más que en la época en que brotan las hojas de los árboles y en la que se corta el fruto de las viñas, esto es, la primavera y el otoño. No obstante, Westermack dice que el celo de los hombres primitivos se manifestaba "más vigorosamente al comienzo del estío", pero todos coinciden en afirmar que a medida que se desarrollaban las actividades intelectuales de esos pueblos la periodicidad tendía a desaparecer, considerándose buenas todas las épocas para celebrar los ayuntamientos carnales.

En la misma Europa civilizada nos encontramos aún con reminiscencias de las antiguas costumbres que parecen ser restos de la periodicidad sexual de las edades prehistóricas. Estas costumbres, como tendremos ocasión de ver en el curso de estos capítulos, no consisten en realizar el acto carnal en épocas determinadas, sino que en la primavera y el otoño se celebran fiestas en las cuales las gentes se entregan a las mayores libertades sexuales durante algunos días. Iguales usos pueden advertirse en pueblos salvajes muy alejados de Europa, aunque todo tiempo se considere bueno para la procreación. Ahora bien, no cabe duda que entre esas gentes no existen grandes preocupaciones económicas o de índole alimenticia, por decirlo así, lo que prueba que sin necesidad de que intervenga la civilización, la cultura auóctona, pese a su rudimentalismo, ha



JOVENCITAS DE INDOCHINA

Creen que es la luna lo que provoca sus particulares estados menstruales, si bien consideran que la menstruación no tiene nada que ver con el aumento del impulso sexual.

LAMINA I



DANZARINES SAGRADOS

Son hijos de los sacerdotes que ofician en los templos de las diversas divinidades tutelares del pueblo indochino, y, por estar engendrados durante la época menstrual, gozan de ciertos privilegios.

LAMINA II

introducido modificaciones en los usos primitivos, si no de una manera inteligente, aunque no seríamos exagerados al calificarlo así, al menos de un modo instintivo.

Igualmente, sin que la civilización se lo haya enseñado, conocen el amor con idénticas manifestaciones que entre nosotros, ya que se observan los celos, prueba indiscutible de que el amor existe.

En resumen: en las épocas primitivas de la Humanidad ha existido un ritmo periódico para las manifestaciones sexuales de los hombres determinado, indudablemente, por los efectos de las influencias cósmicas o sean las revoluciones naturales de los astros que se reflejaban en la tierra como objeto físico, haciéndola estéril en las estaciones frías y fructífera en las cálidas. En este punto podemos hacernos la célebre pregunta: "¿Qué fué lo primero, el huevo o la gallina?" Lo que podemos parodiar diciendo: "¿Fué la necesidad, el hambre, lo que determinó el desarrollo del cerebro en el sentido de inventar medios para procurarse alimentos? ¿Fué la abundancia progresiva de los alimentos lo que dió lugar al desarrollo del cerebro, y, por lo tanto, a que sobre los instintos naturales se sobrepusiese el dominio de la inteligencia, esto es, el amor, como sostienen Virey y otros investigadores?"

En ambos casos no cabe duda que el origen primitivo de esta perfección está en las evoluciones astrales, puesto que eran los factores determinantes de la abundancia o la escasez *natural* de los productos alimenticios necesarios al sostenimiento y desarrollo de la organización física del hombre; mas hablando propiamente, el hecho inmediato consiste en la productibilidad de la tierra y no en la causa más remota que determinó esa productibilidad. Sostener la teoría astral como fundamento único sería tanto como decir, por ejemplo, que un hombre era criminal porque había nacido; esto es natural. Pero la razón de su criminalidad no se explica por su presencia en la tierra, sino por las circunstancias en que su existencia se ha desarrollado. No obstante, como veremos luego, la relación de los astros con los fenómenos de periodicidad sexual de todos los animales parece haber sido demostrada en muchos casos, aunque ello no constituya una regla general verdaderamente científica e indiscutible.

Por otra parte estas revoluciones cósmicas influyen en otros estados del individuo aparte de la periodicidad sexual; pero si nos ateremos a las teorías del psicoanálisis, no habrá más remedio que convenir en que todo, absolutamente todo lo que estimula o entorpece las actividades animales, sean de la índole que fueren, tiene su explicación en el sexo, en el instinto primitivo cuyo excedente deriva por

aquelias salidas que la civilización puede dejar entreabiertas, ya se trate de un asceta místico o de un criminal empedernido. Puede ser también que el psicoanálisis llegue un día a demostrarnos que no han existido los astros ni los hombres primitivos...

LA INFLUENCIA DE LOS ASTROS

Predisposición orgánica a los hábitos.—Las fases de la luna y la menstruación.—La luz lunar y la periodicidad.—Por qué los amantes prefieren las noches de luna.—Su influencia en los viajes por mar.—La actitud de la mitología.—Importancia del sol.—La menstruación entre los papúes.—No es un hecho nervioso.—Datos que contribuyen a negar la influencia de la luna.—La periodicidad erótica.—Influencias sociales.

¿Qué influencia tiene la evolución de los astros en la producción de los fenómenos periódicos de las funciones sexuales? Unos autores sostienen que esas influencias son reales, mientras otros aseguran que sólo son aparentes y nada ciertas. Estas discusiones ocuparon la atención de los investigadores durante años y años, sin acabar de ponerse de acuerdo; y en esta situación seguimos, sin que, verdaderamente, sea posible inclinarse en uno u otro sentido.

Lo que sí puede asegurarse es que el organismo acepta cualquier periodicidad que se le imponga, ya sea obedeciendo a las leyes naturales o bien en virtud de la propia voluntad individual; no será necesario insistir demasiado para explicar en qué consiste el hábito, la costumbre, que es una forma de la periodicidad, la cual está sujeta a múltiples circunstancias que pueden ser voluntarias e involuntarias.

¿Por qué las épocas menstruales reciben el nombre de *lunas?* No cabe duda que este fenómeno se ha asociado siempre a las revoluciones de ese astro, aunque jamás podrá decirse que la menstruación coincida en todos los casos con una fase determinada de la luna, en cuyo caso estaría justificada la denominación. Siendo cuatro las fases lunares y repitiéndose cada una en el término de veintiocho días, que es el plazo intermenstrual de comienzo a comienzo, es como únicamente podemos encontrar la justificación de ese nombre. Pero si vemos que puede escogerse a veintiocho mujeres normalmente regladas, como es la mayoría, se verá que cada una empieza en un día diferente, una el día primero y la última el veintiocho, para que la pri-

mera empiece otra vez el 29, así sucesivamente, siempre dentro de esta periodicidad completamente matemática e invariable. Luego si partimos exclusivamente de este único punto de vista, es lógico afirmar que la periodicidad de las fases de la luna y la de la menstruación de la mujer no pasan de evidenciar una coincidencia "que no quiere decir nada", aparte de que, como ya hemos visto en otros volúmenes, hasta la fecha no ha sido posible precisar exacta y científicamente el por qué de la periodicidad de la menstruación e incluso las razones indiscutibles de este fenómeno que no es universal, ya que no todas las mujeres del mundo están igualmente regladas, como se ha demostrado suficientemente.

Ellis dice que "teniendo en cuenta la influencia ejercida sobre los hábitos y las emociones, aun de los mismos animales, por la claridad de las noches de luna, no es quizá extravagante suponer que, tratándose de organismos ancestralmente predispuestos a la influencia del ritmo en general, y en particular del ritmo cósmico, la luna llena, al presentarse periódicamente, no ya meramente por su estímulo sobre el sistema nervioso (1), sino posiblemente por las oportunidades especiales que daba al ejercicio de las funciones sexuales, sirvió para implantar un ritmo lunar en la menstruación".

Modernamente, como el célebre psicólogo sospecha, sus razonamientos tienen que parecernos demasiado extravagantes. Las manifestaciones de la periodicidad sexual en muchos pueblos tanto salvajes como civilizados, tienen lugar, en efecto, en noches de luna, cuando el astro brilla en toda su potencia, siempre que ello sea compatible con la estación. La luna más brillante es la de enero en lo que se refiere al hemisferio boreal; pero en este mes, generalmente el más frío del año, ni los salvajes ni los civilizados tienen gana de fiestas al aire libre, ni la temperatura es tampoco la más adecuada para la excitación sexual. Más justo es decir que la luna llena de primavera y otoño, aunque menos luminosa, es testigo entre esas gentes de las máximas orgías sexuales, las cuales no representan una sumisión al astro, una demostración de idolatría hacia él, sino que son el resultado de otros fenómenos, que tanto pueden producirse en virtud de una fuerza superior como ejecutarse por obediencia a las tradiciones, que es una de las formas que adopta el hábito heredado de los tiempos remotos en los que la periodicidad del coito—no de

(1) Tampoco puede admitirse esta teoría del estímulo sobre el sistema nervioso en lo que afecta al fenómeno de la menstruación, porque la menstruación no es un fenómeno nervioso.

la menstruación—estaba justificada por las mismas razones que se justifica en los animales inferiores al hombre.

Tenemos que separar las manifestaciones del impulso sexual de los fenómenos de la menstruación. Aquél no tenía lugar más que dos veces el año, y en forma que no es posible decir que todas las mujeres estuviesen igualmente excitadas sexualmente, incluso en el supuesto de que las fiestas durasen un mes entero, plazo en el que todas las mujeres menstruarían, y esto por esa razón anteriormente apuntada de que la época menstrual no se verifica en una fase determinada del ciclo lunar. Por otra parte, suponiendo que la menstruación tenga la propiedad de elevar el grado de excitación erótica de la mujer, y, además, sabiendo que en las normalmente regladas estas excitaciones han de producirse trece veces al año correspondientes—acaso por coincidencia—con las trece fases completas del ciclo lunar, es lógico pensar que esas fiestas de la periodicidad sexual debieran tener lugar cada veintiocho días y no cada veintiséis semanas como ocurría antiguamente y aún sucede en esos pueblos salvajes a que hemos de referirnos.

Aun en el supuesto de que esos organismos estuviesen ancestralmente predispuestos a la influencia de todos los ritmos, volvemos al punto de partida; esto es, que el período menstrual debiera coincidir, aparte de las variaciones de los climas, en una fase lunar, o sea que todas las mujeres de España, por ejemplo, menstruasen, vamos a suponer, entre los días 8 y 15 de cada mes.

¿Qué hemos de decir de esa inmensa cantidad de mujeres que no están normalmente regladas, esto es, que no menstruan cada veintiocho días? Puede decirse, si nos atenemos a las investigaciones del doctor Osterioch, que la menstruación se presenta normalmente en el 62 por 100 de las mujeres; en este caso no cabe duda que el 38 por 100 restante, aunque sean mujeres de buena salud y edad propicia, no tienen absolutamente nada que ver con las fases lunares para justificar la ocurrencia del fenómeno fuera de los plazos considerados como normales.

Mantegazza es de opinión que el "período sexual"—no dice menstrual—se estableció con relación al período lunar, fundándose en que las noches de luna eran más favorables para el galanteo, con todas sus lógicas consecuencias sexuales. Otro investigador, Nelson, afirma que las personas jóvenes y de buena constitución están sujetas a frecuentes períodos de insomnio durante la noche, consecuencia que atribuyen a la acción de la luna llena. Y Ellis, por otra parte, asegura que "también se puede hacer referencia a la tendencia de la luz de la luna a excitar las emociones de los jóvenes, especialmente en la

pubertad, tendencia que, tratándose de personas neuróticas, puede convertirse casi en mórbida" (1).

En cuanto a la opinión de Mantegazza, cabe preguntarse: ¿Por qué las noches de luna son más favorables al galanteo que las otras noches en que la tierra esté en sombras? Y la respuesta se nos ofrece bien sencilla, para demostrar que no es precisamente la fase lunar lo que determina esos estados de excitación, sino *su luz más brillante*, punto en el que coincidimos con Ellis.

Las noches de luna llena en el buen tiempo, predisponen a la práctica de la sexualidad, más por lo que el astro alumbra que por la influencia que puede atribuírsele sobre el sistema nervioso, ya que una nube que le vele acaba con todos los encantos selénicos. Pues bien; todos los hombres, civilizados o no, y casi todos los animales, buscan la soledad, el aislamiento y la oscuridad para ejecutar el grandioso acto de la procreación, que tiene que ser así de solemne, para asegurarse de que nada ni nadie habrá de venir a interrumpir su práctica encantadora, ambición que empieza en el instante mismo de iniciarse el galanteo y termina bastante después de haberse operado el último orgasmo. No debe existir la más leve amenaza de un suceso cualquiera, ni el temor más nimio ni el más simple cuidado capaz de distraer un solo ápice de la atención que el hecho requiere, aunque no sea más que en su manifestación puramente animal e instintiva y sin refinamiento espiritual alguno.

Por ello, el silencio y la oscuridad han sido siempre los mejores aliados del amor; pero no una oscuridad completa, porque ello impediría la visión de los encantos físicos de los amantes y hasta las manifestaciones recíprocas de placer, que son también excitantes recíprocos. La oscuridad absoluta no se demanda más que cuando por encima del instinto sexual existe un sentimiento más o menos desarrollado del pudor; en otro caso, la soledad unida a una luz velada permite una mezcla de visión y adivinación de encantos mucho más excitante que la visión completa o la adivinación absoluta.

Todo esto se encuentra en el campo y a la luz de la luna, en plena Naturaleza, en lo que tanto interviene la influencia ancestral como los factores puramente físicos de la soledad y la penumbra. Esta es la explicación de esas orgías sexuales periódicas de los pue-

(1) Se ha dicho con frecuencia que el curso de la locura se halla bajo la influencia de la luna. En efecto, muchos alienistas han demostrado con todo género de detalles que la locura periódica tiende a presentarse en períodos de siete días o múltiplos de siete. Por otra parte, los lectores habrán oído hablar de los «lunáticos» refiriéndose a personas completamente normales lo mismo de un sexo que de otro, que en esos períodos dan muestras de pronunciados trastornos en el funcionamiento de su sistema nervioso.

blos primitivos a la luz de la luna, la cual les servía para orientarse primero, para aislarse después y, por último, para advertir cualquier peligro que pudiera amenazar la íntima tranquilidad de las parejas.

Cuando no es el pudor, el temor es lo que justifica esa necesidad de aislamiento que sienten todos los animales en los momentos de celo. Cuando puede obtenerse la garantía absoluta de que no hay nada que pueda venir a turbar esos momentos de voluptuosidad que acompañan a los actos sexuales, como, por ejemplo, encontrándose en una región desierta, en una llanura, a plena luz, cuando la vista puede abarcar una gran extensión de horizonte, el impulso sexual se excita y se satisface con el mismo placer que si el acto se llevase a cabo en la habitación del hotel más suntuoso y solitario. Parece que en idénticas condiciones ventajosas pudiera practicarse el amor en un bosque impenetrable, y, sin embargo, no es así, porque nunca puede existir la garantía de que nadie observa, de que nada puede interrumpir el acto; una alimaña, un pájaro, un insecto e incluso el mismo rumor de las hojas, bastan para detener el progreso de la tumescencia.

Para atribuir a la luna la responsabilidad de los ciclos sexuales, bien sea a causa de sus rayos luminosos o bien de otros magnéticos actuando sobre el sistema nervioso, sería necesario que esa elevación de la tensión erótica se manifestase bajo techado, cosa que no sucede, como me ha sido posible comprobar, al menos entre los civilizados, en 185 observaciones. De doscientas personas conocidas y amigas a quienes consulté, y residentes en distintos países, sólo una mujer, y ésta de temperamento neurótico, ha podido decirme que sus reglas ocurren normalmente, cada veintiocho días, y coincidiendo con la luna llena, en cuyo período siente más deseos que otras veces de ser acariciada por su esposo. Ella cree que la luna no tiene nada que ver en este fenómeno, sino que es el período pre y post-catamenial, en plazos de dos o tres días, lo que justifica su mejor predisposición para los placeres del amor. El resto de mis informes me demuestra que las noches del una "en verano" invitan a pasear por el campo con los amantes, pero debajo de techado no se diferencian en nada de las otras noches completamente oscuras, sea en invierno o en estío.

En los grandes transatlánticos es donde mejor puede observarse esta supuesta influencia de la luz lunar—no de la luna—para determinar muchos idilios que terminan casi siempre en la calma voluptuosa de los camarotes. En noches cerradas, los pasajeros se reúnen en grupos, casi siempre en torno de alguna luz, y jamás a oscuras;

en cambio, cuando la luna brilla arrancando al mar toda su infinita belleza, las parejas o los individuos tienden a aislarse, en demanda de una emoción estética mejor que física. Lo que ocurre es que suelen complicarse las cosas, y lo que empezó en una simple predisposición admirativa se convierte en una franca disposición para el amor. Desde luego, lo que no está demostrado es que una mujer o un hombre que se encuentren solos admirando el paisaje a la luz de la luna, sientan esos deseos sexuales irresistibles de que parecen hablarnos los partidarios de la teoría de la influencia de la periodicidad lunar en la expresión de los sexos.

"Interesante es indicar que—dice Ellis—cuanto más remotamente nos es dado hallar los comienzos de la civilización, tanto más importante resulta el papel desempeñado por la luna. Después del cambio del día y de la noche, los cambios de la luna son los fenómenos más conspicuos y sorprendentes de la Naturaleza: ellos suministran la primera base para calcular el tiempo; son de la mayor utilidad en la primitiva agricultura, y por doquiera se cree que la luna ejerce una influencia enorme en toda la vida orgánica. Hahn ha dicho que la razón por la cual los sistemas mitológicos no presentan generalmente la luna en la suprema posición que podríamos esperar consiste en que su inmensa importancia es un hecho tan antiguo, que tiende, con el desarrollo mitológico, a ser oscurecido por otros elementos."

Entre la opinión de Ellis y la afirmación de Hahn y la aceptación de ésta por el primero, se advierte una contradicción enorme que no podemos por menos de discutir.

Si tantísima importancia ha tenido la luna en todos los tiempos para justificar la sucesión de fenómenos que no es fácil explicar científicamente—en estos casos, la impotencia científica culpa a los poderes sobrenaturales de tan extraños sucesos—, es en verdad sorprendente que la mitología no se haya ocupado de Selene, "precisamente por su importancia". Siendo, como se cree, uno de los aciicates más poderosos de la vida orgánica, parece pueril afirmar que puedan existir otros elementos capaces de oscurecer el prestigio remotísimo del astro nocturno. Para los buenos creyentes, la idea de Dios es fundamental e ineclipsable: esto es de una evidencia abrumadora. No es posible que el otro poder, el del Diablo, sea bastante para atenuar el esplendor de la personalidad primitiva, ni se admite otro elemento, sea celestial o terrenal, capaz de restar el menor destello a la omnipotencia de la divinidad esencial y reconocida en todo su valor animístico.

Esto induce a pensar, naturalmente, que si la mitología no hace demasiadas referencias a la luna como poder responsable de las más importantes evoluciones psíquicas y físicas de la Humanidad, es porque o su poder era ignorado o, en el caso peor para los partidarios de esas teorías, porque su influencia resultaba prácticamente nula.

En el antiguo Méjico, en el viejo Perú, en la remota Babilonia y en el moderno Japón, el sol ha tenido y tiene mayor importancia que la luna, hecho probado por las pétreas esculturas de los templos y por los símbolos modernos, que no pueden discutirse. En este caso, más bien parece que debe admitirse una teoría lunar para unos pueblos y otra solar para otros. En el Japón, Imperio del Sol Naciente, las mujeres no relacionan a la luna con sus estados particulares; ni al sol tampoco. Y sin embargo, una japonesa sabe que la luna evoluciona cada veintiocho días, y tiene las pruebas más ciertas de que los individuos de su sexo invierten el mismo tiempo entre cada principio de período menstrual.

Sin embargo, a una distancia relativamente corta del Japón, en las tierras del estrecho de Torres, los papuanos creen que la primera menstruación de una mujer sucede al siguiente día de haber sido poseída la virgen por la luna, que adoptando forma de hombre se acercó a ella durante el sueño.

Naturalmente, no hay ninguna mujer papuana que pueda asegurar haber sido poseída por la luna, puesto que estos atentados astrales al pudor sólo los verifica Selene cuando sus elegidas duermen profundamente. Estos indígenas atribuyen las menstruaciones, no a la influencia cósmica, sino a la herida que en los órganos genitales de las mujeres produce el espantoso miembro viril de que se halla dotado el personaje masculino cuya figura toma la luna para cometer estas atrocidades sexuales.

La ausencia de la menstruación durante el embarazo la atribuyen también a la luna, que poseyendo un miembro viril de tan descomunal tamaño, deja de cobrarse sus derechos sexuales con todas las mujeres de la región, porque todo contacto en esas partes resultaría perjudicial para el desarrollo del feto. En lo que afecta a la menopausia, la última menstruación ocurre cuando la luna se cansa de cohabitar con una mujer que ya no está en condiciones de tener hijos.

Seguramente no habrá otro país en el mundo en el que la influencia de la luna en la vida sexual tenga tanta importancia como entre los papuanos. Lo que no se explican estos salvajes es por qué razón hay muchas mujeres que buscan a los hombres precisamente en las épocas en que están menstruando, o sea cuando tienen más abierta la herida que en sus entrañas abrió la luna. Del mismo modo, las enfermedades particulares de la mujer—metritis, leucorrea, etcé-

tera—creen que son la consecuencia de no guardar una higiene prudente después del coito con el astro.

Los ciclos lunares, que en todo caso afectan a la hembra humana por la coincidencia de la verificación de sus períodos, pero sin que sea posible asegurar de una manera concluyente que la relación sea inmediata, establecen, si queremos admitirlo, una periodicidad cuatrisemanal de excitación en muchos casos, ya que no puede decirse que en todos. Ahora bien: ¿cuál es la causa de que no menstruen las hembras de los animales inferiores y de que los fenómenos de su periodicidad sexual no se verifiquen con la misma frecuencia que en la mujer? Esto no ha podido ser contestado nunca, a pesar de que representa uno de los más importantes problemas del desarrollo de la historia de la cultura humana, y hasta cierto punto, como dice Bloch, "lo único que puede ilustrar los orígenes de la historia del amor".

Todavía un autor insiste en afirmar que la tendencia general, física y psíquica, de la acción nerviosa a convertirse en ritmo, demuestra que existe una predisposición francamente biológica a someterse a cualquier periodicidad aceptada por el organismo en forma de hábito. Esto, como hemos dicho al principio del presente capítulo, puede admitirse en todo aquello que dependa más o menos directamente de la voluntad del individuo; puede incluso asegurarse que hasta la excitación pueda ser provocada por el individuo de una forma periódica, e incluso reprimirse por medio de la voluntad cuando se manifiesta de una manera naturalmente espontánea, como hemos visto que sucede cuando se hace necesario echar mano de las virtudes de la castidad, de la abstinencia e incluso del ascetismo. Contra ese hábito natural puede existir otro artificial, o sea impuesto por la voluntad.

Pero no cabe duda que refiriéndose a la menstruación, que es a lo que se refiere el autor aludido, diciendo que "fué impuesta por las revoluciones lunares", no es posible sostener por un momento que ese hábito pudiera ser aceptado o rechazado por la mujer, ya que no depende de la voluntad, porque ni siquiera es un hecho nervioso, según hemos dicho antes.

El impulso sexual es susceptible de ser reprimido, lo mismo por la mujer que por el hombre, con más o menos trabajos; ¿pero es posible oponerse a la periodicidad menstrual conteniendo o siquiera acortando el derrame del flujo sanguíneo?

Hablando de este caso particular con un fakir indio muy conocido en París por sus experimentos notabilísimos, cuyos secretos no ha querido revelar ni han podido investigar los más audaces hom-

bres de ciencia, me decía que si el hombre menstruase como la mujer, sería capaz de provocarse el flujo catamenial en la ocasión que quisiera y contenerlo tantas veces como se presentase naturalmente.

Cualquiera que haya viajado por el interior de Marruecos habrá visto a esos fanáticos de las cofradías musulmanas de *aisawas* y *hamadtchas* cómo se producen tremendas heridas en el cráneo afeitado valiéndose de cortantes hachuelas, y cómo contienen la enorme hemorragia, "sin que sepamos cómo", en el momento que lo consideran oportuno.

De estos hechos verídicos y perfectamente comprobables, no puede quedar la menor duda; la voluntad desempeña un papel decisivo en la operación de tales fenómenos. Solamente ateniéndonos a estos sucesos, es posible creer en la posibilidad de que la menstruación pudiera ser suprimida sin necesidad de otros recursos; pero sólo en las mujeres que fuesen capaces de desplegar la misma energía volitiva que los hombres, cosa que los fakires indostánicos y los fanáticos del Islam estiman como verdaderamente imposible.

No es posible, pues, atribuir a las influencias lunares el fenómeno de la menstruación, porque sería tanto como querer demostrar que la reproducción de la especie tiene un origen innegablemente astral, hecho que encontramos en la mitología de algunos pueblos, que se creen descendientes del sol y de la luna, dándose la circunstancia de que sus mujeres no conocen la menstruación más que durante muy cortas épocas del año, relacionándola con las mordeduras del lagarto o de la serpiente.

Lo único que puede decirse, y esto con todo género de reservas, es que las fases lunares desempeñarían, "probablemente", un papel de bastante importancia en las primeras evoluciones de los humanos. En esta actitud ecléctica se coloca Havelock Ellis cuando escribe: "Es posible que el carácter mensual de la menstruación, aunque representa una tendencia general de la raza humana, siempre y en todas partes predominante, pueda modificarse en lo porvenir. Es un hecho digno de nota el de que en muchas razas primitivas la menstruación sólo se presenta con largos intervalos. Así, en las mujeres esquimales, la menstruación se ajusta a las peculiares condiciones cósmicas a que está sujeta la gente; el etnólogo Cook, que formó parte de la expedición Peary a la Groenlandia Septentrional, halló que la menstruación sólo comenzaba después de cumplidos los diecinueve años y que se suprimía generalmente durante los meses de invierno, cuando no hay sol, menstruando sólo durante este período de cada diez mujeres una. Velpean aseguró que las mujeres de Laponia y Groenlandia suelen no menstruar sino cada tres meses, y a

veces dos o tres veces al año. En las islas Feroe se asegura que la menstruación falta con bastante frecuencia. Entre los samoyeros, menciona Mantegazza que la menstruación es tan ligera que algunos viajeros han negado su existencia. Azara observó entre los guaranís del Paraguay que la menstruación no sólo era escasa, sino que los períodos estaban separados por largos intervalos. En los indios de la América del Norte la menstruación parece ser escasa. Así, Holder, hablando de los indios crow, de Montana, dice: "Estoy seguro de que las indias de pura sangre, en esta latitud, no menstruan tan fácilmente como las blancas, no excediendo usualmente de tres días." De las mujeres desnudas de la Tierra del Fuego, se asegura que no hay a veces señal física alguna de los menstruos, por espacio algunas veces de seis meses. Estas observaciones son dignas de tenerse en cuenta, aun cuando claramente indican, en su conjunto, que lo primitivo de la raza es un factor muy pobre sin un clima frío."

De ser ciertas estas afirmaciones, cada vez nos resistimos más a aceptar la influencia de la luna en la operación de esos fenómenos de periodicidad, y teniendo en cuenta otros antecedentes, hasta pudiera asegurarse que en algunas razas, como por ejemplo entre los esquimales de Groenlandia, a pesar de que las mujeres no menstruen más que dos veces al año, no por eso puede decirse que no experimenten períodos de excitación sexual aguda, según los informes que poseo, merecedores de entero crédito, facilitados por un tripulante de un barco portugués dedicado a la pesca en aquellos mares helados.

Las observaciones de Azara efectuada entre los indios guaranís del Paraguay, comprobando que la menstruación no sólo es escasa, sino que los períodos están separados por largos intervalos, contribuyen a rechazar una vez más la teoría de la influencia cósmica. Al mismo tiempo, puede decirse de estas mujeres lo que de las esquimales, y eso que la diferencia de temperatura entre Groenlandia y el Chaco paraguayo no es menos de 45 ó 50 grados. Si los esquimales, con períodos irregulares, tardíos y escasos dan pruebas de una excesiva afición a los placeres sexuales, las paraguayas, sometidas a la influencia regular de las evoluciones astrales, no son menos ardientes que sus congéneres de las regiones polares.

Hay muchas más pruebas que permiten no admitir por completo la teoría de la influencia lunar en la operación de los fenómenos de la periodicidad del menstruo y de la excitación sexual. En Marruecos, donde hebreos y moros viven mezclados y, por lo tanto, sometidos a las mismas condiciones de vida higiénicas, sociales y casi religiosas, las moras menstruan con más regularidad que las hebreas.

Hay si, para aquéllas, la Luna del Ramadán, y para éstas la Luna de Israel, en cuyas épocas se celebran las más importantes festividades religiosas; pero nunca esas orgías sexuales que tienen lugar en épocas parecidas en otros pueblos de cultura inferior.

No existe, tampoco, una periodicidad erótica; para un musulmán o para un hebreo, la cohabitación es buena en cualquier época, menos en aquella de la menstruación, por considerarse que la mujer se encuentra en un estado grave de impureza. Una prostituta hebrea me decía en una ocasión, que durante el período menstrual no se entregaría jamás a los placeres sexuales, "aunque en esa época es cuando más los necesitaba su organismo", por hallarse más excitado. Pero no cabe duda que este hecho no responde a razones fisiológicas, sino que está fundado en motivos religiosos o sociales.

Otros accidentes de la vida social influyen también en la adopción de estos sistemas, como por ejemplo con la ocasión de la muerte de un pariente, aunque sea lejano y por el que los cónyuges no pueden tener grandes afectos; pero esto no se relaciona para nada con la influencia lunar, más o menos real, y por eso lo trataremos en otro capítulo del presente volumen.

En muchos países, incluso entre los civilizados, la teoría lunar no se acepta sólo en lo que a la práctica de la sexualidad afecta, sino que se admite y hasta existe cierta sujección a las fases lunares en lo que se refiere a la elección del sexo de los productos de la concepción. Mas tampoco hay nada definitivo en este aspecto, como ya hemos dicho en el volumen XIV de estos TEMAS SEXUALES, aunque haya muchas gentes que se resisten a perder su confianza más absoluta en esas influencias cósmicas.

Para terminar esta discusión, de la que, como vemos, no es posible sacar ninguna teoría útil, cabe afirmar que los astros no tienen ninguna influencia definitiva para determinar el aumento o la disminución de la capacidad erótica de los individuos. La menstruación, como veremos más adelante, no cabe duda que influye bastante en muchas mujeres; pero para relacionar esta predisposición con los fenómenos siderales, sería preciso adquirir la evidencia absoluta de que esos hechos obraban directamente en lo que a la menstruación se refiere, y que es precisamente lo que no se ha podido demostrar, aunque muchos autores afirmen que la menstruación es lo que queda de la remota periodicidad sexual humana.

LA PERIODICIDAD SEXUAL EN LA MUJER

La menstruación de la mujer y el celo de las hembras animales.—Semejanzas de los caracteres anatómicos.—La menstruación en las monas.—Repulsión del macho hacia la hembra menstruante.—La actitud de la mujer.—Manifestaciones del celo. El período de excitabilidad.—Mis observaciones.—En Indo-China.—Diferencias según los países.—Influencia de los agentes externos.—Las civilizadas y las salvajes.—El dominio del impulso sexual.

La menstruación, sea un hecho motivado por las influencia astrales, lo que parece poco probable, o bien un acto fisiológico autónomo del organismo, no cabe duda que, normalmente, se presenta con una periodicidad verdaderamente matemática, lo mismo entre las mujeres de los pueblos civilizados que en aquéllas de muchos países salvajes.

Que la menstruación se relaciona íntimamente con la procreación, es otro hecho que no puede dudarse nunca, aunque existan excepciones por las cuales se observa que puede existir la menstruación durante todo el curso del embarazo, que hay mujeres que pueden quedar en cinta sin haber menstruado jamás, y, por último, que otras que menstruan regularmente son estériles en bastantes casos. Ahora bien, éstas son las excepciones de la regla general.

Otro punto muy debatido es el siguiente: La menstruación de la mujer, ¿es equivalente al período de celo de las hembras de los animales? Nosotros contestamos, de una manera rotunda, afirmativamente: Sí; prácticamente, una y otro son el mismo fenómeno, aparte las naturales diferencias de detalle. Y lo sorprendente no es esto, demostrado hasta la saciedad, sino que aún axistan autores que siguiendo las rutas trazadas por los antiguos, insistan en separar la menstruación de la excitación sexual, lo que si es cierto que se observa en un buen número de mujeres, no quiere decir que comprenda a la inmensa mayoría.

¿Tienen las hembras de los animales una menstruación? Aquí nos encontramos con la evidencia de que si nuestros conocimientos en esta materia, en lo que a los humanos afecta, son bastante incompletos, aún se presentan incognitas mucho mayores al querer investigar en la vida de los seres inferiores al hombre. Por lo general, la inmensa mayoría de las hembras de los animales no menstruan, no admiten una secreción sanguínea periódica. No obstante, lo que sí se ha podido demostrar, gracias a las investigaciones de Raciborski, y esto hace cerca de un centenar de años—¡cuán poco tiempo en la historia científica!—, es que en la época menstrual de la mujer y en la de celo de la hembra de los animales los caracteres anatómicos de los órganos de la generación presentan aspectos comunes y se manifiestan por la misma función destinada a hacer llegar los óvulos a su madurez y a preparar en el útero las condiciones más propicias para su desarrollo necesario al fenómeno de la reproducción.

El profesor Courty, hace muchos años, y otros investigadores más recientes, han podido comprobar que existe cierta analogía entre los fenómenos de la menstruación de la mujer y la excitación sexual de los animales en lo que respecta a la emisión de secreciones. La hembra del hipopótamo manifiesta todos los meses cierta excitación sexual manifestada por inflamación vulvar y emisión de una secreción mucosa que baña dicha parte de sus órganos.

En las monas, animales más próximos a la mujer, existe una evacuación mensual de aspecto sanguíneo que puede interpretarse por una una verdadera menstruación. Un médico alemán afirma que ha observado varias monas, en las cuales "cada luna nueva" se presentaba un flujo sanguíneo abundante que duraba unos tres días, dando muestras el animal de excitación sexual. (Citado por Icard y Ellis.)

Saint-Hilaire ha estudiado con todo detenimiento numerosas variedades de monas, y en la mayoría advierte la existencia de un flujo menstrual regular más o menos abundante, pero de aspecto sanguíneo. Pouchet afirma que existe un flujo de sangre en las perras, las cerdas, las gatas y las conejas, y otro investigador lo ha observado en las vacas, en las jumentas y en las cabras. En cuanto a las jumentas, poseo los datos facilitados por un veterinario, el cual dice que en tres de estas hembras, madre y dos hijas, se presentaba una menstruación cada tres meses, cuyos síntomas nerviosos se manifestaban en una rebeldía casi indomable que sólo podía ser atenuada echándoles agua fría en las ancas.

En casi todas las monas, aunque no exista ese flujo sanguíneo, ha observado un naturalista inglés que "todas las partes del cuerpo



DAMAS PERSAS

Entre las clases acomodadas de este país, la educación ha conseguido modificar el impulso sexual de la mujer en el sentido de no experimentar alteraciones durante los menstrues.

LAMINA III



CASAS PARA SOLTERAS

En ciertas partes de la costa australiana, las mujeres parecen estar sometidas al ritmo de las mareas. Las menstruantes están obligadas a vivir en estas chozas mientras dura el período.

LAMINA IV

desnudas o pálidas de color, como el rostro, el cuello y las regiones isquiáticas, toman color encarnado, a veces un rojo vivo". Cuando hay flujo, éste no es abundante, pero el color de esas partes dura varios días, hinchándose inclusive los grandes y pequeños labios como si fuesen a reventar presionados por la sangre acumulada.

En el chimpancé se ha comprobado la existencia de una menstruación periódica, con flujo y dilatación de la vulva con alargamiento de los labios exteriores, los cuales no son visibles a no ser que exista un estado de gran excitación sexual.

En una chimpacé que utilizábamos para determinados ensayos, pudimos comprobar que todos los meses, generalmente en los primeros días, e inmediatamente después de la comida de la tarde, sufría grandes excitaciones que la inducían a masturbarse repetidas veces valiéndose de la lengua. Podía observarse con gran facilidad que las callosidades de las posaderas se enrojecían a medida que se excitaba, para tornar a su color más pálido a los pocos minutos de haber experimentado los orgasmos. En una ocasión, llegado el período de celo, la practicamos una sangría, extrayéndola cinco centímetros cúbicos de sangre, y el animalito pareció tranquilizarse tan pronto como sintió los primeros toques del anestésico, que era el cloruro de etilo, el cual tiene la propiedad de adormecer por frío la zona operatoria. Para esta pequeña operación recurrimos al procedimiento de la jeringa, y cuando al mes siguiente sintió los primeros síntomas de la excitación sexual, aprovechando el descuido de un practicante tomó una jeringa de inyecciones, intentando hacerse la misma operación que nosotros la habíamos practicado un mes antes. Desde entonces nos fué fácil calmar los ardores genitales de la mona; pero cuando la pusimos en relaciones con un macho, se olvidó de la jeringa, se negaba a dejarse extraer la sangre y prefería las caricias de su pareja, un mono muy lúbrico, pero de menor tamaño que la hembra, por lo cual ésta era la que imponía el límite en los transportes sexuales.

Esta observación contrasta bastante con la siguiente de Moll: "En una pareja de monos que había en el Jardín Zoológico de Berlín, se comprobó que la hembra tenía a intervalos un flujo menstrual parecido al de las mujeres, la cual durante este período se abstenía de todo trato sexual, que, de otro modo, efectuaba con intervalos regulares, por lo menos cada dos o tres días." No obstante, puede decirse que este hecho constituye una excepción poco común. En el Brasil, ha comprobado un hacendado que tenía muchos monos, que en las épocas de celo las hembras menstruantes buscaban a los machos con el mismo ardor que lo hacían las que no menstruaban;

pero los monos huían de las menstruantes, apareándose con las que no tenían ningún flujo genital, que eran la mayoría.

¿Qué explicación podemos dar a este curioso fenómeno? Yo me atrevería a asegurar, si conociese mejor las costumbres de estos inteligentes antropoides, que la negativa de los machos a aceptar los ofrecimientos de las hembras menstruantes se basaba en la repugnancia que el flujo menstrual pudiera causarles. Este elemento de disgusto lo encontramos perfectamente claro en los humanos; pero tampoco hay que olvidar que la mujer es consciente de su estado y de la repugnancia que ella misma le causa su propio flujo catamenial, bastante más acentuada que la que pueda experimentar el hombre. Muchas prostitutas me han confesado que hay infinidad de hombres a los que no causa la menor contrariedad encontrarlas en estas condiciones; en cambio casi todas ellas dicen que son "unos tíos asquerosos" que las producen repugnancia por practicar el coito haliándose "con esa porquería". Lo que nos faltaría saber, a la vista de estos ejemplos, es si el asco es un hecho fisiológico o no es más que un hecho social, aunque nos inclinemos a creer que su fundamento está, sin grandes dudas, en la fisiología.

Ahora bien, esta repulsión puede estar justificada en el hombre por razones psicofisiológicas normales; pero donde estas razones carecen por completo de toda fuerza, es en la mujer, al menos mientras tengamos que admitir que la máxima excitación de su instinto genésico coincide con los días de la evacuación periódica menstrual, porque negarse a aceptar las caricias del macho no significa, ni mucho menos, una coincidencia con su predisposición natural, esto es, fisiológica, sino todo lo contrario, puesto que subordina sus sentimientos sexuales a otras poderosas influencias externas, como es el miedo a producir asco en el hombre que se dispone a realizar con ella el acto naturalísimo del comercio sexual. Ateniéndonos a las inteligentes observaciones del hacendado brasileño, es como mejor podemos comprender que la actitud de la mujer al negarse al hombre no es natural, sino artificial, y basada en consideraciones que nada tienen que ver con los hechos fundamentales.

Fundándose en esa actitud completamente falsa de la mujer, es como ha sido posible que muchos investigadores célebres, pero poco sagaces, hayan tratado de demostrar que la menstruación no equivale al período de celo en las hembras de los animales, "porque las mujeres se inclinan a alejarse del varón durante este período". En el volumen XVIII, titulado *Supersticiones del embarazo*, a más de distintas alusiones en otros anteriores, hemos visto que alrededor de

la menstruación se han creado los conceptos erróneos más pintorescos en casi todos los pueblos del orbe.

Esta teoría, mantenida por Lawson Tai, J. Beard y otros, no podemos admitirla como hecho fisiológico, sino exclusivamente como un hecho social elaborado por las religiones, por las supersticiones y por todos los factores que se quieran aducir, menos por las razones fundamentalmente biológicas y naturales.

Un autor dice que "la tendencia de la hembra al coito durante la menstruación ha sido dominada en todas partes por las ideas de una civilización que ha insistido en considerar la menstruación como un fenómeno sobrenatural que, para la protección de todos, debe ser convertido en *tabú*".

Ya hemos expuesto las razones que en todas partes mueven a la opinión para cargar sobre la mujer ese estado de impureza: el origen de la menstruación atribuido a la serpiente; la toxicidad de la sangre catamenial, la propiedad que tiene de secar las plantas, alejar la caza y matar la pesca, etc., son creencias fuertemente arraigadas en el ánimo de las gentes menos cultas y suficientes para justificar el alejamiento sexual de las menstruantes.

En las civilizaciones superiores no cabe duda que existe una especie de respeto estético que exige la ocultación y la reserva de la mujer durante la evacuación de sus flujos catameniales. Por una parte, tenemos el temor que siempre ha inspirado la sangre, y por otra parte, el hecho de que el flujo menstrual suele tener un olor muy repugnante en algunas mujeres, sobre todo en aquellas de temperamento ardiente, olor que resiste a todas las precauciones higiénicas que puedan adoptarse.

El amor es incompatible con el asco, aun para las personas menos refinadas. La mujer sabe de sobra que todas las emanaciones de su cuerpo han de ser agradables, y que los hombres, aun los menos educados, aman la limpieza en la mujer tanto como su belleza y más aún que sus prendas morales. Teniendo en cuenta, por otra parte, que el erotismo de la mujer es menos intenso que en el hombre, hay que comprender que en esto está una de las razones más poderosas para justificar sus actitud frente al varón en esas épocas "repugnantes". Una mujer concede siempre más importancia a la estética que al placer sexual, porque es consciente de que siempre será más codiciable causando admiración que produciendo asco, aparte de que el hecho de ser limpia, como es lógico, no le resta la más mínima parte de predisposición para el amor.

En cambio, si los hombres menstruasen y las mujeres no, esto es, que fuera posible invertir la sucesión de estos fenómenos, es

casi seguro que el hombre no tendría los mismos escrúpulos de conciencia psico-física, y esto porque el impulso sexual es más poderoso en el sexo masculino, del que se apodera por completo, sin darle tiempo "a reflexionar" sobre las consecuencias que pudieran derivarse de su irreflexión.

Así pues, como veremos más adelante, no cabe duda que la época en que una mujer desea más ardientemente las caricias del hombre, es la que coincide con la emisión del flujo menstrual, el cual, aparte de las razones psíquicas, ejerce una notable acción mecánica sobre las partes genitales femeninas, dando lugar a esa congestión de que ya hemos hablado y que produce una mayor excitabilidad en todos los órganos de la copulación e incluso de la reproducción. Ahora bien, esta predisposición puede ser superada por todos esos factores externos del pudor, del respeto estético, del miedo a causar asco, tras de lo que puede venir el alejamiento del hombre que ha experimentado esta sensación tan poco favorable al desarrollo psíquico de su amor.

No sabemos, ciertamente, si esta actitud de la mujer viene desde los primitivos tiempos de la vida humana o se ha desarrollado con el progreso cultural de los pueblos; de todas formas es un hecho significativo para la historia de la civilización el saber que, modernamente, una mujer se somete menos a las fuerzas de su impulso sexual que a las leyes del instinto puramente femenino de la coquetería del afán de agradar al hombre estéticamente.

Pero sea como fuere, el hecho indiscutible es que la menstruación coincide con la maduración de los óvulos fecundables y, además, que desde el punto de vista de la psicología, "la principal característica normal y primitiva del estado menstrual es la presencia más predominante del impulso sexual", de donde se deduce, pero sin lugar a dudas, que el celo de los animales y la menstruación de la mujer, son, por regla general, una misma cosa.

Los síntomas del celo en las hembras de los animales pueden ser apreciados incluso por el observador más superficial. Generalmente consisten en alteraciones mentales o nerviosas—lo que también ocurre en las mujeres de temperamento neuropático—, que algunas veces pueden confundirse con la locura. Todos los zoólogos han comprobado estos fenómenos en los animales salvajes recluídos en los parques, en los pájaros y hasta en los insectos. En los animales domésticos se observa con bastante facilidad, especialmente en las gatas. En estos felinos se manifiesta la periodicidad del celo por carreras desordenadas, saltos temerarios, movimientos repentinos, etc. En las perras suele traducirse este estado en gru-

ñidos, inapetencia, nerviosismo, afán de frotarse la vulva contra las paredes o el suelo y una sed insaciable. Los veterinarios dicen que hay yeguas que siendo de ordinario dóciles, no pueden ser cabalgadas durante el celo si no por muy buenos jinetes, ya que trotan descompasadamente, se encabritan, relichan y se revuelcan en el suelo frecuente. Una loba que logró cazar viva y con tres crías un oficial del ejército, llegada la estación del celo se ponía furiosa y rechazaba la carne cocida que constituía su alimento, prefiriéndola cruda. Después caía en un estado de somnolencia para manifestarse de nuevo en esas crisis que obligaban a su amo a encerrarla en una jaula. Un perro chacal que fué introducido en la jaula de la loba no tuvo necesidad de realizar la menos habilidad para cubrir a la fiera, que inmediatamente se prestó del mejor grado a satisfacer el celo del perro.

Esta excitación no existe en la mujer normal; en la neurótica ya es distinto, porque su mentalidad es inferior; tal es la única diferencia existente entre los fenómenos del celo y la menstruación, los cuales tienen las mismas causas e idénticos efectos.

El profesor Icard dice: "¿Por qué la menstruación y el celo se diferencian en este solo concepto? De que la razón, el hábito de dominar sus sensaciones y el sentimiento de decoro que permiten generalmente a la mujer echar un velo y disimular su estado, de que esta excitación no es aparente para todo el mundo, y que solo aparece cierto día, nosotros no hemos de deducir su falta, ni decir que el sistema nervioso no recibe una influencia del molimen menstrual y rechazar todo crédito a la prueba, sacado de la identidad, del celo y de la menstruación."

Ellis es de la misma opinión del célebre profesor francés, cuando afirma que "hay otros indicios mentales y emocionales de irritabilidad y la inestabilidad que tienden a alterar la completa integridad mental y a hacer más frecuentes, en algunos individuos desequilibrados, las manifestaciones de angustia o de depresión, y en algunos casos más raros los crímenes; pero la exaltación del impulso sexual, la languidez, la timidez y el capricho son las manifestaciones más humanas de un estado emocional que en algunas hembras de animales inferiores produce, durante el celo, estados de furor".

Así, pues, ante estos hechos es posible afirmar que en los primeros tiempos de la Humanidad la mujer manifestase su deseo de ser fecundada o el simple anhelo de ser poseída por el hombre en forma muy parecida a la que se observa en las hembras de los animales, no encontrándonos con otra incógnita que la que representa el elemento antiestético de la menstruación.

En cuanto al período de máxima excitabilidad, no cabe duda que existen diversas opiniones, quizá tantas como grupos de mujeres pudieran formarse a este respecto, a tenor con su manifestaciones. Unas afirman que cuanto más aptas se encuentran para el amor, es en los dos o tres días anteriores a la presentación del menstruo; otras, por el contrario, aseguran que son los cinco a seis días siguientes a su desaparición; muchas aseguran que es durante los dos últimos, en los que el flujo disminuye, y, por último, existe un gran número que aseguran que el momento en que con más ardor desean las caricias del hombre es aquel en el que con más intensidad se presenta el flujo, por notar un calor particular y una sensación especial que no experimentan fuera de esos instantes que pueden durar solamente horas o a lo más un día.

Los siguientes casos, observados en mujeres de gran inteligencia y en algunas médicas y estudiantes de Medicina, nos demuestran que la variabilidad de las oportunidades es muy grande, por lo que casi resulta imposible establecer una regla general basándose en las particularidades.

A.—Joven de diecinueve años, virgen, pero que ha practicado la masturbación desde los diecisiete, si bien con escasa frecuencia. Manifiesta que está bien reglada, cada veintiocho días, durando el flujo cuatro días. Tres días antes de presentarse las reglas, según el calendario que tiene confeccionado, se la endurecen los pechos y el pezón se torna muy sensible a cualquier roce, incluso provocado por ella misma, aunque una presión un poco fuerte la produce dolor. En estos días es cuando ha practicado la masturbación, y con el fin de evitarse más excitaciones, hace su higiene íntima a base de agua muy fría, aunque de ordinario la usa tibia. El procedimiento que usa para masturbarse es la titilación clitoridiana, presentándose dos o tres orgasmos intensos que la dejan satisfecha hasta otro mes. Durante los días del flujo permanece en un estado de relativa insensibilidad, ya que los toques en el pezón ni son voluptuosos si son suaves, ni dolorosos si son fuertes. En adelante no vuelve a notar excitaciones que la induzcan a masturbarse.

B.—Veintiún años; fué normalmente iniciada a los dieciocho, aunque sólo ha tenido comercio una docena de veces hasta la fecha de la observación. Ha practicado el acto en los períodos intermenstruales, inmediatamente antes, durante y después de la menstruación. No tuvo inconveniente en dejarse acariciar por su amante en pleno estado menstrual, puesto que ni a ella ni a él les producía la menor repugnancia el flujo sanguíneo. Afirma que sus deseos eran más intensos en los dos o tres días anteriores, pero que la sensación de placer aparecía mucho más acentuada hallándose con el período. No establece ninguna diferencia entre los plazos ante y post-menstruales. Asegura que no siendo muy apasionado su temperamento necesita de la menstruación para encontrar los máximos placeres sexuales.

C.—Veintitrés años, casada, hermana de la anterior. De soltera tuvo un amante un tanto excéntrico, que prefería practicar el acto carnal cuando menstruaba. Esto la producía cierta repugnancia, no negándose por completo por estar muy enamorada de él, aunque inmediatamente después de verificado el acto "la causaba gran repugnancia lo sucedido". No encontraba mayores estímulos que de ordinario cuando se encontraba en pleno período menstrual, pero aseguraba que el deleite la parecía algo más intenso, en virtud de su convicción de que el amante la adoraba, "lo que quedaba demostrado por no importarle que estuviese menstruando para amarla".

En este caso ya hay un motivo psicológico para explicarnos la razón de su mayor placer; si en realidad experimentaban las mismas sensaciones en todo tiempo, el hecho de que la menstruación no repugnase a su amante, cosa que ella tanto aborrecía, la servía de razón de orgullo; el aumento de sensación está más en un erotismo cerebral que en una predisposición sexual exclusivamente.

Completa su interesante observación diciendo que su marido coincide con ella en la repugnancia que siente por la sangre menstrual, y que nunca lleva a efecto ninguna clase de relación por esta causa, "aunque las desearía ardientemente". Para calmar su excitación recurre a manejos masturbadores.

D.—Una joven empleada en unos almacenes de modas. Dice que se entregó por primera vez a un hombre tres días antes de presentársela la regla. Cinco o seis días antes de esas fechas se sentía fuertemente excitada, hasta el extremo de que rozándose el pezón izquierdo tenía bastante para provocarse el orgasmo. A los tres o cuatro meses de relaciones sexuales normales advirtió que estaba embarazada. Consiguió abortar de tres meses, interrumpiéndosela el período, pero sin notar el más leve trastorno. Lo que sí que podía comprobar, que coincidiendo con las fechas en que la menstruación debiera efectuarse notaba un aumento de la tensión erótica bastante para llegar al extremo de proponerle a su novio el acto, ya que había jurado no poseerla más hasta que no estuvieran en condiciones de contraer matrimonio, para evitar que ocurriera un nuevo embarazo. Ambos practicaban la masturbación recíproca, pero esto no la dejaba a ella satisfecha. Por fin pudo convencerle en esta rara disputa, y a los cuatro días se presentó de nuevo la

menstruación. Actualmente está casada y con dos hijos. Su periodicidad de excitación sigue coincidiendo, invariablemente, con los cuatro o cinco días anteriores a la presentación del flujo, que persistió durante los cinco primeros meses de su último embarazo. Asegura que los períodos o la excitación se presentan cada veintiocho o treinta días.

E.—Casada, veintiséis años, fuerte, de temperamento sanguíneo y muy ardiente. Su marido, un militar que la lleva quince años, cree que el flujo menstrual tiene todas esas propiedades venenosas que se le atribuyen por el vulgo, y en vista de esto prefiere dormir en cama aparte cuando su esposa se encuentra en esas condiciones. Ella afirma que la época más favorable para ella es durante los primeros días del flujo y los otros dos que le preceden. No puede decir que está bien reglada, ya que tan pronto se la presenta el período a los veinticinco días como a los treinta y cinco. En el escrito en que me informa de sus observaciones están los datos de los tres días anteriores, los cuatro que la ha durado un período y los cuatro que le suceden. "He notado—dice—que mi período está próximo (el último se presentó hace veintitrés días) porque anoche me fué imposible conciliar el sueño con la facilidad de otras veces, y eso que pasé todo el día ocupada en los trabajos de arreglar la casa, lo cual siempre representa para mí una garantía de dormir bien por la noche. Por la mañana hubiese deseado las caricias de mi esposo y no tuve más remedio que resignarme. Aquel día estuve indispuesta con dolores de cabeza, sobre todo en las sientes, y no experimenté mayor excitación. He tomado un calmante, gracias al cual pude conciliar el sueño desde las cuatro a las siete de la tarde. Por fortuna, cuando me disponía a levantarme me lo impidió mi marido de la forma más agradable a mi estado, ya que inmediatamente desaparecieron las molestias que tanto me hacían sufrir. Aquella noche dormí bien, pero a la mañana siguiente se presentó el período. Entonces es cuando empieza para mí un verdadero suplicio, a no ser que recurra a la masturbación; este estado se prolonga dos días, durante los cuales "no tendría el menor reparo en entregarme al hombre más desconocido". Suele durarme la evacuación cuatro días, pero los dos últimos transcurren con facilidad para mi ardiente temperamento."

F.—Casada, treinta años y normalmente reglada desde los catorce. Ha sido educada en el seno de una familia muy religiosa. Al contraer matrimonio, a los veinte años, su madre, dos tías carnales y el confesor, que parecían estar de acuerdo, la hablaron de pecados y males terribles si llegaba a usar del matrimonio hallándose con el

período. Llegaron a decirla que el mayor número de los criminales eran hijos de pecadores que no habían tenido reparos en engendrarlos durante la menstruación. En resumen, todas estas advertencias crearon en la joven un verdadero estado de terror hacia el acto sexual de las menstruantes. Pese a tantos consejos y amenazas, tan pronto como se la presentó el primer período en su vida conyugal, experimentó deseos que no había conocido jamás en su vida de soltera, pero tantas veces como el marido intentó acercársele lo rechazó enérgicamente. Fuera de esta época nunca experimentó grandes inquietudes sexuales. Afirma que hasta los veinticinco años de edad, esto es, cinco de matrimonio, permaneció fiel a las convicciones que la habían inculcado, pero en adelante procuró hacerse amar cuando más lo deseaba su organismo.

G.—Casada, treinta y tres años de edad y doctora en Medicina. La máxima y más fácil excitabilidad la obtiene en los tres días anteriores a la presentación de las reglas, aunque en el momento de aparecer, ciertos dolores y molestias de índole neuropática la hacen olvidarse de que tiene sexo. Su marido, hombre muy inteligente y aficionado a los estudios sexuales, comprende perfectamente los fenómenos de la periodicidad sexual y la gran confianza que existe en el matrimonio autoriza a ella para solicitarle sin que por ello padezca nada su natural pudor. Ha habido días en los que sólo ha podido satisfacerse plenamente solicitando a su marido tres y cuatro veces. He tenido tres embarazos normales seguidos de partos felices; pero en las épocas correspondientes al período ha experimentado siempre esos ardientes deseos de cohabitar que sentía sin estar embarazada. Durante la lactación disminuyen considerablemente estos deseos.

He sacado esas observaciones, de entre ochenta y tantas, referentes todas a mujeres normales o ligeramente neuropáticas, por lo que es posible deducir, que si bien la verdadera época favorable al comercio carnal es la de la menstruación en general, no es posible precisar el momento más oportuno de esa periodicidad. Ellis es de opinión que "el verdadero período del flujo menstrual, de todas suertes, los dos o tres primeros días, no parece que aumenta la emoción sexual en las mujeres europeas", estimando que este aumento se manifiesta generalmente pocos días antes, y especialmente durante la última parte del flujo e inmediatamente después que cesa.

Resume sus observaciones en la siguiente opinión: "Me he convencido, esto no obstante, de que esta ausencia de la sensación sexual durante el período álgido del flujo es, en gran parte, nada más que aparente. Sin duda, ese período, al producir a menudo una depresión general de la vitalidad, quizá tiende a deprimir las emociones, las

cuales se acrecientan por el estado emocional general y la congestión local de los días que inmediatamente preceden; pero, de todos modos, en algunas mujeres que son normales y se hallan en buena salud encuentro que el período de la menstruación mismo coincide con el período álgido del sentimiento sexual."

Hay que tener en cuenta la constitución psíquica especial de la mujer, que a veces la obliga a ocultarse o disfrazarse a sí misma sus propios sentimientos. He tenido ocasión de escuchar de labios de muchas, confesiones como la siguiente: "Yo me encuentro más dispuesta que en cualquier otro momento a realizar el acto carnal, pero la sola idea de que pueda ser perjudicial para mí o para mi esposo, y, sobre todo, para el hijo que pudiera engendrarse en tal estado, parece crear en mi ánimo una segunda naturaleza que se opone resueltamente a los impulsos de la naturaleza primitiva."

Esta opinión es la de una señora que ejerce la profesión de maestra en un importante centro de enseñanza; pero si observamos en las clases más inferiores de la sociedad intelectual, no será difícil que esa opinión se traduce en un verdadero sentimiento de terror, del que participan tanto el hombre como la mujer. Una mujer me decía que veía muy natural que su esposo buscase a otras mujeres cuando ella se encontraba en ese estado, pues a juzgar por los deseos que ella misma experimentaba, comprendía que no era posible resistirse. Confiesa que en una ocasión practicó el acto encontrándose en pleno período y muy excitada, pero que la sensación que obtuvo fué muy efímera, si bien lo atribuye a que no dejó de pensar en los peligros que posiblemente le reportaría su torpe conducta.

Aparte de la excitación producida en virtud de la coincidencia del flujo menstrual, que no cabe duda que tiene la facultad de producir en los órganos de la voluptuosidad una turgescencia semejante a la que se origina de las excitaciones en épocas intermenstruales, casi todas las mujeres que se masturban—el 98 por 100 del sexo femenino—, lo hacen los días del período, aunque con menos frecuencia en los de mayor flujo. Doce prostitutas en quienes inquirí estos detalles de su sexualidad, me aseguraron que antes de dedicarse a la prostitución, y algunas ya dentro de esta vida, se habían masturbado con preferencia en los dos o tres días inmediatamente anteriores a la aparición del menstruo. Siete jóvenes solteras, que además me aseguraban ser físicamente vírgenes, también experimentaban los más fuertes deseos en ocasiones idénticas; sólo dos me aseguraron que no encontraban diferencia entre los días anteriores y posteriores a la presentación del período para recurrir a sus procedimientos de satisfacción autoerótica.

Todo esto que hemos dicho, se refiere a mujeres de distintas clases sociales de Europa y América completamente civilizadas, cuyos informes se diferencian bastante de los obtenidos en los pueblos salvajes o semisalvajes, prescindiendo de sus *tabús*, supersticiones y creencias; esto es, ateniéndonos exclusivamente a los hechos fisiológicos o a los psicológicos naturales y comunes a las gentes que viven dentro de la civilización, pero estudiando los hechos desde el punto de vista del sexo femenino.

En ciertas provincias de Indochina, donde puede decirse que existe un grado de civilización equivalente al de los más atrasados medios rurales de España, la mujer menstruante es considerada poco menos que impura, huyéndose todo lo posible de su mefítico contacto. No obstante, ni la religión ni la moral han creado ideas de pecado alrededor del comercio carnal practicado en estas condiciones, teorías que se van haciendo tanto más despreciables cuanto más en contacto viven estos indígenas con los europeos.

Por lo general, puede decirse que las mujeres están normalmente regladas; se cree que la influencia de la luna es lo que determina estos estados particulares. Ahora bien, estas mujeres no experimentan cambios notables en su erotismo en virtud de la menstruación, cuya analogía puede decirse que desconocen, dando una explicación sencilla y bastante satisfactoria, que no ha sido discutida por ningún investigador. Y esta explicación no se contiene más que en la costumbre de practicar el acto sexual desde las edades más tempranas, a los siete u ocho años, o sea cinco antes de la pubertad.

Se dice por todos estos países de Surasia, que para encontrar una muchacha virgen de diez años, hay que buscarla en una familia donde no haya padre ni hermanos varones: y es verdad. El Dr. Mondiére afirma, muy extrañado, que en una ocasión curó a una niña de doce años de una leve afección genital, que, "cosa extraña", conservaba intactos los signos físicos de la virginidad. La enfermedad que padecía era una vulvitis blenorrágica que la había contagiado un hermano de once años de edad. (Lámina I.)

En cambio, en el mismo país, pero en las regiones del interior, las costumbres no son tan disolutas como en las provincias de la costa. La iniciación sexual de las mujeres se verifica en cuanto cumplen los doce años, celebrándose diversas fiestas con este motivo, en las cuales figuran ceremonias que ya referiremos más adelante. Después de la iniciación, que realmente consiste en la ruptura de la membrana himen, bien por los procedimientos naturales o bien sirviéndose de instrumentos adecuados, las muchachas han de esperar a que un joven las compre a sus padres en matrimonio sin permitirse la

menor confianza sexual con los hombres. No obstante, cuando alguna da pruebas de malestar nervioso, inapetencia o poca actividad para el trabajo, los sacerdotes de los templos se encargan de curarlas pasando una noche en su compañía. Esto ocurre frecuentemente hallándose en pleno período menstrual, por lo que el acto verificado en estas condiciones tiene cierta significación religiosa. Las mujeres que resultan fecundadas por los sacerdotes, quedan bajo la protección de la divinidad, y sus hijos, cuando tienen la edad suficiente pasan al servicio del templo en calidad de acólitos o de danzarines. (Lámina II.)

Una distinguida escritora inglesa que consiguió intimar con varias mujeres del harem de un magnate persa, pues hasta fué autorizada por dicho personaje para pasar varios días entre sus esposas y concubinas, refiere que cuando se acerca la época de los períodos menstruales pasan a ocupar habitaciones diferentes "por propia voluntad, porque creen que el coito practicado pocos días antes de ese estado suele provocar mayores hemorragias catameniales. Según la informaron las propias interesadas, cuando se encontraban mejor dispuestas para recibir a su señor era pasada la época del flujo, hacia el tercero o cuarto día, y muy raramente antes de esa fecha. No obstante, asegura dicha escritora que la cuestión de la periodicidad sexual de las mujeres persas se presenta bastate difusa, lo que se explica, refiriéndose a las esposas de ese magnate, en virtud de la vida descansada que hacen, sin ocupaciones de ningún género que puedan motivar cierto enervamiento extraordinario. Por otra parte, dice haber podido observar que casi todas ellas practican las caricias homosexuales, más por vicio que por inversión y quizá, más que nada, por aburrimiento, ya que su señor suele pasar largas temporadas fuera de su palacio.

Entre ellas pudo comprobar que había bastantes que habiendo sido iniciadas hacía dos y tres años, apenas si podían decir que conocían los caminos rectos de su sexualidad, y ello porque su señor no se dignaba frecuentarlas con la misma asiduidad que lo hacía con otras. Estas eran las menos expuestas a la intensificación periódica de las emociones sexuales, explicándose este hecho en virtud de no haberse despertado sus sentimientos de una manera definida, y solo a consecuencia de las prácticas homosexuales puramente viciosas, que adoptaban por el ejemplo de aquellas que eran realmente pervertidas, y por lo general europeas, griegas o rusas.

Las observaciones que realizó en las mujeres libres de religión mahometana tampoco la permitieron obtener pruebas de la existencia de una periodicidad sexual, si bien lo atribuye a las influencias de la religión, de las que no pueden librarse ni las damas más cultas de la aristocracia tradicionalista. Pudo informarse de que durante el pe-

ríodo menstrual están obligadas a no reunirse con otras mujeres ni a frecuentar los baños, porque la sangre derramada en estas condiciones tiene la propiedad de envenenar el aire y el agua. Sin embargo, esto no pasa de ser una creencia supersticiosa que en nada afecta al fenómeno que nos ocupa. (Lámina III.)

En algunas regiones de Australia, especialmente en la costa, las gentes parecen estar sometidas al ritmo de las mareas en lo que a la práctica de la sexualidad afecta. Desde luego se ha observado que cuando las mujeres buscan a los hombres con menos recato es que están próximas a la menstruación. Como quiera que la sangre menstrual es tabú, la muchacha soltera que se encuentra en tal estado debe aislarse todo lo posible del resto de la comunidad, y al efecto se recluyen en unas chozas edificadas en la parte más elevada de los árboles de donde no pueden descender a menos que sean autorizadas por el hechicero de la tribu cuando ha comprobado la desaparición del flujo catamenial. (Lámina IV.)

Aseguran los viajeros que han visitado estas regiones que la excitación sexual de que dan pruebas las mujeres menstruantes, especialmente las solteras, revela bien a las claras la existencia de un verdadero estado de celo que no parece afectar al hombre en las mismas proporciones, y que se repite regularmente cada mes lunar.

En algunas regiones de la India del Sur, se ha podido observar que las mujeres tienen una época en las que dan pruebas de la máxima actividad sexual. Esto ocurre, principalmente, entre los *tamiles*, cuyas mujeres acostumbran a huír de la presencia de los europeos siempre que no se encuentren excitadas por los fenómenos de la revolución menstrual", como dice Lemonier. En estos casos, y sobre todo cuando los hombres indígenas están dedicados a las cacerías en los bosques, no tienen el menor inconveniente en llegar hasta los cuerpos de guardia de las tropas europeas, a cuyos soldados se entregan sin el menor pudor, si bien rogándoles que guarden el secreto. Fuera de estos estados especiales, se dice que a un blanco le resulta punto menos que imposible obtener los favores de las tamiles, las cuales se muestran pudorosas, recatadas y esquivas incluso a las simples miradas de los soldados ingleses.

Icard dice lo siguiente: "La exageración del instinto genésico coincide a menudo con la exageración de las funciones menstruales. Tan es así, que en casi todos los casos de menstruación precoz se observa la precocidad del temperamento sexual. En los países cálidos las mujeres más pronto y mán abundantemente inclinadas a los placeres del amor que en los países fríos y templados. Herodoto atribuía un ardor venéreo excesivo a las mujeres del Egipto; y la mayor parte de los

viajeros han observado el mismo hecho en los países tropicales. ¿Cómo explicar la coincidencia de estos dos fenómenos, si no es diciendo que reconocen uno y otro una sola y misma causa: el desarrollo del aparato ovárico?"

Esta teoría, que citamos solamente porque subsistió durante mucho tiempo, no es cierta más que de una manera muy relativa, pues a últimos del pasado siglo un médico italiano consiguió demostrar que la menstruación regular y aun excesiva puede verificarse en la ausencia congénita de todo rastro de ovarios o de trompas de Falopio. Por otra parte, el doctor Beuttner dice "que un estado rudimentario del útero y una ausencia completa de la menstruación pueden darse habiendo ovarios bien desarrollados y una ovulación normal". Esta teoría no ha sido desmentida posteriormente, sobre todo cuando vemos que la ablación completa de los ovarios no determina la anestesia sexual de la mujer, como tampoco se produce siempre ese estado en el hombre en virtud de la ablación de los testículos.

Entre las mujeres del Senegal los períodos menstruales suelen ser irregulares y a veces tan escasos que se reducen a unas gotas de flujo sanguíneo que no acaba de tener el color rojo de la sangre. Según la teoría de Icard, estas mujeres debieran de ser frías y estériles, cosa que no ocurre ni en un sentido ni en otro, como veremos más adelante. La mujer senegalesa está sujeta a los ritmos periódicos tal vez con más regularidad que cualquiera otra, y eso que el clima en que se desarrollan no puede ser más cálido ni más excitante. Durante la última Exposición Colonial, celebrada en París, en el verano de 1931, ninguna de las numerosas mujeres senegalesas que fueron traídas a la metrópoli, con una diferencia de temperatura de treinta grados menos, sufrió la menor alteración, ni en la producción de los fenómenos menstruales ni en su gran capacidad de excitación y resistencia sexual. (Lámina V.)

La menstruación precoz no siempre equivale a un temprano desarrollo del impulso sexual. Entre los civilizados hay niñas de doce años que menstruan con regularidad y abundantemente, pero que ignoran en absoluto la más mínima emoción sexual no habiéndose nunca turbado jamás. Un compañero me remitió siete casos obsevardos en un Orfelinato, en los que la menstruación apareció entre los once y los diecisiete años de edad; estas niñas no experimentaban ninguna sensación voluptuosa ni deseos de ellas, a pesar de que sus reglas eran abundantes. Medir la capacidad sexual con el patrón de la cantidad de sangre derramada periódicamente no deja de ser un método bastante equivocado al que se le concedió gran importancia hace medio siglo.

En cambio, en los países fríos, como Islandia, Laponia, Groenlandia, etc., el impulso sexual se manifiesta en la mujer a los doce o trece años, en cuya época ya empieza a reunir obsequios recibidos por prestarse a satisfacer la lujuria de sus paisanos, y muy especialmente de los tripulantes de los barcos de pesca que recalan en aquellas latitudes. La menstruación no suele presentarse antes de los diecinueve o veinte años, esto es, cuando ya las jóvenes conocen todos los secretos del amor a excepción de la maternidad.

Estos contrastes prueban la existencia de otras razones distintas a las que podemos considerar estrictamente fisiológicas; los tratadistas antiguos no concedieron demasiada importancia al aspecto psicológico o social de la cuestión, dejándolo todo al arbitrio exclusivo de las leyes naturales, lo que en cuanto a la sexualidad se refiere no es posible si queremos comprender perfectamente las causas fundamentales de infinidad de fenómenos que antes parecieron inexplicables.

Naturalmente, es preciso aislar los dos hechos que venimos discutiendo: la menstruación y el impulso sexual. Lo primero es un acto fisiológico independiente, completamente insubordinado a la voluntad, aunque sometido a circunstancias tales como el clima, la alimentación, género de vida, de trabajo, etc.; siempre menstruará con más normalidad una mujer bien alimentada que otra mal nutrida, lo mismo que la edad varía según que nos situemos en los países nórdicos o en las zonas tropicales. Así, pues, la menstruación en sí requiere un lugar aparte en el análisis del impulso sexual, al menos en una respetable mayoría de casos. Donde más fácil resulta investigar estas analogías, es en las prostitutas, y, sinceramente, no siempre es más ardiente aquella mujer que más menstrúa, y, a la inversa, muchas mujeres que menstrúan escasamente, con suspensiones de períodos muy prolongadas y otros trastornos uteroováricos, pueden dar muestras de erotomanía y ninfomanía bastante acusadas.

No está demostrado que exista una relación estrecha entre estos dos fenómenos en las observaciones realizadas en mujeres salvajes; ¿cómo es posible que esa analogía, de existir, se haga visible en las civilizadas? Una mujer necesita tener con su marido una confianza extremada para manifestar sus sentimientos sexuales con toda sinceridad. Y, en todo caso, no tomando ella la iniciativa, lo más que puede hacer es marchar al ritmo que la señale su esposo, circunstancia que tampoco dará derecho a decir que sus sentimientos sexuales son exagerados.

Ya hemos hablado bastante de lo que la educación, los convencionalismos sociales y el tabú del sexo en suma, significan en la mentalidad de la mujer y en la de la gran mayoría de los hombres. Todas

estas represiones que en alguna época de la civilización pudieron ser conscientes, escapan en absoluto del área de la conciencia, y si admitimos que la menstruación no es más que un rastro del primitivo estado de celo de la Humanidad que fué suprimido o atenuado por el desarrollo del cerebro, ¿cómo vamos a dudar que el impulso sexual, que no es un hecho exclusivamente físico, no ha sido dominado también por esos factores del tiempo y el progreso de una superior intelectualidad?...



MUJER SENEGALESA

A pesar de las grandes diferencias de temperatura existentes entre el Senegal y Francia, se ha comprobado que estas mujeres no sufren la menor alteración en sus ritmos periódicos.

LAMINA V



CAMPESINA DE CAMBODGE

En las épocas de la recolección del heno, es muy frecuente que los hombres asesinen a las mujeres que se resisten a acceder a satisfacerles la verdadera locura erótica que se apodera de ellos.

LAMINA VI

LA PERIODICIDAD SEXUAL EN EL HOMBRE

¿Existe un período de "celo" en el hombre?—Pobreza de las investigaciones.—La razón de estas deficiencias.—La destrucción de los instintos primitivos.—Un aspecto que no interesa.—La gran variabilidad en el hombre.—Tentativas fracasadas. La periodicidad en los intelectuales.—Las pruebas que ofrecen los dementes.—Tres casos de ciclo menstrual.—La periodicidad semanal de la juventud y sus causas sociales.—Las guarniciones militares.

Si es cierto, como dice el Génesis, que la mujer fué hecha por Dios de una costilla del hombre, no cabe duda que el sexo femenino tiene que parecerse mucho en lo físico al masculino, aunque en lo psíquico no ocurra igual. Si esa costilla hubiera sido el compendio de todo lo físico y todo lo psíquico del sexo fuerte, esto es, la esencia, la *levadura* substancial, la periodicidad sexual del hombre se nos ofrecería con muestras tan claras como las que, a pesar de todo, encontramos en la mujer.

Si la menstruación de la mujer y el celo de la hembra inferior son una misma cosa, ¿por qué el hombre no muestra tan visible los caracteres de esa periodicidad, de ese celo que indudablemente existe aunque no esté investigado, quizá por la falta de pruebas fisiológicas como ocurre en nuestra compañera?...

Un autor escribe: "Hace algunos siglos, por lo menos, que observadores atentos de diversos países manifestaron que había motivos para creer que los hombres, lo mismo que las mujeres, ofrecen varios síntomas de un ciclo fisiológico menstrual. Sería posible reunir bastantes juicios favorables a esta periodicidad fisiológica en el hombre. Esto no obstante, faltan pruebas concretas, por lo general. Los hombres han gastado infinito ingenio en demostrar los ritmos remotos del sistema solar y la periodicidad de los cometas; pero han desdeñado tomarse el trabajo, algo más sencillo, de comprobar los ciclos en sus propios organismos." (Havelock Ellis.)

Realmente, la ciencia no ha parecido prestar nunca demasiada atención a este aspecto importantísimo de la vida humana, y todos los trabajos que se han llevado a cabo por muchos investigadores—Cusa, Sanctorius, Laycock, Nelson, Ellis y otros—, no han pasado de ser obras aisladas, sin cohesión, sin la circunstancia precisa de obedecer a un sistema o a un plan serio y ordenado, como se hace cuando se procede al estudio de una epidemia, de una enfermedad, de algo que pueda representar un peligro para la Humanidad.

Verdaderamente seríamos injustos si afirmásemos que tan interesante es el estudio de los fenómenos de la periodicidad sexual, sea en la mujer o en el hombre, como la investigación del desarrollo de una enfermedad específica. Que el hombre esté o no sujeto a un ciclo fisiológico menstrual, semestral o anual, no importa nada al desarrollo de la Humanidad en lo que se refiere a la reproducción de la especie, que es el hecho que únicamente interesa; sólo cuando del desconocimiento de estos fenómenos pudieran derivarse peligros sociales importantes, es cuando veríamos completamente justificada la actitud de los investigadores y cuando habría derecho a reprochar a la ciencia su descuido o su indiferencia.

Todas las actividades humanas, sean de la índole que fueren, han de estar justificadas por una necesidad material o espiritual de mejora, de progreso, de algo práctico y útil que tienda a beneficiar a la sociedad o al individuo; esto es indiscutible. Por esta razón, sinceramente hablando, aunque Ellis no lo quiera comprender así, nos parecen más dignos de interés los estudios realizados por los astrónomos para investigar la periodicidad de los fenómenos siderales, que el esfuerzo de los sexólogos para descubrir la existencia de una periodicidad sexual en el hombre y revelar sus fenómenos con la misma claridad y precisión que hoy se anuncia un eclipse de luna que haya de ocurrir, por ejemplo, dos mil años, tres meses, nueve horas, veinte minutos y catorce segundos y medio a partir de un instante determinado.

Claro está que todo este lujo matemático no nos interesa demasiado, a no ser que ese fenómeno astral represente el motivo indiscutible de la destrucción de todo o de una parte de nuestro planeta; pero es cierto que la ciencia astronómica puede producir observaciones más útiles que las que se deriven de la investigación de los ciclos fisiológicos menstruales o anuales, cuando existe la convicción absoluta de que para la procreación de un nuevo sér no se precisan más que unos segundos al año, y que exista demostrada o no la existencia de esa periodicidad, no podrá dar lugar a que la estructura de la Humanidad cambie en un sentido o en otro. Por estas razones, la inteligencia humana ha considerado más lógico llevar sus conquistas fuera de sí

misma, que "gastar su ingenio" en la observación de fenómenos individuales como estos, tan difíciles de condensar en un resumen de totalidad.

Si a los investigadores modernos les fuera posible hallar un paraje del mundo en el que los hombres vivieran exactamente igual que sus antecesores de hace cinco, diez o mil millones de años, sería posible, sin duda alguna, aclarar con facilidad todos estos fenómenos que tan escasamente preocupan a la opinión científica.

La civilización, el desarrollo cerebral de que hablamos al principio, ha destruido o deformado los instintos primitivos de los seres, tendiendo a perturbar la periodicidad sexual que aún se observa en las especies salvajes y aun haciendo que los animales sean capaces de reproducirse con intervalos más cortos. Esto no es nuevo: casi pudiera decirse que es tan antiguo como el mundo, o al menos representa una evolución que se sigue operando sin descanso y se inició en el instante en que el hombre empezó a conquistar a la Naturaleza, sometiéndola a su inteligencia.

Pero no es sólo esto lo que la civilización ha producido; sus evoluciones se traducen también en múltiples concepciones nuevas, en nuevas necesidades, en más crecientes anhelos de superación, de conquista, de ambiciones lógicas y progresos naturales, lo cual obliga, simplificando la razón fundamental, "aprovechar el tiempo" y a dedicarlo a cosas inmediatamente útiles y productivas que han de ser siempre más útiles que la auto-investigación de esos fenómenos.

La actividad que en todos los órdenes de la vida necesita desarrollar el hombre para lograr sus legítimas aspiraciones materiales o espirituales, no le permite fijar la atención en hechos que considera naturales y que, hasta cierto punto, sabe remediar cuando se presentan con caracteres que amenazan su bienestar o el desarrollo normal de sus actividades. Aparte de los investigadores dedicados a estos trabajos de exploración fisiológica, en posesión a la vez de los más amplios conocimientos de la materia, no habrá un solo individuo que haya sido capaz de advertir que ciertos días de la semana, del mes o del año, experimenta deseos sexuales más pronunciados que en otras épocas. Sólo será posible afirmar que, por ejemplo, la primavera, en muchos individuos produce un enervamiento general que deriva, casi siempre, hacia la sexualidad. Esto se observa fácilmente en la expresión lujuriosa de la Naturaleza que por esa época adquiere la savia de una nueva vida; pocos hombres serán los que no tengan pruebas de estos hechos tan naturales, ejemplo de una evidente periodicidad anual.

Ahora bien, de lo que pueden obtenerse muy raras pruebas, ya

que la investigación no es posible que sea fácil en virtud de la ausencia de síntomas físicos, es de la periodicidad mensual, del ascenso, el descenso o el equilibrio temperamental del individuo, especialmente si se trata de hombres ya iniciados en las prácticas normales de la sexualidad, lo que ocurre en nuestra civilización poco tiempo después de presentarse la pubertad.

Todas las observaciones de los investigadores tienen fechas bastantes remotas, si no en el aspecto cronológico, al menos en la comparación de la vida sexual de hace sólo treinta años con las manifestaciones actuales de este impulso primitivo tan reformado y deformado por las leyes artificiales de la civilización.

No cabe duda que en el hombre tiene que existir un ciclo fisiológico lo mismo que en la mujer y en todos los animales inferiores; pero, realmente, las pruebas que pueden aducirse son el resultado de las investigaciones llevadas a cabo en enfermos, en desequilibrados, en reclusos, etc. Si vamos a admitir que todo delincuente es un anormal, no habrá más remedio que incluir en la categoría de enfermos mentales a la inmensa mayoría de las poblaciones penales, de donde resulta que esas investigaciones, realizadas sobre materiales insanos, difícilmente podrán aplicarse a los elementos perfectamente saludables. No obstante, si la locura se parece mucho al primitivismo, ya que la ausencia de la razón, de la inteligencia, del factor cerebro es completa o casi completa, será necesario comprender que lo único que queda es el instinto, en cuyo caso no cabe duda que es posible adquirir datos valiosísimos para afirmar que, realmente, los ciclos fisiológicos menstruales existen también en el hombre.

Pero bien: según las leyes de la herencia, más o menos fijas, la procreación, que debe constituir la finalidad exclusiva de la periodicidad sexual, no es admisible biológica ni socialmente cuando se trata de individuos enfermos: tuberculosos, enfermos mentales o delincuentes inclusive, por lo que el estudio de esos fenómenos tampoco puede traducirse en resultados inmediatamente útiles para la colectividad.

En resumen: el análisis de la periodicidad sexual en el hombre tiene sólo un verdadero interés científico médico-legal, pero sólo cuando se refiere a individuos en los que por defectos de educación o de desarrollo celebral suficiente prevalencen más destacados los caracteres primitivos de su instinto natural; un individuo en estas condiciones, es también, a no dudarlo, un anormal intelectual, puesto que hasta en el más inculto de los civilizados, en el más analfabeto, esa misma inteligencia primitiva le hace diferenciar lo bueno de lo malo con arreglo a las normas sociales que observa en su torno producidas por gentes de otra educación o de más refinado intelecto.

Nunca ha interesado este problema como otro cualquiera relacionado con el complejo de la cuestión sexual, porque el individuo "no ha tenido tiempo" de pararse a pensar en esas minucias—según su criterio—; ha sabido sólo que cuando en virtud de una excitación se operaba un aumento en su tensión erótica, el caso se soluciona, normalmente, con la colaboración de un individuo del sexo opuesto. Esta solución no la es posible a la mujer por las múltiples razones morales y fisiológicas a que ya nos hemos referido, de donde resulta que el estudio de estos fenómenos siempre resulta muchísimo más fácil en ella que en el hombre.

Por otra parte, para hablar de la periodicidad sexual de la mujer, no tenemos que hacer otra cosa que referirnos a la "mujer" en su sentido más amplio, estableciendo las necesarias diferencias entre los distintos climas, como hemos visto. Mas para referirnos al hombre, resulta absolutamente imposible, dígase cuanto se quiera, agrupar a todos los seres masculinos sin más diferenciación que la que en la feminidad se establece con arreglo a las circunstancias geográficas. Mientras en todas las mujeres, o al menos en una imensa mayoría, la evacuación menstrual equivale a un aumento de su tensión erótica, y esto se trate de una eropea, de una asiática o de una africana, etcétera, y, además, sea la que fuere su condición social, su cultura, su educación, su trabajo y demás características de existencia, en el hombre tenemos que considerar que son infinitos los factores que determinan esa periodicidad: cultura, educación, clase de trabajo, profesión, moral... Todos los aspectos sociales, culturales y económicos influyen de una manera directa en la producción de ese fenómeno, y hasta podría asegurarse que no se encuentran diez hombres en una población de cien mil en los que sus sentimientos sexuales se manifiesten con una periodicidad coincidente. En cambio, suponiendo que esos cien mil individuos fuesen mujeres, no hay más que dividir su número por los veintiocho días que median entre flujo y flujo, para comprobar que en un mismo día hay cerca de cuatro mil mujeres sometidas por entero a la misma ley fisiológica.

La razón de por qué cada vez es más difícil esta investigación estriba en el hecho de que la civilización no hace más que aportar cada día nuevas excitaciones al impulso sexual, llegando a resultar poco menos que imposible determinar cuáles son las excitaciones naturales o periódicas, y cuáles son las artificiales o desordenadas. Por eso, como veremos en los capítulos siguientes, sólo los anormales y los salvajes constituyen el único material colectivo de investigación de que puede disponerse actualmente para determinar la existencia de la periodicidad sexual en el hombre.

Yo, sinceramente, he tratado de investigar en mí mismo la existencia de esos ciclos fisiológicos, y lo mismo han hecho otros compañeros; pero con idéntica franqueza podemos asegurar que el trabajo es bastante pesado y sus resultados demasiado inciertos para que lleguen a ocupar una parte de actividad formal. En los escritores, por ejemplo, si es que queremos establecer una relación entre la sexualidad y el género de trabajo, sería preciso determinar si la agilidad intelectual depende del reposo de las funciones sexuales, o si es que la actividad sexual da lugar a una disminución de esas otras facultades del intelecto. Ya hemos hablado de este asunto al referirnos a la abstinencia y la castidad, a más de que se ha comprobado sin lugar a dudas, que se es casto porque se trabaja, porque en el trabajo se elimina cierta cantidad de erotismo cerebral y hasta fisiológico, lo mismo que la incontinencia representa un desgaste notable de las energías intelectuales.

Queremos decir que la inteligencia, esto es, el desarrollo cerebral, es capaz de sobreponerse al imperio del instinto de una manera "inconsciente", por decirlo así, o, si queremos expresarlo mejor, de una manera instintiva. En este terreno de sinceridad me es posible afirmar que cuando he tenido necesidad de realizar un trabajo continuo, que, además, me ha sido agradable, pese a su intensidad, se me han pasado cuatro, cinco y hasta seis meses escribiendo o estudiando doce o catorce horas diarias, sin que en todo ese tiempo haya experimentado la menor excitación que me obligase a salir de mi abstinencia absoluta. En cambio, en épocas de descanso, no me ha sido posible, pese a toda mi mejor voluntad, desoír las apelaciones naturales del sexo.

Este caso es frecuentísimo entre los que escribimos, sea del tema que fuere. Los músicos, compositores, pintores, artistas de todas clases, investigadores, deportistas, y, en fin, todos los hombres *enamorados* de su profesión, pueden ser castos "sin darse cuenta de ello" durante más o menos tiempo, sin que ello represente un mérito ni un esfuerzo, y sin que la salud se resienta para nada, ya que tal es el estado perfecto del organismo psico-físico bien equilibrado. Intencionadamente subrayo la palabra *enamorados*, porque en ese amor está el secreto de muchas castidades.

¿Dónde está, pues, nuestro ciclo fisiológico menstrual? Yo, por ejemplo, he procurado imprimir a mi vida diaria un ritmo preciso, matemático. En cuanto al trabajo de producción literaria, vamos a suponer, me propongo escribirme a la máquina quince cuartillas, y no paso de ahí. Un paseo de tantas horas: ni un cuarto de hora más. Tanto tiempo para comer: invariable. Seis horas de sueño, etc. Esta es mi periodicidad y la de infinitos compañeros, sin que haya épocas o días en que el entusiasmo por la labor aumente o decaiga de una manera notable. No encontramos, pues, que exista un ciclo, porque, a todo esto, los sueños son frecuentemente tranquilos y libres de toda manifestación erótica. No obstante, todo esto contrasta bastante con las informaciones obtenidas por muchos investigadores en otros individuos, ya que no hacen alusión a sí mismos, que es de la única forma que mejor podrían ilustrarse estos casos. Por otra parte, hablarnos de la periodicidad sexual desde el punto de vista del aumento o disminución del peso, de mayor o menor emisión de orina, sensación de pesadez o cansancio, cambios en la respiración, en la digestión, etc., es posible que sirva para determinar la existencia indudable de una periodicidad en el funcionamiento de todo el organismo, pero nos dice nada o muy poco del ciclo sexual.

Gall ha dicho que en las personas nerviosas sobre todo, hay un período crítico mensual, y que durante este tiempo la complexión se hace pesada, la respiración más fuerzte, la digestión más laboriosa; ocurren perturbaciones en la orina, juntamente con un malestar general, en el cual toma parte el temperamento; las ideas se forman con más dificultad, y hay una tendencia a la melancolía, con irascibilidad desacostumbrada e inercia mental, que dura unos días.

Albrecht ha expuesto la idea de que hay períodos menstruales en los hombres, exponiendo las razones siguientes:

1.ª Los machos son hembras rudimentarias.

2.ª En todos los machos de los mamíferos persiste todavía un útero masculino rudimentario (el conducto de Müller).

3.ª Los machos totalmente hipospádicos menstruan.

Además creyó haber demostrado que en el hombre hay una menstruación rudimentaria, que consiste en la aparición casi mensualmente, periódica, y de tres o cuatro días de duración, de corpúsculos blancos en la orina.

Que los machos posean órganos rudimentarios semejantes a los de las hembras no quiere decir nada; será un argumento, pero nunca una razón. Y si sostiene que los machos totalmente hipospádicos menstruan, puede oponérsele la demostración de que no es cierto más que en una minoría de casos, aparte de que esa menstruación no se produce de una manera regular, sino con intervalos muy variables y siempre en pequeña cantidad.

El doctor Hammond, citado por Ellis, dice: "He notado ciertamente en algunos de mis amigos la tendencia a ciertas manifestaciones anormales mensuales. Estas pueden revestir la forma de dolores de cabeza, de hemorragias nasales o de diarrea, de abundantes eva-

cuaciones de ácido úrico o algún fenómeno parecido. Creo—añade—que esto es mucho más común de lo que se supone, y un examen cuidadoso demostrará generalmente, si no invariablemente, que existe una periodicidad del referido carácter."

De estas observaciones podríamos transcribir muchísimas obtenidas por todos los autores, pero ninguno se refiere a la posibilidad de un acrecentamiento o de una disminución del apetito sexual en una época determinada, como ya sabemos que se observa en la generalidad de las mujeres. Conozco más de trescientas observaciones de diferentes médicos de todo el mundo, y muy pocas son las que se ocupan del aspecto de la periodicidad sexual; las que lo hacen están plagadas de dudas: "se cree, es posible, puede ocurrir, se pretende afirmar" y otras expresiones por el estilo, dan idea de lo incompleto y vacilante de estos trabajos, que no es posible tomar en consideración en los hechos que nos ocupan.

Los estudios realizados por los alienistas en los manicomios, parecen arrojar mayor luz sobre este problema, pero sin que una manera definitiva pueda asegurarse que en los locos existe un ritmo periódico mensual intimamente relacionado con el sexo.

Se ha podido comprobar en algunos dementes que ciertas exaltaciones cerebrales se reproducen periódicamente cada cuatro semanas. El Dr. Clouston cita numerosos casos de dementes que en épocas mensuales determinadas daban pruebas de mayor excitación general, y hasta de verdaderos accesos de locura erótica. Habla de un loco de cuarenta y nueve años, que por espacio de veintiséis padeció exaltaciones cada cuatro semanas. Afirma que tenía emisiones seminales completas durante el sueño, en cuyo caso pasaba la excitación; pero si estas emisiones no se verificaban, el infeliz seguía en el mismo estado.

Krafft Ebing dice haber observado varios casos, entre ellos el de un ruso neurasténico, de veinticuatro años de edad, el cual experimentaba deseos sexuales pervertidos, con gran regularidad, cada veintiocho días. Näcke menciona el caso de un hombre que tenía emisiones nocturnas con intervalos de cuatro semanas; Moll cita el caso de un hombre que experimentaba deseos homoxesuales cada cuatro semanas, y Rohleder se refiere a un médico soltero, ligeramente neuropático, el cual, por espacio de varios días, cada tres o cinco semanas, padecía ataques de excitación sexual casi satiriaca. (Ellis.)

El mismo autor escribe: "Féré, que dedicó gran atención a este punto, notó de vez en cuando la existencia de la periodicidad sexual. Así, en un caso de parálisis general, cada veintiocho días ocurrían ataques de continua excitación sexual, con insomnio; otras veces el

paciente, un hombre de cuarenta y dos años, en estado de demencia, dormía bien y no daba muestras de excitación sexual. En otro caso, el de un hombre de buenos antecedentes familiares y en buena salud hasta la mitad de su vida, las manifestaciones sexuales periódicas comenzaron con la pubertad, con congestión genital localizada, ideas eróticas y copiosa orina, que duraban dos o tres días. Estas manifestaciones se convirtieron en menstruales, con un período de excitación intermenstrual, que presentaba con regularidad, pero que nunca llegó a ser intenso. Entre la edad de treinta y seis y cuarenta y dos años, las crisis intermenstruales cesaron gradualmente, y al cumplir los cuarenta y cinco, cesaron las crisis menstruales, continuando sin embargo, las crisis periódicas, con la única manifestación de una mayor frecuencia en el orinar. En un tercer caso de neurastenia sexual, halló Féré que, a partir de la pubertad hasta la vida media, se presentaban, cada veinticinco o veintiocho días, blandura e inflamación debajo de la tetilla, acompañada de ligera excitación sexual y de sueños eróticos durante uno o dos días."

Por mi parte, no poseo más que tres observaciones, si bien dos no me permiten afirmar que se trate de manifestaciones de un auténtico ciclo menstrual, en virtud de las circunstancias que concurren.

A.—Un hombre de veinticuatro años, torrero de faro, de buena constitución. Además de su profesión, se dedica a la literatura, colaborando en varios periódicos y revistas. Vive en el faro en unión de un primo hermano y de la esposa de éste, que también es hermana de otro torrero, que sustituye a los propietarios del cargo cuando éstos disfrutan del permiso semanal en la ciudad. Estos permisos los disfruta el joven de referencia cada cuatro semanas, durante las cuales no tiene ningún deseo erótico, no siendo hacia los dos últimos días de su permanencia en la torre. Manifiesta que sobre todo el día anterior de la llegada del barco de los víveres con el sustituto, lo pasa bastante excitado, hasta el extremo de que algunas veces ha tenido que masturbarse. Dice que los tres primeros días de su estancia en tierra los pasa en unión de una amiga, con la cual "se desquita de todo el padecimiento de las dos últimas jornadas del faro". Este período de exaltación sexual no va más allá de esos tres días, al cabo de los cuales no tendría inconveniente en regresar al faro, a no ser por su amiga, que le retiene. Vuelto a sus ocupaciones habituales, no vuelve a acordarse de que existen mujeres hasta dentro de veintiséis días.

En este caso, no sabemos si es la periodicidad del permiso o el ciclo menstrual lo que determina su exaltación erótica, aunque puede decirse que más bien es el permiso, porque antes de ingresar en el

Cuerpo de torreros, a la edad de veinte años, nunca experimentó grandes deseos sexuales.

B.—De edad igual a la del anterior, y en condiciones sociales parecidas. Reside en la estación de un apeadero de una línea férrea de los Estados Unidos, a doscientos kilómetros de la ciudad más próxima. Cada mes disfruta de tres o cuatro días de permiso. Durante su permanencia en el apeadero, pudiera tener algún contacto carnal con las mujeres indias de un campamento inmediato; pero desde que le contagiaron una enfermedad venérea no ha vuelto a tener relaciones con ninguna de ellas. Manifiesta que permanecería insensible a los encantos de las mujeres si no las viera; pero se reúne con varios amigos de la ciudad, compañeros permisionarios muchos de ellos, y entonces "por nada del mundo podría contener sus deseos de satisfacción sexual." Reintegrado de nuevo a sus obligaciones, no vuelve a acordarse para nada del amor.

C.—Treinta y dos años, empleado del Estado y de perfecta salud. Cada cuatro o cinco semanas, nota ciertos trastornos, tales como insomnio, digestiones torpes y dolores de cabeza. Nunca pudo pensar que se tratase de las manifestaciones de un ciclo fisiológico, hasta que no leyó una obra de medicina. Entonces, cuando advertía estos síntomas, pero sin excitaciones sexuales espontáneas, procuraba recurrir a los favores de una amiga, encontrando así un verdadero alivio. Muy morigerado en sus costumbres, adoptó el sistema de no entregarse al amor más que cuando advertía esos síntomas; pero al cabo de dos años, sin que hubiese molestias ni trastornos, al llegar el mes próximamente, experimentaba un aumento bastante notable de su impulso sexual, lo que le obligaba a violar las normas de castidad que se había impuesto.

Este caso parece contener datos bastante precisos que permiten fijar una opinión; pero, sinceramente, creo que existe un elemento de autosugestión bastante notable que no acaba de autorizarnos a asegurar que esta periodicidad sea completamente natural; esto es, exclusivamente fisiológica e independiente.

Un autor dice que varios muchachos y muchachas le han asegurado que cuando se trabaja mucho durante la semana, el sábado, y especialmente el domingo por la tarde, "hay momentos en los cuales el pensamiento toma espontáneamente tendencias eróticas, y que entonces se nota una inclinación especial a la masturbación o a la excitación sexual espontánea".

Esto ya nos puede poner sobre la pista de un ciclo mensual constituido por cuatro ciclos semanales, o, si queremos decirlo de otra forma, lunares. Pero aunque quisiéramos denominarlo así, no es posible aceptarlo, por las mismas razones expuestas al hablar de la menstruación femenina. Todavía una mujer tal vez algún día sea fácil fijar la fecha de su primera menstruación en el instante en que nace, a lo mejor con sólo tener en cuenta en qué fase está la luna en tal momento; pero es que el aumento del impulso sexual en el sentido que nos habla el autor que aludimos, ya depende de hechos completamente artificiales o sociales, como queremos llamarlos, puesto que el desarrollo de esa actividad llega a su colmo, precisamente, en sábado y domingo.

Aquí sí que no es posible negar la entrada a un elemento de autosugestión perfectamente acusado, si no queremos afirmar sin temor al yerro, y que también puede admitirse, que el cansancio de la semana unido a la esperanza de un día inmediato de completo descanso, determinan una euforia que no ignora el obrero ni los que hemos tenido que asistir al colegio de pequeños, que aceptar esa disciplina impuesta por los efectos sociales de la semana cósmica.

Si realmente fuesen las distintas fases de la luna las causas de estos fenómenos, esa alegría la experimentaríamos en un día cualquiera de la semana, lo mismo que la mujer sufre las contrariedades antiestéticas de su período catamenial en un día cualquiera del mes y nunca todas en la misma fecha. Luego no hay más remedio que admitir la existencia de razones más lógicas y menos naturales que las de la periodicidad de los astros.

Por otra parte, estas excitaciones sexuales periódicas de tan corto ciclo, no se advierten más que en los jóvenes solteros de ambos sexos, aunque también pueden darse en los casados, especialmente el sábado por la noche. ¿Pero es natural este fenómeno? No; la noche del sábado encierra la promesa eufórica de un día siguiente de descanso, en el que no hay necesidad de levantarse temprano para atender a la obligación de toda la jornada. Además, influye mucho la conducta que el individuo puede observar aquella noche, en la que nada tiene de particular que beba más de lo acostumbrado, vaya al teatro o al cabaret, y experimente excitaciones extraordinarias que necesariamente tienen que reflejarse en la esfera sexual.

En todas las ciudades donde exista la prostitución, las prostitutas pueden hablar con buen conocimiento de causa de esta periodicidad sexual de los hombres; pero teniendo en cuenta que si existe realmente la periodicidad mensual, no podemos decir que estas manifestaciones semanales equivalgan a una segmentación del ciclo mensual. Si en vez de estar basado sobre la semana el hábito social del trabajo, lo estuviera, por ejemplo, cada doce, veinte o treinta días, esto es, que la actividad no estuviese interrumpida por ningún día de des-

canso hasta esa fecha, podríamos decir que ese proceso de segmentación se verificaba a tenor con esos plazos. Así pues, todo depende, exclusivamente, del hábito, a no ser que se llegue a ese ciclo que parece natural si nos atenemos al ejemplo que suministran las mujeres, y que es lo que necesariamente debemos admitir en definitiva, aunque no puedan aducirse pruebas terminantes.

Esto no quiere decir que el ciclo no exista, puesto que en muchos casos puede demostrarse suficientemente; pero para poder asegurarlo sin miedo al error, sería preciso que un gran número de individuos fuesen inducidos a realizar sobre sí mismos estas observaciones, muy sencillas desde luego; pero que requieren una minuciosidad de detalle muy poco a tono con las exigencias de la vida moderna.

En las ciudades pequeñas donde existe una numerosa guarnición militar, no ha sido posible utilizar el recurso de las casas de prostitución para estudiar debidamente el problema, puesto que el soldado acude al prostíbulo cuando se encuentra en condiciones económicas para ello. Algunos autores poco escrupulosos han pretendido basar sus opiniones en tan pobres informes, pero sus escritos no llegaron nunca a llamar la atención de los investigadores sensatos.

Un dato desde luego muy valioso es el que pueden facilitar los hombres castos acerca de la época de sus poluciones nocturnas y sueños eróticos. Este material de investigación hemos de suponer que es muy rico en las comunidades religiosas; pero la investigación resulta imposible en absoluto, ya que la sinceridad en estas cuestiones es incompatible con la profesión religiosa.

En resumen, podemos concluir diciendo que en el hombre "debe existir" una periodicidad de excitación sexual semejante a la que se observa en la mujer; pero lo que en realidad "no existe" es un medio adecuado de comprobación exacta, en virtud de que son escasísimos los hombres que se dedican a practicar estas observaciones sobre sí mismos. Además, no debemos perder de vista que el factor autosugestión desempeña un papel importantísimo en estas cuestiones. En virtud de múltiples fenómenos psíquicos aún muy oscuros e indeterminados, con estas investigaciones ocurre lo mismo que con la obsesión de la castidad: que el tiempo que se emplea en esforzarse en ser casto, se invierte, realmente, en excitarse más. Y si para la observación de los fenómenos de la periodicidad sexual es necesario, como en la castidad, no acordarse de ellos, huelga decir que por este sistema jamás habrá posibilidad de llegar a obtener conclusiones exactas, por el hecho indiscutible de que se ha olvidado.

Así, pues, la civilización no nos permite estudiarnos bien en este

sentido; es preciso recurrir a los salvajes para explicarnos la razón de múltiples fenómenos que nunca acabarán de presentársenos tan claros como se ofrecen a esas mentalidades rudimentarias sometidas de siempre a las leyes primitivas de la Naturaleza que con tanta razón se resisten a abandonar.

LOCURA, DELINCUENCIA Y PERIODICIDAD SEXUAL

Relación del aparato genital con el cerebro.—Trastornos mentales.—Un caso típico.—La solución del embarazo, ni es racional ni es humana.—La ovariotomía salvadora.—El delirio genésico.—La "kleptomanía".—Varios casos interesantes.—Monomanía incendiaria.—Psicología de la pirómana.—Monomanía homicida.—Homicidios por exceso de cariño.—Monomanía suicida.—Epidemias de suicidio.—Pequeñas causas y grandes efectos.—Influencia de las estaciones.

"La primavera, la sangre altera."
(Dicho popular.)

No cabe duda que la primavera es la estación del amor; es un hecho reconocido en todo el mundo y por todos los seres, animales y vegetales. Los cambios que se operan en los dos equinoccios, esto es, primavera y otoño, abarcan por entero a todo el organismo, aunque, indudablemente, donde con más vigor se reflejan es en la esfera sexual.

Puede creerse, al estudiar estos fenómenos, que la influencia sobre el organismo la ejerce la temperatura; la más elemental teoría física afirma que el calor dilata los cuerpos y el frío los contrae, lo que es cierto en el aspecto físico, aunque en el psíquico ya varíe notablemente. En realidad, está demostrado que no es calórico el secreto de estos cambios de actividad, sino las estaciones que en realidad ejercen sobre el sistema una influencia infinitamente más poderosa que la temperatura y que la presión atmosférica. Edward Smith demostró que "en las primeras partes de la primavera todas las funciones del cuerpo llegan a su mayor gralo de eficiencia", en tanto que el toño es "esencialmente el periodo en que se cambia desde un mínimum hacia un máximum de condiciones vitales".

Así pues, ni el verano—la estación más cálida—ni el invierno —la más fría—influyen más decisivamente que las estaciones inter-

medias sobre el impulso sexual; este hecho, apreciable claramente entre los civilizados, alcanza el máximum de visibilidad y de demostración en los pueblos primitivos. Luego la periodicidad sexual colectiva de la Humanidad está formada por verdaderos ciclos de seis meses, de cuya existencia no puede dudarse un momento. Pero dejemos esta cuestión, que estudiaremos debidamente en el último capítulo del presente volumen, para ocuparnos ahora de las particularidades más extrañas de la periodicidad sexual.

Los trastornos mentales se observan más a menudo en la mujer que en el hombre, sobre todo en aquéllas que por consideraciones morales o de otra índole no satisfacen debidamente su impulso sexual. Pero aparte de este defecto, a lo que ya nos hemos referido al estudiar la castidad y la abstinencia, hay numerosas mujeres que practicando el matrimonio normalmente y hasta menstruando con regularidad, están sujetas a determinados trastornos mentales. Moreua afirmó y demostró hace mucho tiempo "que las reacciones del aparato genital sobre el cerebro, se manifiestan, sobre todo, en el momento de la pubertad, en cada una de las revoluciones menstruales y en la menopausia. En las diferentes épocas de la aparición de las reglas—añade—, de su flujo mensual, de su cesación, el sistema nervioso se halla, como nadie ignora, en un estado de sobreexcitación que, en muchas mujeres, se manifiesta por los fenómenos más diversos, por anomalías de la sensibilidad general, de las funciones diversas bajo el punto de vista físico y moral".

Sinceramente, estos trastornos no ocurren en todas las mujeres; pero aquellas que tienen antecedentes neuropáticos o un germen hereditario, están expuestas incluso a la enajenación mental. Tardieu afirma que en las épocas en que aparece o cesa el flujo menstrual, aunque esto ocurre normalmente, el fenómeno desempeña un gran papel en la producción de las neurosis y de la locura. Azam coincide en todos los puntos con las apreciaciones de Tardieu, y agrega: "La dulce melancolía, continua, que aparece en la joven cuyo útero funciona por primera vez, es el primer anillo de una cadena, en la que el último puede ser la demencia consecutiva a la lipemanía homicida".

En efecto, aunque el estado menstrual no tiene nada de patológico, puesto que es una función naturalísima del organismo, las estadísticas nos demuestran que el mayor número de enfermedades mentales aparecen en la mujer entre los dieciséis y los veintitrés años. Estos trastornos mentales relacionados con la pubertad se conocen técnicamente con el nombre de *hebefrenia*.

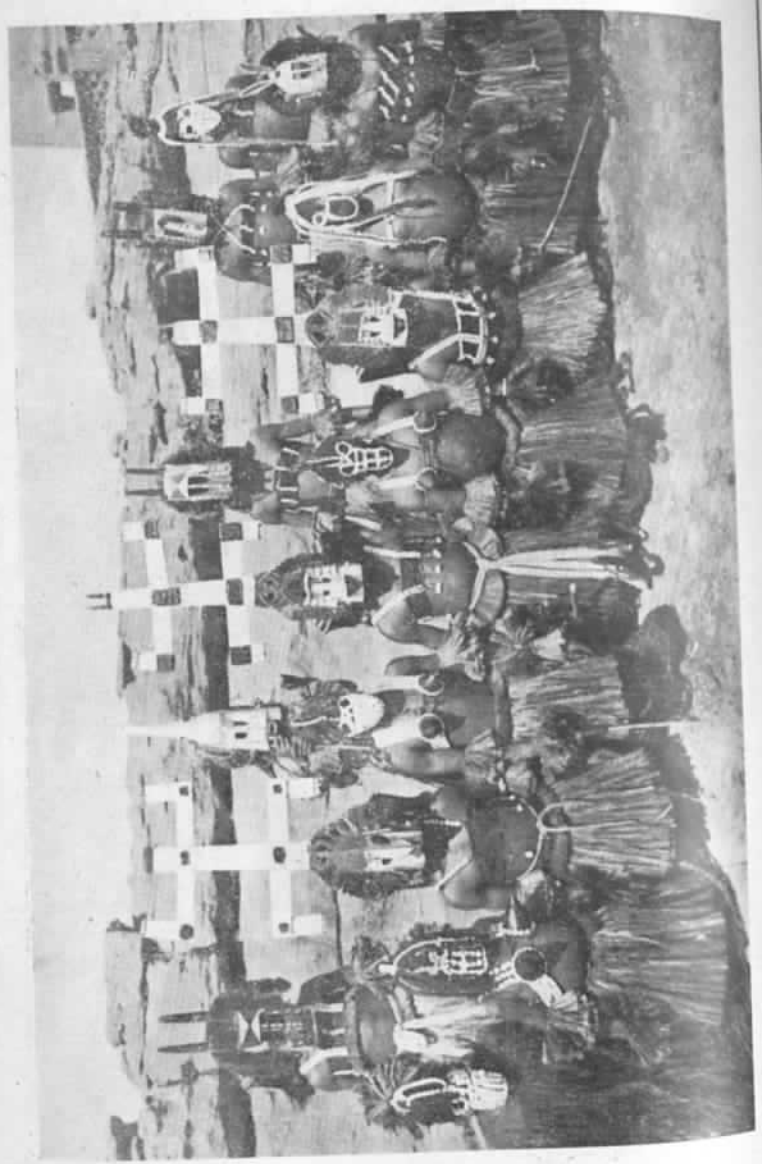
En esta edad es cuando la mujer se ve asaltada por las ideas más extravagantes y cuando empiezan a manifestarse los primeros sínto-



TIRADOR SENEGALÉS

Los célebres «bambulás» del Senegal son las fiestas eróticas más grandiosamente brutales de que tenemos las mejores referencias, en las que toman parte los indígenas, civilizados o no.

LAMINA VII



FIESTAS SEXUALES

Danzarines indígenas del Sudán de sexo masculino, ataviados algunos con atributos femeninos, tales como los senos, dispuestos a ejecutar los bailes que inician las más tremendas orgías sexuales.

LAMINA VIII

mas histéricos. Yo he conocido a una joven que a los dieciséis años empezo a dar pruebas de los primeros desórdenes mentales, aunque no existian antecedentes en su familia. En pleno mes de enero y viendo en una ciudad de Castilla, se la ocurrió un dia ir a patinar sobre la helada superficie del rio. Esto extrañó bastante a sus padres, puesto que jamás habia tenido afición a ese deporte, y, lo más extraño, que era excesivamente friolera. No obstante, fué al rio y se puso a patinar, o, mejor dicho, a darse caídas contra el hielo, llegando incluso a causarse lesiones. No desistió de su manía, a pesar de todo, sino que la costó trabajo abandonar el deporte para marchar a casa a almorzar. Volvió por la tarde, y allí estuvo entregada a este ejercio hasta bien cerrada la noche, hora en que una criada que la acompañaba la convenció para que regresara. Cenó y se acostó. Y a media noche, cuando todos dormían, vistióse y volvió al río, en el que permaneció toda la noche entregada al patinaje. La escapatoria se advirtió después de las diez de la mañana, hora en que su madre entró en su habitación con intención de despertarla.

El padre la prohibió en absoluto que volviera al río; con este motivo se irritó de tal forma, que en un acceso de ira destrozó la ropa de su cama y el vestido que tenía puesto. Tres días más tarde, al levantarse del lecho vió que estaba en un charco de sangre, lo que no la asustó, ya que su madre la había prevenido en frecuentes conversaciones. Al mes siguiente, en febrero, la menstruación se presentó normalmente, sin que experimentase los trastornos de la vez anterior, aparte de un estado de melancolía que no había sido habitual en ella. En marzo, cuatro días antes de la fecha prevista para presentarse la regla, fué sorprendida por una hermana masturbándose. Manifestó que no había podido resistirse, y que lo hubiera hecho delante de su propio padre. La hermana la expuso los peligros que pudieran derivarse de su conducta; pero la muchacha contestó diciendo que tantas veces se la presentase aquel irresistible deseo, se calmaría por idéntico procedimiento "o por otro más natural". La regañina se resolvió en un ataque de histerismo epileptiforme. En abril, y hacia la misma fecha, una tarde salió de casa y no regresó hasta media noche, cuando ya se la había buscado por todas partes. Manifestó, acosada a preguntas, y después de dar las versiones más fantásticas e inadmisibles, que había estado con un hombre al que solo conocía de haber visto algunas veces en el paseo de la plaza.

A la mañana siguiente fué reconocida por un médico, quien manifestó que estaba desflorada de hacía muy pocas horas. Fué trasladada a un pueblo inmediato a la ciudad, donde se la presentó la cuarta menstruación sin que diera señales de nuevos trastornos hasta veinte

días más tarde, que se fugó de la casa de sus parientes con un muchacho de su edad. Vuelta de nuevo a la ciudad se consultó el caso con un especialista, el cual empezó un tratamiento a base de bromuros y yoduros. En el mes de junio cayó en un estado de depresión y melancolía tales, que se resistía a tomar todo alimento. Ahora dió en la manía de entregarse a la vida religiosa, pero ingresada en un convento dos meses más tarde, hubo de ser exclaustrada en vista de los accesos de ninfomanía que sufrió. La desdichada acabó arrojándose desde el balcón de un quinto piso donde vivían unos parientes.

El Dr. Dauby cita el siguiente parecido caso: María R., de treinta y un años de edad; nada de predisposiciones hereditarias o de enfermedades anteriores graves. Seis meses antes de su entrada en un sanatorio se enamoró de un joven de mejor posición que ella y se entregó a ilusiones que, de repente, vió devanecer. Estaba con las reglas cuando recibió la noticia que le hiciera perder sus esperanzas. La sangre dejó de fluir, e inmediatamente estalló un acceso de locura con tendencia erótica. No duró más que quince días, pero después de un período igual de remisión y de razón aparente, volvió a presentarse con la reaparición del flujo sanguíneo. Las crisis se reproducían así regularmente todos los meses hasta que al fin, faltando por completo las reglas, la excitación se hizo continua. La menstruación, suspendida durante dieciocho meses, reapareció al cabo, al mismo tiempo que el estado mental de María volvió a ser satisfactorio, saliendo del sanatorio completamente curada. (Dauby: Th. de París.)

No cabe duda que los trastornos psíquicos aparecen o se recrudecen bajo la influencia del ciclo menstrual, no sólo en aquellas mujeres vírgenes que tienen deseos conscientes o inconscientes de satisfacción sexual, sino incluso en las casadas que están perfectamente iniciadas en los secretos del amor.

Casi todos los naturalistas que han comprendido la razón de estos fenómenos sintomáticos de trastornos más graves, son partidarios de aconsejar el embarazo como terapéutica infalible, fundándose en que el reposo de nueve meses a que se somete al ovario, haría perder al organismo de la mujer el hábito patológico del eretismo menstrual. Tan lejos se ha ido en esta teoría que en Inglaterra llegó a implantarse el método curativo del embarazo para aquellas mujeres que estuviesen recluídas en los asilos de dementes. Aquellas que no tuviesen marido debían ser "ofrecidas" a los hombres que quisieran fecundarlas, y hasta llegaron a hacerse obligatorias las visitas conyugales, cualesquiera que fuese la naturaleza y el origen de su locura.

Claro es que en este caso, las teorías acerca de las leyes de la herencia, la Eugenesia y todas las doctrinas que tienden a basar el desarrollo de la raza sobre puntales sólidos y procreadores seleccionados, quedaban completamente destruídas. Es posible que la demente pudiera curarse, pero sólo durante el período intermenstrual que empieza en el embarazo y termina con la última tetada que mama el niño. ¿Pero y a partir de entonces? ¿Otro nuevo embarazo? Aun en el caso de que aquí estuviese la solución—hay casos que lo demuestran—, nos falta saber cómo habían de ser esos productos de la concepción de una demente; es probable que los hijos resultasen tan locos como la madre, y entonces, ante este dilema, por interés de la sociedad es preferible que la loca siga estéril—y loca por lo tanto—a que se reproduzca en esos frutos necesariamente tarados en la inmensa mayoría de los casos.

Creen algunos autores que el primer embarazo determina la curación y que los sucesivos contribuyen cada vez más a afirmar el equilibrio mental más perfecto. Aunque así sea, que no está bien demostrado, la tentativa de curación a base del embarazo, del parto y de la lactación es bastante arriesgada a no ser que para evitar la reproducción de las taras indudablemente heredadas se recurriera a la solución más criminal e inadmisible: el asesinato del hijo. En todo caso, y esta es la verdad, siempre sería menos criminal asesinarle que exponerle a vivir en las mismas condiciones que la madre. En resumen, el acto verdaderamente punible es el cometido por los ingleses, que se mostraron partidarios de unas teorías que sólo puede aconsejar la ignorancia y la barbarie.

Ahí va la siguiente observación de Négrier: "Una señora, histérica desde la pubertad, afectada de locura, casi inmediatamente después de su matrimonio, recobra siempre su razón durante el tiempo de sus numerosas gestaciones y los primeros meses de la lactancia de cada uno de sus ocho hijos; pero inmediatamente que la función ovárica se manifestaba, volvía a caer en su estado de enajenación mental; durante este estado de aberración tenía las reglas, aunque menos copiosas que antes de su matrimonio."

Ocho hijos fueron las consecuencias de la terapia impuesta, seguramente, por un médico ignorante o criminal, y en todo caso responsable de la desgracia de todos ellos y de sus descendientes, en el caso de que los métodos de curación de los trastornos mentales de las mujeres se basasen en tan conspicua teoría.

Por este estilo pudiéramos transcribir infinitas observaciones de curaciones de las que los médicos se mostraban encantados. Afortunadamente, el célebre Dr. Félix Voisin se situó en el terreno más justo y humanitario que habían desdeñado los carniceros con título facultativo, demostrando que, no siendo, con frecuencia, más que pasa-

jeros los beneficios del embarazo, lo mejor era suprimir definitivamente la menstruación por medio de la extirpación total de los ovarios. Al principio, los moralistas de profesión protestaron enérgicamente contra estas razones de indudable peso; pero la verdad es que Voisin practicó infinitas ovariotomías que dieron lugar a la cesación inmediata de los trastornos y de las gravísimas consecuencias sociales que se derivaban de la aplicación de aquellos métodos brutales de curación.

No obstante, siempre ha habido discrepancias muy hondas en el análisis de esta cuestión, pues si los éxitos obtenidos con la ovariotomía han sido muchos, es cierto que los fracasos se han manifestado en un número bastante notable. Pero, en todo caso, un médico experto rara vez llega a equivocarse en su diagnóstico, porque jamás dejará de tener en cuenta los antecedentes de cada enferma, siempre diferenciados por múltiples circunstancias.

Si todos estos trastornos periódicos son graves en las mujeres jóvenes resultan, si cabe, más agravados en las menopáusicas. El erotismo de la menopausia, en algunas mujeres de temperamento neurótico, llega hasta la ninfomanía, y, por lo tanto, hasta la locura. Icard dice que el delirio genésico, de origen menopáusico, puede empezar brusca o progresivamente. En este último caso hay una gradación sucesiva en la intensidad y modo de evolución. Del simple trastorno funcional la mujer pasa a la ilusión; de ésta a la alucinación confusa al principio, y después poco a poco, clara, precisa, perceptible, y que se impone en seguida como una realidad. Bajo la influencia de este estado de alucinación se ve a las mujeres acusar a hombres, completamente extraños a sus trastornos, de que tienden lazos a su virtud, y de que procuran contra toda su voluntad, y por medio de toda clase de maleficios, "los placeres de la Naturaleza".

Hay infinitos casos de delirio genésico que se manifiestan repentinamente . Me refieren que una señora de cuarenta y nueve años, viuda hacia siete, y que durante ese tiempo había observado la conducta más respetable, se entregó a las licencias más desenfrenadas por espacio de dos años, y siempre en una época fija, hacia mediados de cada mes. Consultó con varios especialistas, pero los tratamientos que la prescribieron no resultaron ineficaces.

Otra señora de edad aproximada experimentaba todos los meses deseos muy ardientes de cohabitar. Para sus aventuras acostumbraba a insertar anuncios solicitando un empleado para administrar sus fincas. Los recibía casi desnuda, no teniendo inconveniente en suplicarles que la poseyeran. Un hijo de esta enferma tuvo noticias del caso por uno de sus amigos que había acudido al anuncio, pero negándose a

acceder a las lúbricas pretensiones de la anciana. Fué recluída en un sanatorio, hasta que un día se suicidó después de escribir una carta en la que culpaba al hijo de toda su desgracia, ya que en su vida escandalosa "vivía feliz sin hacer daño a nadie".

En efecto, las manifestaciones de la locura periódica de la mujer suelen ser inofensivas la mayor parte de las veces. Ahora bien, en muchas ocasiones, y especialmente en la pubertad, la periodicidad sexual se manifiesta en la forma de diversos delitos, como son la *kleptomanía* o deseo irresistible de cometer robos de escasa importancia, y casi siempre de objetos de poco costo. Se conocen infinitos casos de señoras de la aristocracia o muy ricas que dan una limosna de cinco duros y roban una cinta que cuesta cinco céntimos. En los almacenes y grandes comercios son demasiado conocidos estos casos, que no deben confundirse con la actividad perfectamente consciente de las *mecheras*, las cuales ya roban objetos de más valor y con intención exclusiva de lucro.

Por lo general, la mujer que se halla bajo la influencia de un vértigo cleptomaníaco, comete la ratería con la mayor torpeza, y a veces sin darse cuenta de que el vendedor la está observando. Un joven dependiente de comercio, muy inteligente, y que tenía conocimiento de este trastorno cerebral, me dice que en una ocasión entró en el establecimiento la esposa de un alto funcionario público, con ánimo de comprar algunas cosas. Poco antes había salido una compradora que estuvo eligiendo unos ovillos de hilo, quedando las cajas sobre el mostrador. La señora en cuestión, que realizó compras por valor de más de cien pesetas, que abonó allí mismo, y sin discutir para nada el precio de los géneros, cogió un ovillo de hilo que guardó en el bolso, sin fijarse en que el dependiente había observado la maniobra. Este no quiso decirla nada, y después la condujo a otra sección del establecimiento para adquirir unos botones. Allí volvió a apoderarse de un cartoncito que contenía seis botones de muestra, todos diferentes, y que de nada podían servirla. Dió cuenta a su jefe, y cada vez que la dama entraba en el establecimiento se procuraba apartar del alcance de su mano los objetos de poco valor que pudiera haber en los mostradores.

En la Prefactura de Policía de París están registrados innumerables casos de cleptomanía que han dado lugar a acciones judiciales de más o menos importancia, pero el hecho cierto es, que casi siempre se ha tratado de mujeres de inmejorables antecedentes, en las que se ha podido comprobar que se hallaban en pleno período menstrual o en el inmediato antes o después de la presentación de las reglas. El Dr. Letulle, en un interesante bosquejo de Medicina legal titulado

Ladronas honradas, dice que estas mujeres "se encuentran en un estado de semi-demencia, durante el cual, despertándose ideas instintivas bajo la influencia de una violenta solicitud de los sentidos, inmovilizan la conciencia y la voluntad", y añade que este estado es "favorecido ciertamente por el período menstrual".

De varios autores célebres transcribimos los siguientes casos:

"Una joven de doce a trece años, bien constituída, de buena salud habitual, no podía pasar por delante de la tienda de su padre, joyero, sin sentirse impulsada, a pesar suyo, a robar del escaparate cucharillas de plata, las que en seguida arrojaba al retrete. Dos años después esta joven era víctima de accidentes histeriformes bastante graves." (Dr. Lunier, París.)

"La joven H. Lambert, de quince años y medio, se ha hecho culpable de varios robos y tentativas de incendio y acusa a otra persona. Esta joven no está reglada aún; experimenta, de tiempo en tiempo, dolores de cabeza bastante intensos, acompañados de malestar y de dolor en la región lumbar. No se comprueba ninguna otra causa de su estado psíquico, salvo el trastorno provocado por la proximidad de la menstruación. Fué declarada irresponsable por el Tribunal y puesta en libertad." (Dr. Ollivier, Angers.)

"Una señorita de familia distinguidísima tiene en un cajón de su mesa de estudio numerosos pequeños objetos, como cintas, botones, bisutería, pañuelos y frascos de perfume. Un hermano, que ha hecho este descubrimiento, la interroga acerca de aquel pequeño almacén de cosas inútiles y de escaso valor. Al principio no puede explicarse ella misma qué significa todo aquello, pero pronto se repone y manifiesta que lo ha comprado en distintas ocasiones. El hermano, extrañado, siguió investigando hasta que obtuvo la confesión de que lo había robado en diversos establecimientos desde hacía más de dos años. Un día, bastante después de esta confesión, el hermano la invitó a almorzar en un restaurant y entonces pudo observar que se apoderaba de un pequeño salero de cristal, que valdría una peseta escasa. La reprendió, pero ella, llorando, le juró que no se había dado cuenta del hecho cometido. Se comprobó que se hallaba en pleno período menstrual." (Dr. Fuentes, Madrid.)

"Hemos visto una señora muy bien educada que, durante sus menstruos, roba con gran destreza todo lo que encuentra. Oculta sus latrocinios y se encoleriza, si la hacen algunas observaciones acerca de ellos. Otras veces contesta: "Si obro así es porque estoy loca; a vosotros os toca vigilarme." (Dr. Boismon.)

"En unos grandes almacenes de Barcelona fué detenida la esposa de un acaudalado industrial cuando acababa de apoderarse de dos

pares de medias cuyo precio no llegaba a tres pesetas. Entregada a la Policía por uno de los empleados, hombre poco delicado y nada sagaz, fué puesta en libertad en cuanto dió la dirección de su domicilio y se comprobó su personalidad. Manifestó ante el comisario, con toda naturalidad, que en ciertas épocas del mes no podía resistir el impulso de robar esos objetos de escaso valor, de los que después se deshacía arrojándolos al fuego. Poco tiempo después quedó embarazada; de esto hace ya nueve años, y jamás se ha vuelto a apoderar de nada en ningún establecimiento." (Dr. Arenas, Barcelona.)

Por lo general, la cleptómana no aprovecha nunca los objetos producto de sus pequeñas raterías, y aun tratándose de mujeres humildes jamás roban cosas de valor. Es cierto que este género de delincuencia, ante el que la Policía y los jueces han de ser muy cautos para no pecar de injustos, se observa más frecuentemente en mujeres de buena posición que en las de las clases humildes. Ahora bien, los dueños de establecimientos rara vez denuncian a una de aquéllas; pero también es cierto que pocas veces dejan de denunciar a éstas.

No sólo son los objetos de vestido, aseo, adorno, etc., lo que llama la atención de las cleptómanas; hay alimentos que, pudiendo adquirirlos fácilmente por no ser raros ni costosos, han de ser robados. Una señora sentía periódicamente necesidad de comer sardinas arenques, pero para que la supieran mejor y poder comerlas a gusto, tenía que hurtarlas en un establecimiento, a cuya puerta había un barril de ordinario. Puede ser tan imperioso este deseo que se registran casos en los que una señora bien portada robó un vulgar tomate por medios violentos, cuando la hubiera sido más fácil, si no quería comprarlo, habérselo pedido al vendedor. Claro es que el precio es lo de menos, como ocurre en todos los casos de cleptomanía que tan mal son interpretados a veces por la opinión y las autoridades.

Otro delito de la periodicidad sexual de la mujer, pero este bastante más grave que el hurto de fruslerías de poca importancia, es la *piromanía*, o sea la manía de encender fuego o de incendiar edificios, bosques, muebles y cuanto se encuentre susceptible de ser quemado. Es más frecuente en las primeras épocas de la pubertad que en edades adultas y aun cuando esta manía incendiaria pueden padecerla los dos sexos, casi siempre es la mujer la parte más afectada. No obstante, muchos autores han pretendido dar a este fenómeno una explicación simbólica, diciendo, como Marandon de Montyel, lo siguiente:

"La piromanía aparece a menudo cuando el organismo nace y muere a la vida sexual, en la pubertad y en la menopáusia. De nuestras enfermas dos estaban en la época de la revolución genital y una en la época crítica. Estos dos períodos son los dos períodos críticos

de la existencia, aquellos en que el órgano débil sucumbe; pero parece que la impulsión al fuego se presenta con una frecuencia relativa tal en estas dos fases de la evolución vital, que hay una relación entre ella y los órganos genitales, tanto más cuanto que en la mujer, cuando la enfermedad aparece durante los años de actividad genésica, va ordinariamente ligada a trastornos de la menstraución, particularidad que el médico forense no debe jamás olvidar."

No siempre es la menstruación el motivo de estas manias criminales; se dan casos de mujeres perfectamente regladas que sufren los mismos accesos. Ahora bien, no cabe duda que en todos existe un trastorno neurogenital que, dominando a una voluntad enferma, obra irresistiblemente bajo la influencia de una impulsión "que obliga a incendiar con más fuerza aún que el hambre o la sed obligan a comer o a beber". Esta propensión es tan poderosa, absorbe tan por entero la voluntad del individuo, que se conocen algunos casos de pirómanos que han llegado hasta el suicidio antes que ocasionar un incendio del que pudieran resultar daños para un sér querido o para desconocidos inocentes. Por eso dice Icard que la propensión no se reprime ni aun con la amenaza de la pena de muerte, que suele ser el castigo que espera a los reincidentes en algunos países. "A veces desesperados por la ineficacia de sus esfuerzos y preveyendo el resultado fatal de la lucha que en vano sostienen antes de sucumbir de nuevo, apelan al suicidio para poner término a sus tormentos."

Osiander, en su obra *Tratado del suicidio*, pretende explicar las razones que determinan la piromanía de la pubertad. La explica por el predominio de la sangre venosa sobre la sangre arterial, por su acumulación en ciertas partes, especialmente en la región de los nervios del ojo. En la época del desarrollo sexual, dirigiéndose la sangre hacia los órganos de la generación, los de la visión se encuentran privados de una gran parte de su irritabilidad y se desarrolla entonces una necesidad de luz, que determina el deseo de fuego. (De Icard.)

Esta teoría, que ha subsistido durante mucho tiempo, no es exacta, al menos en lo que se refiere a su relación con el sentido de la vista, y, más particularmente, por esa pretendida necesidad de luz del pirómano, porque en muchos casos se ha observado que una muchacha que ha prendido fuego a un edificio, a un campo de mies o a un bosque, ha procurado recluirse inmediatamente en su casa de forma que no le era posible ver las llamas ni experimentar esa pretendida abundancia de luz. Sólo el psicoanálisis ha pretendido dar algunas explicaciones de estos fenómenos, pero todas vacilantes y sin consistencia firme.

Hay investigadores que afirman que la mujer pirómana es aquella de fuerte temperamento, "de gran sentido genésico", afectada de hiperoovarismo y más bien robusta que fuerte. Sin embargo, los casos que yo conozco, dieciséis en total, se refieren a muchachas de temperamento más bien frígido, histéricas, enclenques y enfermizas. Sólo dos parecían estar en posesión de las características propuestas, aunque me atrevería a asegurar que tales tipos constituyen las excepciones de la regla.

Cuando no es la menstruación la causa, por tratarse de muchachas impúberes, hay que buscarla en el onanismo o en otros placeres igualmente pervertidos. No obstante, en las impúberes suele presentarse meses o días antes de la aparición del primer flujo, y en una de las muchachas que yo cito, la primera hemorragia tuvo lugar a las dos horas de haber incendiado un almiar de paja.

La psicología de la pirómana no es nada complicada y puede compararse en absoluto con la de la virgen vieja, o con aquellas que por falta de función sexual y existiendo antecedentes neuropáticos, dan en la manía de mentir y fingir toda clase de comedias y dramas, como ya hemos visto en otro volumen.

En algunos casos citados por muchos autores, aunque el punto de partida sea la periodicidad sexual, concurren otras circunstancias que no permiten declarar a estas enfermas completamente irresponsables de sus actos. Los más corrientes se refieren a muchachas del servicio doméstico que incendian la casa por haber sido reñidas por sus amos, o bien por deseos de abandonar el servicio. En el primer acpecto la manía incendiaria puede obedecer tanto a los trastornos periódicos como a un anhelo de venganza; en el segundo, no cabe duda que se trata de pobres enfermas débiles de espíritu, faltas de la energía suficiente o de la necesaria habilidad para despedirse o provocar el despido.

Cuando no concurre ninguna de esas dos circunstancias, no cabe duda que se trata de desequilibradas lo mismo que las mitómanas, esto es, las que tienen la manía de mentir. Por lo general, cuando provocan un incendio son las más decididas en prestar su concurso para los trabajos de extinción del siniestro, llegando incluso a arriesgar la vida. La satisfacción que indudablemente experimentan no obedece, como algunos sostienen, a la visión de las llamas ni al deseo de luz; su deleite está en escuchar las opiniones que se emiten acerca del siniestro, las conjeturas y suposiones que se hacen, etc. Sabe que ella es la causante, y goza con oír lo que se dice acerca de los castigos que merecería el autor del incendio, o bien con la emoción que la produce suponer que el hecho fuera descubierto. Es algo parecido a la histérica que finge recibir anónimos y ser víctima de atentados

de toda índole, con la diferencia de que ésta trata de captarse toda la atención y la pirómana procura alejarla de sí. Es, como si, dijéramos el placer que experimenta aquel que hace una limosna en secreto y después procura divulgar el acto sin decir quien es el actor. El mismo donante llega a encomiar el rasgo "para ver qué dicen los demás". Claro es que entre el que hace una obra de caridad en esa forma y la muchacha que incendia una casa, los hechos están separados por un verdadero abismo; pero lo esencial, esa emotividad de la incógnita, es común a los dos actos. Esta es la psicología del pirómano y no otra.

No obstante, no siempre la pirómana se conduce de esta manera, pues muchas terminan por confesar sus delitos, a veces de una forma espontánea. Por lo general no dan este paso hasta que no se ven realmente acosadas por la autoridad o por las pruebas. Legrand de Saulle cita el siguiente caso: "De temperamento sanguíneo, María Ana B., ha gozado siempre de una salud física excelente, pero como la menstruación se verifica en ella insuficientemente, tiene costumbre de sangrarse dos veces por año; a falta de esta precaución sufre dolores de cabeza, ruido de oídos y ofuscaciones de la vista. Tiene antecedentes hereditarios.

El deseo de incendiar se desarrolló en ella después que el fuego del cielo hubo quemado la casa de un vecino: "durante la noche —dice—oí ruido, vi el fuego, tuve un miedo horrible; inmediatamente después, esto no me produjo efecto alguno; al contrario, cuando se hubo apagado todo, hubiera deseado aún ver las llamas".

En este momento tenía las reglas desde la víspera; bajo la influencia de la emoción que había experimentado, se suprimieron para no volver a reaparecer sino treinta y nueve días después y durante este intervalo fué cuando, arrastrada por una impulsión irresistible, incendió varias casas. "Soy como los hombres cuando están borrachos—decía—que piden beber más; yo, a la vista del fuego, he sentido el deseo de quemarlo todo".

La piromanía ofrece la extraña particularidad de ser común a las mujeres de todas las razas, y hasta diríamos que entre los salvajes es más frecuente que en los pueblos civilizados, y eso que la libertad sexual no puede dar lugar a esas explosiones neuropáticas resultantes de la acumulación de ese flúido genital, como en virtud de múltiples circunstancias ocurre entre los civilizados.

En una región del Paraguay ocurrieron con cortos intervalos varios incendios que asolaron completamente una rica plantación de hierba *mate* propiedad de un acaudalado indígena. El dueño de la plantación, hombre civilizado, a pesar de su origen, dispuso que se ejer-

ciera una vigilancia estrechísima, autorizando a todos los obreros de la finca, hombres y mujeres, para que abandonasen el trabajo cuando quisieran fumar; pero con la obligación de hacerlo en un cobertizo donde no podría existir peligro de incendio. No obstante estas precauciones, los incendios continuaron, y un día ardió una cuadra en la que perecieron varios caballos que el dueño tenía en gran estima.

Sospechando que pudiera tratarse de una venganza, lo que le extrañaba bastante, ya que trataba muy bien a sus obreros y empleados, sin decir nada a nadie se dispuso a dar caza al incendiario, y al efecto, durante varias noches se apostó en un lugar estratégico con un rifle entre las manos, dispuesto a acabar a tiros con el autor de aquellos crímenes. A la tercera noche de guardia observó dos bultos que se movían, y cuando vió que uno de ellos encendía un fósforo, disparó. El tiro fué certero: había matado a una de sus hijas.

La otra, de trece años, dos menos que la muerta, huyó, pero fué detenida por un indígena. Confesó que su hermana y ella habían sido las autoras de los incendios, "porque no podían resistirse y, además, porque las gustaba ver que nadie acertaba a descubrirlas".

Un médico belga que ha residido muchos años en el Congo dice que en la ciudad de Elisabethville fueron detenidas tres indígenas de once, doce y doce años y medio de edad, las cuales habían incendiado varias barracas del mercado indígena. En Marruecos francés, creo que en Mekinez, se registraron en 1930 varios incendios en las huertas de los alrededores de la ciudad. Las autoras fueron tres muchachitas, una europea y dos indígenas, no mayores de trece años.

Otra monomanía de la periodicidad sexual es la monomanía homicida, la cual era ya objeto de atención por tratadistas tan antiguos como Hipócrates, quien estableció la íntima relación existente entre esta forma del delito y la menstruación. Posteriormente, no se ha hecho más que dar vueltas alrededor de la doctrina hipocrática, pero sin que en realidad se haya añadido nada nuevo a lo que conocemos hace ya tantos cientos de años.

Esta terrible manía se presenta en la pubertad y en la menopáusia con más frecuencia que en otras edades, aunque no es raro observarlo en mujeres adultas cuyas funciones sexuales no ofrecen ninguna anormalidad.

Aun tratándose de mujeres perfectamente normales, honradas, amables y de carácter atrayente, enamoradas de su esposo, de sus hijos y de cuantas personas de la familia les rodean, en un instante pueden caer bajo el dominio de un acceso homicida, realizando el crimen más espantoso.

En los anales de la Medicina legal estos casos se cuentan por mi-

llares en todo el planeta. Se ha pretendido explicar estos hechos desde los más diversos puntos de vista, pero lo cierto es que aún no ha sido posible llegar a un acuerdo realmente definitivo. Hay quien afirma que es el resultado de una especie de saturación del cariño que da lugar a repentinas explosiones de odio a muerte; la definición, completamente psicoanalítica, aunque es muy extensa no puede estimarse como cierta, ya que hay muchas mujeres que han dado muerte a personas que nunca las dieron motivos de amor o de odio, e incluso que eran completamente desconocidas. Lo cierto es que se trata de violentos accesos de locura que pasan rápidamente en unos casos, y en otros persisten durante más o menos tiempo, sumiendo a la enferma en un estado total de inconsciencia que la impide acordarse del crimen realizado.

Brouardel cita los siguientes casos: "Una niñera de quince años asesinó a un niño de dos años que le había sido confiado. Aquel mismo día había tenido sus reglas por vez primera. Una joven, regresada fuera de tiempo, mata al hijo de su vecina. Se la prende, no recuerda nada y afirma haber perdido la memoria. Una vez ya en la cárcel tiene una segunda menstruación que se caracteriza por un estado de melancolía, rechazando los alimentos. No recuerda nunca nada de la primera menstruación. Una joven de catorce años, muy buena y afable hastan entonces, asesina a su padre, le abre el pecho y se come el corazón."

El Dr. Dagonet da cuenta del siguiente caso: "Una enferma experimenta, en cada período menstrual, impulsos suicidas. Bajo la influencia de esta triste disposición mató a sus tres hijos."

"Una mujer de buena salud habitual tiene algunas ligeras disputas con su marido, se vuelve melancólica y, al cabo de algunos días le corta el cuello a sus tres hijos y se hiere a sí misma con una navaja de afeitar. Responde al ser interrogada que no conserva ningún recuerdo de su crimen, que la sangre se le subió a la cabeza porque las reglas, que esperaba hacía ocho días, no habían aparecido. Varias circunstancias, la aparición de las reglas tres semanas después, hicieron deducir a los médicos que esta mujer había cometido el crimen con pleno conocimiento de causa. Sin embargo, ingresó en la clínica de enajenados de Westphal. Durante diez meses la menstruación permaneció suspendida, al mismo tiempo que la acusada presentaba un estado de melancolía bastante pronunciado, con algo de abatimiento y falta de apetito. Todos estos síntomas desaparecieron bruscamente en el momento en que reapareció el flujo menstrual. En su consecuencia el Dr. Westphal afirmó que esta mujer no gozaba de razón en

el momento de cometer el infanticidio; fué absuelta por el Jurado." (Citado por Icard.)

El mismo tratadista refiere el siguiente caso de Esquirol: "A la edad de catorce años B... gozaba de muy buena salud aparente; tenía buen semblante y todos los signos de la pubertad muy pronunciados; pero no había reglado aún. Todos los meses, en la época en que correspondía el período, se quejaba de cefalalgia. Estaba inquieta, irascible, sombría; la cara se congestionaba mucho, así como sus ojos. Todo era, para ella, motivo de contrariedad y de irritación. Buscaba siempre disputas con su madre; la injuriaba, la amenazaba, la maldecía y, apoderándose de un cuchillo, se precitaba sobre ella o intentaba suicidarse. En lo más recio del acceso, la sangre salía por la boca, por la nariz, a veces por los ojos, y prorrumpía en llanto, presentándose un temblor general, dolores convulsivos en los miembros y, en medio de un gran abatimiento, mostrábase arrepentida. A la edad de dieciséis años, los accesos de cólera fueron reemplazados por convulsiones histéricas, la enfermedad disminuyó progresivamente y no cesó hasta los diecisiete años, época en que las reglas reaparecieron, aunque en muy pequeña cantidad. El matrimonio hizo desaparecer todos los accidentes nerviosos."

La monomanía suicida afecta a los dos sexos, pero se observa con más frecuencia en el femenino. Muchos suicidios y tentativas de personas jóvenes que refieren los periódicos con la coletilla de "se ignoran las causas que movieron al suicida a tomar tan fatal resolución", de ser facilitada la noticia por un médico neurólogo y al referirse a una joven dirían: "La suicida se hallaba próxima al o en el período menstrual."

Muchas veces, esas supuestas "contrariedades amorosas" no son más que una fórmula que satisface a los lectores, pero que no contiene la verdad del caso; lo mismo ocurre con los "disgustos familiares".

Tanta es la influencia que la periodicidad sexual ejerce sobre la mentalidad de las suicidas, que el célebre Dr. Krugelstein no tuvo inconveniente en afirmar: "En todas las suicidas que he tenido ocasión de ver, el acto se había llevado a cabo durante el período menstrual." Esta conclusión pareció demasiado definitiva a otros muchos autores; pero lo cierto es que en un gran número de informes emitidos por médicos forenses respetables, nos encontramos con esta coincidencia.

Observando a las locas recluídas en los manicomios cuyas funciones periódicas son más o menos normales, se ve que lo mismo los estados de depresión melancólica que las ideas suicidas, se manifiestan

en el momento de la evacuación de las reglas o pocos días antes de presentarse éstas. Un investigador dice que en esos días las enajenadas se niegan a comer, a hablar, a realizar cualquier trabajo por sencillo que sea, rogando que se las mate cuanto antes; "no es raro ver mujeres que durante el flujo menstrual buscan todos los medios imaginables de matarse y que abandonan esta idea durante el resto del mes".

El suicidio, en términos generales, se presenta muchas veces en forma de verdaderas epidemias. Los lectores recordarán seguramente que durante el pasado invierno de 1932-33 los suicidios en el Metropolitano" "se pusieron de moda", hasta el extremo de que una parte de la Prensa abrió una especie de concurso para que la inventiva de sus lectores propusiese un procedimiento eficaz a fin de impedir que estos desesperados acabasen con su vida por tal procedimiento. No se inventó nada, y hubiera sido igual: el suicida hubiese hallado otros métodos igualmente eficaces para quitarse de en medio; el "Metro" desbancó al Viaducto, y al "Metro" lo desbancará otro sistema más o menos *estético*, pero siempre suficiente para los fines precisos.

De una de estas célebres epidemias de sucidio hace alusión Plutarco, atribuyéndola a los estados particulares de la pubertad en la mujer; afirma que en Mileto se suicidaron tantas muchachas en muy poco tiempo, que a poco más se queda despoblada la ciudad. También Hipócrates escribió hace cientos de años acerca de la frecuencia del suicidio entre las jóvenes en la época de la primera aparición de sus menstruos, aunque estima que el fenómeno se producía más frecuentemente en aquellas en que la evolución del período era más laboriosa. "Experimentan cierto placer, dice, en buscar la muerte como una cosa buena."

La menor contrariedad, el menor disguso, la represión más nimia, constituyen en el ánimo de la púber motivos más que suficientes para buscar la muerte, puesto que la vida no tiene ningún interés para ellas. Esto se piensa a los trece años, y en verdad hay muchachas que prefieren una dosis mortal de arsénico a todos los placeres de la existencia. En esos momentos de brutal pesimismo, nada existe que pueda interesarles lo más mínimo; en infinitas ocasiones no pueden precisar el motivo de su angustia, porque nada les falta: bienestar, amor de los suyos, caprichos satisfechos, lujos, placeres..., todo cuanto se puede apetecer. Y sin embargo no piensan más que en la muerte.

Si en estos momentos de fatal estado de ánimo aciertan a leer una novela o la noticia de un periódico que comenta un suicidio, no tarda nada en poner en práctica sus siniestros propósitos. Una joven

que atentó contra su vida, siendo salvada milagrosamente de ser destrozada por un tren, cuando se hubo curado de su manía, manifestó que jamás había estado más alegre que en el momento de dirigirse hacia la línea férrea. Refiere que esperó la muerte con verdadera satisfacción, y que su contrariedad fué inmensa cuando el maquinista detuvo el convoy a cinco o seis metros. Este declaró que a no ser porque no estaba abierto el disco, por cuyo motivo aminoró la marcha, el suicidio hubiera sido inevitable. Dijo también que le extrañó ver a una muchacha sola, bien vestida, y a las siete de la tarde, ya casi de noche, en el mes de abril; un presentimiento le obligó a parar el convoy, tanto como el disco cerrado. Presa de un ataque nervioso, fué subida al tren, donde un médico que viajaba en el departamento comprobó que la joven se hallaba en pleno periodo menstrual.

En una ocasión, una señorita de distinguida familia, que acababa de cumplir quince años de edad, salió de paseo con unas amigas a las afueras de una población pequeña. Las lluvias primaverales habían producido un gran aumento de caudal en el río, espectáculo que estaban presenciando desde un puente. Una de las muchachas dijo, en broma, que la que quisiera ahogarse podía hacerlo, ya que el ímpetu de la corriente imposibilitaría en abosluto el salvamento. La señorita en cuestión, que durante todo la tarde había dado muestras de cierta irascibilidad, se encaramó rápidamente en el barandal del puente y se arrojó al río, sin que nadie pudiera evitarlo. El cadáver fué encontrado dos días más tarde, a tres kilómetros de distancia del lugar del suceso.

Otra joven fué regañada por su madre por haber vuelto un poco tarde a casa. La reprensión no pasó de los límites acostumbrados, no siendo nada grave. Dos horas después la joven se había arrojado a una acequia, después de dejar escrita una carta en la que culpaba a la madre de su muerte.

Gendrín refiere el siguiente caso: "Una joven, de diecinueve años, que pertenecía a una familia, en la cual tres de sus individuos se habían suicidado estando en la época de sus reglas, se arrojó por la ventana de un cuarto piso, destrozándose el cráneo."

Una mujer de París, que a consecuencia de hallarse tres meses con una suspensión de sus reglas, que le ocasionaban dolores continuos de cabeza y la sumían en un estado permanente de melancolía, formó el proyecto de quitarse la vida, precipitándose en el Sena, más arriba del puente de Sevres. Escogió este sitio, dice, para no exponerse a las risas del público cuando la viesen en las redes destinadas a sacar a los ahogados. Al ir a poner en práctica su proyecto, apa-

recieron las reglas, e inmediatamente cambió de idea, y volvió a casa curada de su manía. (Vering, citado por Loisseau.)

Son, pues, infinitas las psicosis de todo género que se apoderan de estas mujeres, entre las cuales, si es cierto que puede haber muchas de temperamento neuropático y hasta con taras hereditarias, otra gran mayoría está constituída por individuos perfectamente normales, de magnífica salud aparente, que jamás dieron muestras de trastornos hasta la aparición de las reglas.

Aparte de estas manifestaciones patológicas de la periodicidad sexual, las estadísticas revelan que la primavera sobre todo y algo menos el otoño, son las estaciones en que suceden todos estos trastornos, y, además, cuando tiene lugar el mayor número de delitos, lo mismo contra la propiedad, contra las personas y contra las buenas costumbres sexuales. Los raptos, fugas del domicilio de los padres, violaciones, etc., se producen en abril, mayo y junio con más frecuencia que en el resto del año.

En la primavera especialmente, es también cuando ocurren en la mujer todas las manifestaciones a que acabamos de referirnos. Los médicos chinos aseguran que la primavera tiene la facultad invariable de despertar y avivar las pasiones humanas que han permanecido replegadas durante el invierno en el alma, como la turtuga entre el fango. Según Herodoto, en la antigua Grecia la primavera y el principio del verano eran estimadas las épocas en que tenían lugar las máximas licencias sexuales. Los romanos eran de la misma opinión; Plinio, en su *Historia Natural*, dice que "cuando florece el espárrago y canta con más fuerza la cicada, es la estación en que son más amorosas las mujeres, pero en que los hombres se inclinan menos al placer".

Todos los tratadistas, incluso los poetas, que siempre andan desorientados en lo que al amor sexual se refiere, aciertan al cantar las galas de la primavera como nuncios de nuevos amores y de nuevas vidas. El Dr. Dexter, de Nueva York, en un estudio muy detallado que hizo acerca de la relación existente entre la conducta y la temperatura, demuestra que en los Estados Unidos las violaciones presentan el máximum de frecuencia en abril y octubre, con un descenso durante el verano y el invierno. "El hecho insólito e interesante, demostrado aquí con certidumbre que no puede dudarse, es —concluye—que los días, excesivamente cálidos, de primavera y otoño, son los belicosos, aun cuando el calor real sea mucho menor que en el verano. Podemos deducir de esto que las circunstancias del calor son, hasta cierto punto, vitales, a la par que irritantes; pero más allá de este límite, el calor es tan agobiante en sus efectos, que apenas deja la energía necesaria para sostener la lucha." (Citado por Ellis.)

Este mismo autor dice que no es imposible que los fenómenos de periodicidad, según las estaciones, en la criminalidad, puedan tener una significación real con respecto a la periodicidad sexual. Si, como es posible, la presentación de máximums de primavera y de otoño en la actividad criminal es debida más a cualesquiera causas especiales de excitación, en aquellas estaciones, a la influencia depresiva del calor y del frío en verano y en invierno, parecerá razonable preguntar si los máximums de primavera y otoño, en la actividad sexual, no se deben también, en realidad, a la influencia deprimente de las temperaturas extremas en las otras estaciones.

Los sueños eróticos también se manifiestan en estas dos estaciones con más frecuencia que en el resto del año, según se ha podido comprobar gracias a las investigaciones llevadas a cabo en los colegios, cárceles, cuarteles y demás colectividades en Alemania.

Se han realizado observaciones en lo que se refiere al aumento de talla, de peso, consumo de alimentos, tendencias intelectuales, tales como la lectura de novelas y la composición de toda clase de escritos, agilidad, dinamismo, actividad para toda clase de trabajos, etcétera, y siempre son la primavera, primero, y el otoño, después, las estaciones que arrojan las cifras más notables.

No cabe duda, pues, que lo mismo que existen estos ciclos semestrales para el desarrollo de todas las funciones psíquicas y físicas del organismo, han de existir ciclos de periodicidad sexual que marchen a tono con las manifestaciones todas de la actividad del individuo, hechos que no pueden ser discutidos, ya que no habrá una sola persona que no posea pruebas íntimas de esta periodicidad, lo mismo que son muy pocos los hombres que puedan aducir pruebas respecto a la otra periodicidad fracmentaria de que hemos hablado anteriormente.

En todo caso, y ello de forma que no puede dejar lugar a dudas, si necesariamente hemos de recurrir a los orígenes de la vida de la Humanidad para explicarnos estas poderosas razones biológicas, no tenemos más que observar las condiciones de existencia de los salvajes, como vamos a ver, para adquirir la convicción innegable de que los hombres, lo mismo que los animales, estamos sujetos a unos períodos de celo que la civilización ha deformado hace infinitos siglos.

EL CELO ENTRE LOS SALVAJES Y SUS FESTIVIDADES SEXUALES

El hombre primitivo y los animales.—Los asesinatos de la periodicidad sexual.—Las fiestas eróticas de los australianos.—En el antiguo Perú.—El "maghparah" de Bengala.—Las ceremonias sexuales de los melanesios.—El erotismo de las mujeres.—Reminiscencias de las mujeres civilizadas.—En el Africa Ecuatorial.—El "anamalis fobil" del Senegal.—En el Congo belga.—La víspera de San Juan.—Significación de las hogueras.

Tan al género humano pertenece el hombre salvaje como el civilizado, no cabe duda; pero si al referirnos a los civilizados hemos hablado de periodicidad sexual, estudiando la sexualidad de estas razas primitivas, más adecuado resulta emplear la palabra "celo" que otro eufemismo cualquiera impuesto por la civilización, que en su afán de superioridad no quiere creerse inferior a esos salvajes que siguen casi sin variación el ritmo que hace millones de años impuso a la Humanidad la madre Naturaleza.

Las diferencias que separan al hombre primitivo de los animales que le siguen en el orden zoológico, son tan escasas, desde el punto de vista de la biología, que analizando algunas razas de Oceanía y Asia casi pudiéramos decir que las mismas bestias están más "civilizadas" que esos hombres. Un macho, el animal más fiero, el tigre por ejemplo, cuando la hembra se resiste a sus deseos naturalmente animales e instintivos, lucha con ella sin lastimarla, y si nada consigue, opta por buscar otra que se preste mejor a sus anhelos.

En Cambobge, por ejemplo—ya hemos hecho alusión en otro volumen a lo que ocurre en Birmania entre las gentes de Ankhordaway—, en las épocas del *rut*, del verdadero celo salvaje e impetuoso, los hombres salen en busca de las mujeres, que se encuentran en el campo dedicadas a las faenas de la escarda o de la siega del heno. El galanteo se inicia, sobre poco más o menos, con arreglo a los métodos de seducción acostumbrados en épocas normales, y si ella accede de buen grado a las pretensiones del galán, las cosas tienen lugar sobre un montón de heno, y no ocurre más. Ahora bien, cuando

ellas se resisten, confiando en sus fuerzas o en los instrumentos de labor que tienen a mano, se entabla entre ambos una lucha feroz, en la que la mujer, más débil, lleva casi siempre las de perder, porque al parecer ignora que cuanta más resistencia oponga, más fuerte será la excitación del macho, que a toda costa conseguirá sus propósitos de violación. Se han dado casos de mujeres que han resistido hasta el último momento, y heridas, destrozadas, sangrando por numerosas heridas, han sido poseídas por el bruto, cegado de lujuria incontenible. Y aún hay más: si a consecuencia de una herida certera la desdichada hembra ha muerto, su cadáver ha sido profanado y en él ha satisfecho el asesino su sed horrible de placeres carnales.

Estas campesinas, fuertes y vigorosas, no dejan por eso de salir solas al campo cuando llegan las temibles épocas de ese verdadero celo, porque al decir de los buenos conocedores de estas costumbres ancestrales, ni una sola se dejaría gozar sin violencia. Lo que ocurre es que el galán puede no agradarlas, o bien porque la actividad de él se traduzca en ella en una actividad de resistencia tan enérgica como lo sea la acometividad del hombre; son las dos formas típicas que la conquista adopta en los dos sexos, pero llevadas a los límites extremos de la máxima exaltación. (Lámina VI.)

Según las investigaciones de Muller, Spencer, Gillén, Malinowski y otros viajeros etnógrafos, los matrimonios de estos indígenas se celebran en las estaciones de mayor abundancia, sobre todo en los meses de otoño, circunscribiéndose casi a este período. Los hijos naturalmente, nacen en la primavera, cuando empieza la tierra a producir los frutos tiernos. En esta estación es cuando tienen lugar los festivales eróticos anuales. Muller dice a este respecto que entre los Watschandis tiene lugar una fiesta llamada *kaaro*, que se celebra en el principio de la estación calurosa, "en la primera luna después de la maduración del ñame".

Dice que el rasgo característico de este festival es una danza, a la luz de la luna, que representa simbólicamente el acto sexual. "Con sus lanzas, consideradas como símbolos del órgano masculino, los hombres atacan los arbustos, considerados como representantes de los órganos femeninos. De esta suerte llegan a un estado de extremada excitación sexual."

También en ciertas regiones de Nueva Guinea alejadas de la civilización, hoy mismo pueden observarse estas costumbres primitivas. La época de la recolección del ñame y la banana es la más propicia a la celebración de los festivales eróticos, los cuales tienen lugar durante siete días seguidos y sin interrupción alguna. Empiezan los

actos por la iniciación sexual de las jóvenes púberes, la cual tiene lugar en la plaza principal del poblado con asistencia de los jefes del poblado y de las mujeres de éstos, que son las encargadas de instruir a las doncellas acerca de las cuestiones del amor. La fiesta es pública, y casi toda se reduce a la ejecución de danzas y saltos, procurando los varones tener contactos eróticos con las neófitas. El más audaz de estos contactos, consiste en introducir el dedo índice en la vulva de la muchacha. Cuando estos juegos han durado dos o tres horas, en las que no se ha hecho más que danzar y comer, suena una caracola que toca el hechicero, y las parejas marchan hacia el bosque, que es donde realmente tiene lugar la iniciación.

En el antiguo Perú también se celebraron fiestas eróticas otoñales que coincidían con la recolección del *paltay*. Durante seis días y seis noches, hombres y mujeres, completamente desnudos, se reunían en un lugar determinado, dedicándose a la danza. Aquí eran las mujeres las que tomaban la iniciativa, ya que ellas tenían que correr detrás de los hombres preferidos, los cuales, si eran apresados, tenían la obligación de practicar el coito con sus aprehensoras. En la actualidad ya no tienen lugar esos festivales de una manera tan franca, pero aún subsiste la fiesta de las hogueras que celebran los indios por la misma época y que da lugar a esa promiscuidad sexual cuya iniciativa corresponde a las mujeres.

Dalton hace el relato de las fiestas que anualmente se celebran entre los indígenas de Bengala, gente dedicada a la agricultura en su mayor parte. La fiesta, denominada *mágh-parah*, tiene lugar en el mes de enero, esto es, el otoño, "cuando los graneros están llenos de cereales, y la gente está poseída del diablo".

La fiesta tiene siempre lugar durante la primera luna llena después de finalizado por completo el trabajo de la recolección. Dice Dalton que la fiesta es una verdadera saturnal en la que, olvidándose todas las reglas del decoro y el deber, las mujeres gozan de una libertad ilimitada, por la que se convierten en bacantes ebrias de lujuria. "El pueblo cree que en esta época, lo mismo los hombres que las mujeres, rebosan vitalidad y que es absolutamente necesaria una válvula de seguridad. El festival comienza por un sacrificio religioso, hecho por el sacerdote del pueblo o por los ancianos y con oraciones por los difuntos, y para impetrar la lluvia y las buenas cosechas. Una vez concluidas las ceremonias religiosas, entrégase el pueblo a los placeres de la mesa, bebiendo la cerveza que ellos mismos fabrican, y cuya preparación con arroz fermentado es uno de los complementos de la educación de una joven. La población es, en otras estaciones, tranquila y de modales reservados, y en su modo de tratar a las mu-

jeres, decorosa y amable; aun en sus galanteos jamás traspasan los límites de la decencia. Las jóvenes, aunque vivarachas y algo descaradas, tienen nociones innatas de decoro que las hacen modestas en sus modales, aunque sin ninguna gazñoneria, y de los abusos obscenos que tan frecuentemente se escuchan de labios de mujeres bengalesas no parecen tener el menor conocimiento. Son delicadas, sensibles al oir palabras groseras y jamás las emplean, y desde que adoptaron el uso de vestidos, cuidan de taparse con gracia y decencia; pero todo esto lo olvidan durante la fiesta llamada *mágh*. Su carácter parece que sufre un cambio temporal. Hijos e hijas insultan a sus padres de la manera más torpe, y los padres a sus hijos; hombres y mujeres se convierten poco menos que en animales al satisfacer sus propensiones amorosas. Ponen por obra todo cuanto los artistas más licenciosos pintaron de los festivales de Baco o de las orgías pandeas; y como quiera que la luz del sol, al que adoran, y la presencia de numerosos espectadores, no parecen ser freno de sus pasiones, no es de suponer que las sombras de la noche preserven la castidad, tan luego como envuelven aquellas escenas de licencia y de lujuria." (Dalton, *Ethnology of Bengal.*)

Los indígenas de la Península malaya celebran festivales eróticos en forma parecida a la que cita Dalton. Antiguamente, en la época de la recolección, los *yakuns* se reunían una vez al año para festejar al "árbol de las cosechas", empezándose por beber unos licores fermentados que extraían de ciertas plantas de la selva. A continuación, los músicos golpeaban sus instrumentos, procurando conservar un ritmo lento, al cual bailaban hombres y mujeres de todas las edades, aunque, naturalmente, eran los jóvenes los que daban las mayores pruebas de vigor. Las interrupciones que se hacían en la danza no eran más que para beber ese licor, que tenía la propiedad de reparar las energías perdidas, pero inmediatamente se reintegraban a los grupos, continuando la fiesta.

Todos ellos, hombres y mujeres, bailaban completamente desnudos y adornados con flores y ramos de hojas. Esto seguía hasta el atardecer, en cuya hora se comían los manjares preparados por las viejas, abundantemente regados con aguardiente de arroz, que no acaba de producir la embriaguez por mucho que se beba. En estas condiciones, los indígenas se trasladaban al campo, y allí, a la luz de la luna, tenían lugar verdaderas orgías inenarrables.

Actualmente, bajo las influencias de la civilización, pues no hay que olvidar que la península de Malaca está en el paso de todos los grandes buques que van a Extremo Oriente, las costumbres han perdido bastante de sus carácteres típicos, y al convertirse estas fiestas

poco menos que en un motivo de turismo, los indígenas dejaron de practicar tales orgías. No obstante, más al interior se siguen observando con toda su pureza magnífica y terrible, y sin que obtengan el menor éxito las represiones intentadas por las autoridades europeas de la colonia.

El Dr. Malinowski hace alusión a las fiestas orgiásticas celebradas por los indígenas de la Polinesia durante la recolección de los frutos alimenticios, y en las que las mujeres parecían tomar la iniciativa. Estas, esgrimiendo espinas de acacia gigante, cuchillos de bambú o pequeñas hachuelas, corrían tras de sus hombre preferidos para hacerles la *kimali*, nombre que recibe una pequeña herida erótica y que entre estos indígenas tiene la misma significación que para los civilizados el beso en la boca.

Según dicho etnógrafo, "en todos los distritos de las islas Trobriand es de regla general que, cuando un mozo y una muchacha se sienten fuertemente atraídos el uno por el otro, la mujer, puede, si quiere, infligir a su enamorado dolores físicos considerables, arañándole, golpeándole y hasta hiriéndole con un instrumento cortante. Sean cuales fueren los dolores que experimente, el amante los acepta siempre de buen grado, porque ve en ellos un testimonio del amor que por él siente su amada y una prueba de su temperamento. El muchacho puede huir, lo que no deja de hacer cuando sus asaltantes no le gustan. Pero salir de la aventura cubierto de cortaduras es un signo de virilidad y una prueba de éxito. Cuando un mozo siente afecto por una muchacha, lejos de huirla acepta su ataque como una invitación. La ambición de la mujer consiste en herir al mayor número posible de hombres; la ambición de un hombre es recibir cuantos tajos sea posible y recibir su recompensa de cada una de sus asaltantes."

Según todos los informes de viajeros e investigadores etnógrafos, la periodicidad sexual de estos salvajes se acusa sobre toda su existencia con caracteres que no se encuentran entre los demás pueblos, al menos con esa intensidad. Las mujeres no tienen el menor recato en dar rienda suelta a sus instintos, pero esto sólo en determinadas épocas del año. Entre los animales no es posible encontrar una hembra que dé pruebas de una tan enorme actividad sexual ni que menos observe las reglas instintivas de pasividad que las hembras adoptan en el galanteo. Esta costumbre la refiere Malinowski de la siguiente forma: "Todos los distritos de las islas Trobriand tienen la costumbre económica de dejar a la mujer el trabajo comunal de desyerbar las huertas. Siendo ésta una actividad tedioso y monótona, que requiere poca destreza y no mucha atención, las mujeres procuran hacerla más interesante trabajando en común y charlando. Así van de huerta en

huerta, hasta que todos los lotes de la aldea quedan desyerbados. En ésta, como en todas las ocupaciones exclusivamente femeninas, se considera de mal gusto el que los hombres se acerquen a las mujeres mientras ejecutan la faena, o que les hablen, cuando no se trata de un asunto importante.

"Pues bien; en varias aldeas, este trabajo de desyerbar implica un curioso privilegio para las mujeres que lo ejecutan. Cuando un extranjero, un hombre originario de otra aldea que no sea la suya, pasa al alcance de su vista, las mujeres tienen derecho a atacarlo, y este derecho, conferido por la costumbre, es ejercido por ellas con celo y energía.

"El hombre se convierte entonces en juguete de las mujeres, que se entregan con él a toda clase de violencias sexuales y crueldades obcenas, cubriéndole de inmundicias y maltratándoles de mil maneras. Comienzan por arrancar y destrozas la hoja púbica que protege su modestia y que, a los ojos de un indígena, es un signo de su dignidad de macho. Luego, recurriendo a la masturbación y al exhibicionismo, tratan de producir una erección del pene de su víctima, y cuando sus maniobras obtienen el resultado deseado, una de las mujeres se pone en cuclillas sobre él e introduce el pene en su vagina. Después de la primera eyaculación la víctima puede ser tratada de la misma manera por otra mujer. A menudo pasan cosas más repugnantes todavía. Algunas mujeres cubren el cuerpo del hombre con sus excrementos y orina, atacando con preferencia el rostro, que mancillan cuanto pueden. "Se ve al hombre vomitar, vomitar, vomitar", me decía un informador compasivo. A veces, estas furias frotan sus órganos genitales contra su nariz y su boca, y se sirven de sus dedos de manos y pies y de todas las partes salientes de su cuerpo para prácticas lascivas. Esta costumbre divierte mucho a los indígenas del Norte, que la desprecian o simulan despreciarla. Cuando hablan de ella, les gusta entrar en detalles y apoyar su relato con una mímica convincente. Informadores originarios del Sur me confirmaron estos relatos en todo lo esencial de ellos. No se avergüenzan lo más mínimo de esta costumbre, en la que ven más bien un signo de la virilidad general de la población, y reservan todo el oprobio posible para la víctima extranjera. Uno de mis informadores locales agregó que durante la *yausa*, como se llama a esta costumbre, las mujeres se quitan sus faldas y se precipitan completamente desnudas sobre el hombre, "como una bandada de espíritus malignos". Agregó también que arrancaban al hombre los cabellos y le golpeaban y maltrataban de tal modo, que apenas si le quedaban a éste fuerzas para levantarse y marcharse de allí."

Después de leída esta detallada descripción del célebre etnógrafo,

no habrá la menor duda de que estas mujeres no son imitadas en sus exaltaciones eróticas por las hembras de los animales.

Pero no es sólo entre estas razas inferiores donde pueden apreciarse esas manifestaciones de periodicidad sexual, coincidentes, como ya sabemos, con las estaciones de primavera y otoño. En ciertas regiones de España se advierte una reminiscencia seguramente muy atenuada de las expresiones sexuales de las mujeres de la Melanesia. Precisamente en la época de la escarda, faena que por su simpleza suelen realizarla las mujeres, el hombre desconocido que acierta a pasar por las inmediaciones de donde las escardadoras se encuentran, es bien seguro que escuchará invitaciones y palabras del peor gusto, cuando no francamente obscenas, que son coreadas por el resto de las mujeres. Naturalmente, es raro que se pase de ahí; pero un muchacho que se hallaba un día de caza, refiere que al atravesar por entre un grupo de escardadoras fué acogido con frases y gestos que no había observado en las prostitutas más desvergonzadas. Replicó adecuadamente a las palabras que le dirigieron, y a no ser porque se echó la escopeta a la cara, no hubiera podido impedir que tres de las mujeres de más edad hubiesen puesto en práctica sus amenazas de desnudarle.

Esto es frecuentísimo cuando un hombre cae en un grupo de mujeres, las cuales, aisladamente, jamás se hubieran atrevido a levantar la vista ante la más ligera frase atrevida del varón. El hombre que quiera comprobar la veracidad de estas afirmaciones, no tiene más que dirigirse a un grupo de mujeres de escasa educación, esto es, que más próximas se hallen a la incultura de las gentes primitivas. Cuando una muchacha pasa, por ejemplo, ante un grupo de hombres, las frases de ellos no pasarán de simples reticencias más o menos atrevidas; pero si un hombre sólo el que se permite dirigir una sola palabra ante un grupo de mujeres, es bien seguro que quedará escarmentado de su audacia y sorprendido de las palabrotas que servirán de réplica a su galantería. Esto prueba, indudablemente, que la mentalidad de la mujer admite cosas que no encajan en el criterio del hombre.

Si de Oceanía nos trasladamos al Africa Ecuatorial, al Senegal por ejemplo, veremos que las fiestas de la *bambulá*, el *anamalis fobil*, el *tam-tam bakongo* y otras por el estilo que se celebran en primavera y otoño, no son más que furiosas orgías eróticas en las que hombres y mujeres pierden en absoluto toda decencia.

Estos festivales tienen lugar por la noche, en época de luna llena. Después del crepúsculo, los músicos se sitúan en un extremo de la plaza central del poblado, comenzando los golpes de *tam-tam*, que lla-

man a toda la población indígena que aún pudiera encontrarse en el campo dedicada a las faenas agrícolas.

Al principio, parece que nadie se decide a lanzarse al centro del corro que han formado los negros, los cuales siguen el ritmo del *tam-tam* palmoteando, o bien batiendo las manos sobre cualquier cacharro susceptible de hacer ruido. Poco a poco van saliendo las parejas, hasta que ya no caben más en el corro. La gente que presencia el espectáculo, generalmente ancianos, excitan a los danzarines con toda clase de palabras obscenas; las mujeres sobre todo, viejas y lo mismo que momias, son las que más se distinguen en estas excitaciones. El grito de *¡anamalis fobil!, ¡anamalis fobil!*, repetido incesantemente, puede traducirse por las exclamaciones más obscenas de la sexualidad más bestial y pervertida. Quiere decir todo lo más crudo que puede imaginarse, la cópula más feroz, la caricia más perversa, todo, en fin; "¡aullido de deseo desenfrenado, de savia negra recalentada al sol y de terrible histerismo, aleluya del amor negro, himno de seducción", dice un célebre escritor francés refiriéndose a las bambulás primaverales de los salvajes senegaleses.

Es tan grandiosa la sugestión que sobre estos salvajes ejercen sus fiestas periódicas tradicionales, que la civilización no ha sido capaz de acabar por completo con esas manifestaciones primitivas y de una obscenidad terrible. En estas épocas de verdadero celo salvaje, no es raro ver a los tiradores senegaleses que gozando de permisos han regresado a sus aldeas procedentes de Marruecos e incluso de la misma Francia, donde cumplen su servicio militar, los cuales parecen olvidarse por completo de sus modales de hombres perfectamente civilizados, entregándose a estas orgias con el mismo ardor que los salvajes que jamás salieron de sus chozas del bosque. (Lámina VII.)

Después de las danzas, cuando los cuerpos se hallan completamente extenuados de un ejercicio tan violento y de una excitación tan bestial, las parejas se retiran al bosque para unirse en cúpulas largas y extenuantes que duran todo el resto de la noche.

Entre los indígenas del Níger y el Sudán las ceremonias eróticas tienen lugar también en la primavera con preferencia al otoño, y como en el Senegal, se verifican durante una luna llena.

El día señalado para el comienzo de los festejos, se reúnen varios hombres, que se enmascaran y se adornan con crines, abalorios y telas de colorines. Unos se disfrazan de mujer, procurando imitar sus tocados e incluso las formas de su cuerpo, y al efecto se colocan unos senos postizos muy puntiagudos, construídos de resina y caucho virgen. Ataviados de esta forma y llevando unas toscas imitaciones de muñecos de los dos sexos, recorren por la tarde todo el poblado y

aquéllos amigos de los alrededores. Los hombres fingen con las supuestas mujeres toda clase de caricias obscenas, a fin de excitar a los espectadores con la promesa de lo que va a ocurrir por la noche. (Lámina VIII.)

En efecto, después de haber comido y bebido en abundancia, los danzarines se sitúan en el centro del corro formado por todos los habitantes de la aldea, y recurriendo a toda su imaginación, ejecutan danzas, movimientos y escenas de la mayor lubricidad, las cuales repiten después, pero realmente, todos los espectadores. La práctica del coito suele ser lo menos frecuente; por lo general son caricias perversas realizadas con la boca, pero teniendo cuidado de que el orgasmo no llegue a provocarse, lo cual sólo puede ocurrir cuando las parejas se hayan retirado al interior de las chozas que cada hombre construye en las inmediaciones del poblado con ocasión de las fiestas.

El el Congo belga, las fiestas de la recolección se celebran con la mayor seriedad, hasta el extremo de que los jefes indígenas invitan con toda ceremonia a las personalidades más destacadas de la colonia europea. También, como en el Senegal, es el *tam-tam* el instrumento que marca el ritmo a los danzarines. Al principio la fiesta resulta bastante pesada, puesto que transcurren dos y tres horas ejecutando movimientos rítmicos mientras profieren un grito casi lúgubre que a nosotros no suena así: "alúuu, aluáaa, aúuu, aluáaa", repetido de una manera que parece que no va a acabar nunca.

Al cabo de todo ese tiempo, la noche se ha echado encima, pero los hombres empiezan a dirigir a las mujeres palabras obscenas, que ellas replican entre risas y gritos. Poco a poco se van aproximando, y de las palabras se pasan a los hechos; ya no se ensalzan los encantos físicos de las mujeres, sino que las tocan y acarician por todo el cuerpo, especialmente en la región genital, en los pechos y en las nalgas. Ellas intentan defenderse, de paso que devuelven las caricias a sus galanteadores, en tanto que el *tam-tam* no deja de hacer ruido, pero un estrépito verdaderamente infernal, que un europeo no puede resistir más de media hora sin que le duela la cabeza. Finalmente, las parejas empiezan a abandonar el corro en dirección al bosque, y entre las frondas es donde tiene lugar el acto final de este grandioso drama de la reproducción, que sólo tiene lugar en estas épocas propicias a la mayor exaltación de los instintos genésicos.

Todas estas costumbres indican que las relaciones sexuales tienen lugar en una a dos estaciones del año, y en algunos países principal o exclusivamente. En Europa persisten estos usos como rastros de otra época remota. Dice un autor que las hogueras que se encienden por Pascua Florida en la Europa Central del Norte, y las de San Juan,

en pleno verano, en el Mediodía de la Europa Central, son todavía recuerdos de los antiguos festivales periódicos. En casi todos esos países se observa la pervivencia de esas costumbres.

A fines del siglo XVIII, entre los Estonios persistían estos usos cuyos orígenes nadie conocía. La víspera de San Juan se congregaban los campesinos en las inmediaciones de una iglesia en ruinas, y encendiendo una gran hoguera, los jóvenes de ambos sexos saltaban sobre las llamas. Las mujeres estériles se desnudaban completamente para danzar alrededor de la hoguera, en tanto que los jóvenes que ya habían saltado varias veces se perdían entre las ruinas de la vieja iglesia para entregarse de lleno al amor.

En España, en Castilla sobre todo, aunque también en otras regiones, en aquellas localidades cuyo patrono es San Juan, pueden advertirse hoy mismo estas costumbres la víspera de la fiesta. En Francia ocurre lo mismo, porque se cree que la muchacha que salta y baila alrededor de nueve hogueras se casará en el año. Lo mismo hacen las mujeres estériles cuando quieren tener descendencia, por lo que es muy corriente el dicho popular *Sauter sur le feu de joie*, lo que traducido literalmente, como ya lo habrá hecho el lector, quiere decir "saltar sobre el fuego de alegría". La palabra nuestra "hoguera" se traduce en francés por *feu de joie*, lo que significa que el origen de la frase "fuego de alegría" está, exclusivamente, en las luminarias de la víspera de San Juan, que sólo se encienden bajo los estímulos de la más alegre estación del año y también de la más jocunda disposición para los placeres del amor.

Así, pues, la diferencia que existe entre los pueblos salvajes y los civilizados no está más que en la civilización, en la deformación de los usos y las costumbres, en el mayor desarrollo intelectual que ha contribuído a eliminar todas aquellas manifestaciones que la cultura ha estimado groseras, más por las influencias de ciertas doctrinas que por las propias inclinaciones de la Humanidad. Esto mismo lo observamos, como es de sobra conocido, en aquellos pueblos primitivos donde la civilización por boca de misioneros y funcionarios públicos ha llevado las características más útiles de nuestra cultura y los signos más claros de nuestra hipocresía, de nuestra debilidad física y de esta progresiva decadencia de Occidente.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

UN POCO DE HISTORIA ANTROPOLOGICA

Diferencias entre el hombre primitivo y el actual.—El desarrollo del cuerpo humano.—Las diversas evoluciones del cerebro. — Sus consecuencias sobre los sentidos.—Desconocimiento primitivo del amor.—La sexualidad en los hombres lo mismo que entre los animales.—Razones que lo justifican.—El celo en el hombre.—Relación de la alimentación con la sexualidad.—Importancia cultural del hambre.—La teoría de la gallina y del huevo 9

LA INFLUENCIA DE LOS ASTROS

Predisposición orgánica a los hábitos.—Las fases de la luna y la menstruación.—La luz lunar y la periodicidad.—Por qué los amantes prefieren las noches de luna.—Su influencia en los viajes por mar.—La actitud de la mitología. — Importancia del sol. — La menstruación entre los papúes.—No es un hecho nervioso.—Datos que contribuyen a negar la influencia de la luna. — La periodicidad erótica. — Influencias sociales 19

LA PERIODICIDAD SEXUAL EN LA MUJER

La menstruación de la mujer y el celo de las hembras animales.—Semejanzas de los caracteres anatómicos.—La menstruación en las monas.—Repulsión del macho hacia la hembra menstruante. — La actitud de la mujer. — Manifestaciones del celo. — El período de excitabilidad. — Mis observaciones.—En Indo-China.—Diferencias según los países.—Influencia de los agentes externos.—Las civilizadas y las salvajes.—El dominio del impulso sexual 31

LA PERIODICIDAD SEXUAL EN EL HOMBRE

¿Existe un período de "celo" en el hombre?—Pobreza de las investigaciones.—La razón de estas deficiencias.—La destrucción de los instintos primitivos.—Un aspecto que no interesa.—La gran variabilidad en el hombre.—Tentativas fracasadas.—La periodicidad

Páginas

en los intelectuales. — Las pruebas que ofrecen los dementes.—Tres casos de ciclo menstrual.—La periodicidad semanal de la juventud y sus causas sociales. Las guarniciones militares 49

LOCURA, DELINCUENCIA Y PERIODICIDAD SEXUAL

Relación del aparato genital con el cerebro.—Trastornos mentales.—Un caso típico.—La solución del embarazo ni es racional ni es humana.—La ovariotomía salvadora.—El delirio genésico.—La "kleptomanía".—Varios casos interesantes.—Monomanía incendiaria.—Psicología de la pirómana.—Monomanía homicida.—Homicidios por exceso de cariño.—Monomanía suicida. — Epidemias de suicidio. — Pequeñas causas y grandes efectos.—Influencia de las estaciones. 63

EL CELO ENTRE LOS SALVAJES Y SUS FESTIVIDADES SEXUALES

El hombre primitivo y los animales.—Los asesinatos de la periodicidad sexual.—Las fiestas eróticas de los australianos.—En el antiguo Perú.—El "maghparah" de Bengala.—Las ceremonias sexuales de los melanesios. — El erotismo de las mujeres.—Reminiscencias de las mujeres civilizadas.—En el Africa Ecuatorial. El "anamalis fobil" del Senegal. — En el Congo belga. — La víspera de San Juan. — Significación de las hogueras 83

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I

Jovencitas de Indo-China 16

LAMINA II

Danzarines sagrados 17

LAMINA III

Damas persas 32

LAMINA IV

Casas para solteras 33

LAMINA V

Mujer senegalesa 48

LAMINA VI

Campesina de Cambodge 49

LAMINA VII

Tirador senegalés 64

LAMINA VIII

Fiestas sexuales 65